



Sí hay salida

Mario López Espinosa

*una estrategia para enfrentar
a los hombres golpeadores*

Esta novela está dedicada a todas las mujeres mexicanas que sufren el abuso cobarde de un hombre violento, a esas mujeres que se encuentran atrapadas en una encrucijada fatal, que saben que su eventual reclamo habrá de traducirse en violencia hacia ellas y, en particular, hacia sus hijos; que saben que los otros hombres que supuestamente imparten la justicia muy rara vez se ponen de parte de las mujeres, por lo que las denuncias que tanto se les recomienda presentar resultan no sólo inútiles, sino en ocasiones contraproducentes, pues sólo exacerban la violencia por parte del hombre demandado. Esas mujeres que saben que su trabajo arduo y tenaz, que su comportamiento eficiente y responsable, para generar un ingreso propio que les permita atender las necesidades esenciales de su familia, tampoco resulta suficiente para liberarse de ese yugo maldito de un hombre golpeador. Pero a esas mujeres y a los hijos de esas mujeres les exhorto a que no se rindan, a que se unan y a que utilicen con inteligencia su creatividad, su imaginación, así como los nuevos instrumentos que proporciona la modernidad, para lograr la libertad y el respeto de sus derechos, que se merecen por el simple hecho de ser mujeres y de ser niños. Cada vez somos más las mujeres y hombres que estamos con ustedes, cada vez somos más los mexicanos que estamos en contra de este flagelo, cada vez somos más los que estamos dispuestos a actuar en su respaldo y a combatir a los cobardes golpeadores y a las autoridades cómplices que constituyen ambos la principal vergüenza de México.



Mario López Espinosa, autor de “Erendirani”, “23 relatos para reflexionar y sonreír” y “Las andanzas de dos migrantes”

¡Sí hay salida!

*Una nueva estrategia para enfrentar a los
hombres golpeadores*

Mario López Espinosa

A Rosa Espinosa Duff

A Lauro López Murrieta

Portada: obra de Mario López Roldán

*Ante las atrocidades tenemos que tomar partido.
El silencio estimula al verdugo*

ELIE WIESEL

*La violencia no es sólo matar al otro. Hay violencia
cuando uno emplea una palabra agresiva, cuando hace
un gesto de desprecio a una persona, cuando obedece
porque tiene miedo*

JIDDU KIRSHNAMURTI

*Hoy como ayer, las mujeres deben negarse a ser
sumisas y crédulas pues el disimulo no puede servir a la
verdad*

GERMAINE GREER

*No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas
imponer a la libertad de mi mente*

VIRGINIA WOOLF

*No seré una mujer libre mientras siga habiendo
mujeres sometidas*

AUDRE LORDE

1.- Los protagonistas	7
2.- Los amigos de Ximena	17
3.- Los amigos de Guadalupe	24
4.- El trabajo	43
5. Todos para uno	49
6.- El jefe	53
7.- El plan	66
8.- La maestra y la amante	74
9.- Los avances del plan	85
10.-Los amigos del padre	106
11.- La abuela	116
12.-La amante sometida	120
13.-El encuentro	125
14.-El principio del final	132
15.-La gran golpiza	138
16.-La revancha	147
17.-El festejo	160

1.- Los protagonistas

—Mi vida es un total desastre —se reiteró Guadalupe, tratando de ocultar las lágrimas, mientras deambulaba a solas con su desventura, acorralada en una realidad de cautelosa impotencia e insondable amargura. —Es cierto que no he sido apta para defenderme —se acusaba—, lo que es sin duda lamentable, pero es mucho peor que no he sido capaz de defender a mis hijos. Y eso sí es absolutamente imperdonable. La primera obligación de una madre es justamente proteger a sus hijos, y yo en eso he resultado ser un absoluto fracaso.

Era viernes, y seguramente recibiría de nuevo otra golpiza más de Atanasio, su odiado consorte. No se trataba ya de una explosión esporádica; se había convertido en una horripilante costumbre, casi en un ritual diabólico. Solo esperaba que esta parranda habitual de los viernes la hubiese convivido con alguna otra mujer, quizás una prostituta, para que la paliza no estuviera acompañada esta vez de otra humillante violación. Guadalupe despreciaba a su marido, no solo los viernes, ni sólo cuando estaba borracho; lo despreciaba siempre, con una convicción tan grande y absoluta, como lo era el terror que le inspiraba.

Esa tarde le volvió a suplicar a su hija Ximena que por ningún motivo fuera a levantarse, escuchara lo que escuchase. No quería que su hija fuese golpeada una vez más por su padre, como había sucedido en las ocasiones en que quiso intervenir en defensa de su madre. Sabía bien que Anselmo, su hijo pequeño de ocho años, no osaría levantarse; los golpes brutales de aquellas tres noches en que se atrevió a entrometerse llorando lo habían disuadido lo suficiente.

Catorce años habían transcurrido desde aquella tarde opaca de otoño, en que, enfrentándose a la opinión de su madre, Guadalupe había aceptado casarse con Atanasio. «Momentos habrá para arrepentirse», se pronosticó, con lamentable certeza esa misma noche, como un vaticinio maldito. En ese entonces, era innegable e incontenible su deseo de abandonar la casa de sus padres o, mejor dicho, de abandonar a sus padres. Ella aceptaba que en su experiencia matrimonial, los dos primeros años podrían considerarse casi soportables, pero también reconocía que los doce subsecuentes habían constituido un auténtico suplicio, no solo para ella, también para sus hijos.

Guadalupe era una mujer de baja estatura y de cuerpo especialmente bien formado, con una expresión dulce, cabello muy lacio y color negro azabache, una sonrisa excepcionalmente amable, y con un par de ojos negros que, a sus treinta y cuatro años, aún conservaban una bue-

na dosis de belleza, a pesar de las numerosas golpizas que habían recibido.

Al contraer matrimonio, Guadalupe no sabía hacer nada en cuestiones laborales. Su padre, un ejemplar más del autoritarismo patriarcal mexicano, le impidió continuar sus estudios después de la secundaria, como era su deseo, y en tal sentido, por cierto, fueron innumerables sus súplicas. En repetidas ocasiones, su progenitor le argumentó de manera tajante:

«No tiene caso, tú eres mujer y naciste para casarte, ocuparte de la casa y en particular, atender a tu marido. Sería un tiempo perdido y, sobre todo, un dinero desperdiciado».

Su madre, prototipo, por su parte, de la abnegación femenina que ha construido la tradición cultural en México, se opuso, en un principio, al matrimonio manifestando su total desconfianza en Atanasio y esgrimiendo que Guadalupe estaba obligada a emparejarse con un hombre de mucho mejor posición económica, para, más adelante, «poder recompensar a sus amados padres por el inmenso sacrificio moral y económico que les había implicado su existencia y su educación».

—Ese tipo es un hipócrita y un pobre diablo con ínfulas... —acostumbraba a decir su madre.

El padre don Filiberto Escárcega Marín, quien concebía el patriarcado como un derecho divino, y que lo ejercía como una imposición arbitraria e impune, era comerciante

de profesión e intransigente de oficio. Él alentó, en cambio, la iniciativa del matrimonio desde un inicio, motivado en el fondo por la idea de que ese casorio le significaría un ahorro económico considerable, aunque también por creer en las patrañas de Atanasio, quien se ostentó siempre como procedente de una clase económica muy superior a la de ellos, lo que era absolutamente falso. Ya casada, solo una vez Guadalupe recurrió a sus padres después de uno de aquellos viernes aciagos y, como era de esperarse, no recibió apoyo alguno.

—Sus razones habrá tenido, seguramente ha sido tu culpa —argumentó su egoísta e insensible padre—, pero a esta casa no regresas, y menos con dos hijos. Tú tienes que resolverlo por tu propia cuenta.

—Es tu cruz y tienes que cargar con ella —le sentenció una vez más su madre—. Todas las mujeres lo hacemos, es nuestro destino —y le lanzó una letanía interminable sobre lo que deben soportar las mujeres para defender a su familia, reiterando las tantas veces que ella trató de oponerse a su matrimonio. —,Yo te lo dije y tú no quisiste hacerme caso...

Al fracasar en su intento de invocar la solidaridad familiar, Guadalupe prefirió regresar resignada a su prisión, a su condena, a aquel agobio asfixiante. Salió de su antigua morada en la Colonia Guerrero, persuadida de que en su futuro nunca florecería la esperanza de algo. Se sintió invadida de mayor desánimo y de una soledad todavía más re-

cóndita e insufrible que antes. Su sed de ternura y comprensión no se podía aplacar ni por un instante.

Se despidió definitivamente de aquella vivienda sencilla donde vivió su infancia, una casa modesta de dos recámaras, la de ella, que compartía con sus dos hermanas y la de sus padres, igualmente pequeña, pero, por supuesto, mejor amueblada; la única con alfombra, por cierto. Aquel supuesto hogar habitualmente desordenado, tenía una cocina pequeña, dos baños y una pequeña sala-comedor.

Dijo adiós para siempre también a aquel barrio donde descubrió los primeros juegos realmente interesantes, donde conoció a sus primeros amigos verdaderos y casi disfrutó de su adolescencia, sobre todo en aquel parque cercano en que se sentía realmente libre por fin, lejos de sus padres.

Siempre quiso pensar que podría regresar si fuera necesario, aunque muy en el fondo sospechaba que sería imposible. Se fue lentamente, pero con prisa, con la mirada fija en la lejanía, sin querer voltear ni siquiera una última vez. Llovía a cántaros, como un mal presagio.

Guadalupe se había convertido en una lectora voraz, buscando quizás refugiarse en una ilusión ficticia y fugarse eventualmente de su condición de mujer oprimida y golpeada. Gradualmente elevaba la calidad de su lectura y, en consecuencia, cada vez rechazaba y sufría con mayor conciencia su ultrajante ignominia. Ella no era muy procli-

ve a ver la televisión como opción de escapatoria temporal, en contraste con su consorte, por cierto, que era un auténtico adicto a las telenovelas, el fútbol y las películas de violencia, debilidad que ellas tenían prohibido difundir, con serias amenazas de represalia.

Conforme Guadalupe cambiaba y Atanasio no lo hacía, la distancia entre ambos había ido en aumento. A veces soñaba que su vida era bien diferente y muy tranquila, tal vez como huida cándida o quizás como alucinación inherente a una vida de opresión.

Atanasio Jiménez Gálvez era un hombre alto, fuerte, engreído y versado en las artes de mentir y provisto siempre de todo tipo de artilugios. De poco más de cuarenta y cuatro años, aun cuando él aseguraba que tenía treinta y seis; que alguna vez había sido apuesto y atractivo para ciertas mujeres, algunas de las cuales lo encontraban también arrogante y presuntuoso.

De tez morena, lo que junto con su nombre él consideraba una herencia maldita de su padre, un militar intransigente y despótico originario de Oaxaca, quien estacionó a la familia en el mismo estrato socioeconómico en que inició, a pesar de sus «negocios» no precisamente honorables y sus prácticas de corruptela al trabajar para diversas entidades gubernamentales. Esta incapacidad de movilización social, Atanasio y su madre no se la perdonaron nunca.

Su familia continuaba viviendo en Azcapotzalco en el norte de la ciudad, en una casa relativamente grande, con fisonomía de rancho, pero siempre plena de decorados extravagantes que desentonaban entre sí y con los desplantes estrambóticos que hacían a su madre imaginar pertenecer a un estrato socioeconómico superior.

Eso sí, él y sus hermanos disponían de una habitación propia cada uno, espacio que nunca pudieron sentir como un verdadero refugio personal, pues por orden expresa e inamovible de la autoridad paterna, los aposentos de los hijos deberían permanecer con las puertas abiertas, de par en par, de manera permanente.

La fachada de la casa pretendía ser impresionante y tenía la función de ocultar la realidad de aquel inmueble, que nunca fue un verdadero hogar, el cual Atanasio y sus hermanos buscaron abandonar lo antes posible.

Su padre, un espécimen bastante peculiar, no fue jamás una fuente de educación familiar ni un promotor de valores, los cuales mantenía ocultos en el sótano de su conciencia, aunque fue, eso sí, un buen instructor de golpeo, en el que él y sus tres hermanos eran sus *sparrings* predilectos. A decir verdad, nunca se lo vio golpear a su esposa, a la que sí profería, en cambio, todo tipo de insultos y humillaciones.

El supuesto respaldo educativo del teniente en retiro, Indalecio Jiménez, su padre, nunca estuvo orientado al fomento de los estudios o la lectura; estuvo dirigido, en

cambio, a convertir a los tres en verdaderos exponentes del machismo mexicano, con todo lo que ello implicaba: bravucones, pendencieros, bebedores, bribones, mujeriegos, crueles, tramposos y cobardes, como son todos los machos golpeadores.

Atanasio, quien desde muy joven dedicaba su mayor tiempo a pensamientos mezquinos y maléficos, jamás fue brillante en la escuela ni tampoco en su vida laboral. Siempre confundió la ética con la estética y los principios fueron para él simples inicios. Era indisciplinado y agresivo por hábito e irrespetuoso por inconsciencia. Su vida confirmaba lo que alguna vez destacó Isaac Asimov: «la violencia es el último recurso del incompetente». Casi siempre dispuesto a engañar a los demás, pero casi nunca logrando otro resultado que el de engañarse a sí mismo.

Es un hecho comprobado que la mayoría de los militares, en virtud de su formación autoritaria, suelen no ser muy buenos padres, como también lo es que este antecedente de influencia paternal podría explicar en alguna medida, pero, de ninguna manera, justificar ni disculpar el comportamiento posterior de Atanasio, el golpeador de mujeres.

La familia de Atanasio, en función de su ingreso real, pertenecía al estrato socioeconómico de nivel medio, aunque siempre aparentó formar parte de la clase media alta. La vanidad, la envidia y la codicia eran sus principales debilidades. Para todos los integrantes de aquel clan, la si-

mulación era una práctica cotidiana y la apariencia una consigna, que no podía ignorarse sin asumir serios riesgos.

Desde muy temprano, para todos los Jiménez Gálvez lo importante era parecer ser, más que ser; parecer ser inteligente más que serlo; parecer ser culto y gran lector, aun cuando la lectura y la cultura nunca formaron parte de sus pasatiempos. Guadalupe afirmaba que jamás lo vio leer un libro. Parecer ser rico, aunque no lo fuera tanto. De adolescente, con la presión cómplice de su madre, la principal simuladora de la familia, forzaron a su padre a comprarle un automóvil *sport*, cuyo precio estaba muy por encima de sus posibilidades. Como hijo favorito tenía todos los defectos de un niño mimado. Parecer ser exitoso y feliz era más importante que serlo. Parecer todo, aunque no fuera nada. Atanasio iba por el mundo con sus aires de gran señor, rígido y solemne con su supuesta grandeza, dedicado en tiempo completo a un sinfín de trivialidades.

Después de casarse, esas ínfulas obligaron a Atanasio a destinar una parte importante de sus ingresos a cubrir la renta de un departamento de tres recámaras, dos baños, cocina grande y estacionamiento, en una colonia de clase media alta en el sur de la ciudad. Los pisos de parqué, una alfombra supuestamente oriental, un gran espejo, seis cuadros extraños y dos lámparas de pie pretendían dar continuidad a las directrices de simulación de su madre.

En una de las habitaciones se refugiaban Ximena y

Anselmito, sin mayor mobiliario que sus respectivas camas individuales y una cómoda pequeña. Sus padres disponían de la alcoba grande, con camas separadas, por supuesto. La cama del padre podía identificarse por las almohadas de pluma de ganso y la de la madre por las de hule espuma. Detalle insignificante que describía, sin embargo, la desigualdad que prevalecía en aquel matrimonio. Ximena no recordaba, ni sabía, si alguna vez, muy al principio, compartieron ambos un solo lecho.

Últimamente, como otro evidente signo de frivolidad, Atanasio se había adquirido una impresionante camioneta Suburban, último modelo, si bien había continuado negándose a comprar una simple lavadora de ropa para la casa. Él disponía de un ordenador grande iMac que medio entendía, en tanto que se resistía a financiar la compra de una simple tableta para su hija, quien finalmente pudo disponer de una *laptop* usada gracias a los recursos que proporcionaba el trabajo de su madre.

Atanasio, al verla escribir en su nuevo instrumento de estudio, se limitó a recurrir al cruel y acostumbrado deleite de burlarse, si bien Ximena alcanzó a escuchar aquel susurro que, con la indolencia del ignorante fatuo, emitió al retirarse riendo, y que ella no olvidaría nunca:

—Escuincla imbécil, eres una estúpida y una incapaz, no aprenderás nunca, no tienes talento.

Esos insultos se le quedaron grabados a Ximena en las muy frecuentes pesadillas de Ximena, en las cuales in-

variablemente su padre la golpeaba y también le lanzaba aquellas frases hirientes: «¡Escuincla imbécil! ¡Estúpida! ¡Incapaz! ¡No aprenderás nunca! ¡No tienes talento!».

Aquel episodio jamás se borró de su memoria. A partir de aquel entonces, Ximena nunca olvidaba nada.

2.- Los amigos de Ximena

Ximena era una joven delgada y frágil de escasos trece años, de cabello muy lacio y muy negro, de facciones delicadas y de una apariencia verdaderamente hermosa, en cuya mirada se intuía su sensible naturaleza y su imaginación febril; una niña adolescente extraordinariamente dulce y temerosa que, a lo largo de su corta y titubeante vida, no había conocido la felicidad en ninguna de sus manifestaciones.

Su deliciosa cualidad de la armonía y su expresión de melancolía irradiaban una luminosidad seductora, es cierto. Sin embargo, se trataba de una niña taciturna que no había tenido una infancia grata, atrapada entre la violencia de su padre y la desazón permanente de su madre; una niña vulnerable y solitaria, de porte siempre nostálgico o francamente triste. No recordaba un solo día en que hubiese estado en verdad contenta, ni siquiera en sus sueños, invariablemente desbordados por la angustia.

Durante aquellas noches interminables de zozobra, el espejismo intermitente de sus pesadillas era siempre el mismo: ella sola, enclaustrada en un rincón oscuro de un cuarto sin puertas ni ventanas, temblando, ocultándose de la acechante intimidación de su padre, su gran verdugo. Arrepentida de existir, recurriendo a todo lo que su

imaginación ideaba para evadirse. Viendo su futuro con franco escepticismo, sintiéndose abandonada por Dios y extraviada en un galimatías infinito de confusiones, se decía tan solo «Hay quien nace sin suerte» tratando cándidamente de resignarse. La verdad es que la presencia de su padre nunca invitaba a conjeturas felices.

El hermano Anselmo, de siete años, era un niño dúctil, asustadizo e irritable, a quien le aterrorizaba que el día comenzara, si bien su angustia se exacerbaba conforme se acercaba la noche, casi siempre colmada de sobresaltos. Lo que sentía por su padre no era tan solo un fundado temor, sino más bien un pavor incontenible. En ocasiones su madre lo reprendía con la intención de inyectarle ánimo y estimular su coraje para enfrentar su pesarosa realidad. Es muy cierto que la desgracia hace a la gente vulnerable y el sufrimiento continuo la vuelve injusta.

El cariño que sentía por su madre jamás lo experimentó en su relación con su implacable padre. Sus incursiones en la escuela constituían un escape temporal del Castillo del Ogro, al que, más temprano que tarde, tendría inexorablemente que regresar.

Como era de esperarse, lo habitual era que Anselmito aprendiera poco y cualquier ruido imprevisto lo exasperaba, paralizando su esfínter y desbordándole el llanto.

«¡Qué feo es todo!, ¡Qué feo es vivir la vida!», se decía en secreto, soñando con poder refugiarse en los escondrijos invisibles de sus cuentos, pero sin divisar siquie-

ra una leve esperanza, la pequeña luz de una perspectiva diferente. Todo lo aceptaba con la nebulosa claridad de las cosas incomprensibles.

En tan infaustas circunstancias, Ximena se refugiaba en el estudio y la lectura, como una eventual escapatoria de su cruenta realidad. En diversas asignaturas era la alumna más aventajada del Colegio Renacimiento y, últimamente, leía un libro tras otro en cada instante disponible. Leer era, sin duda, su escondite predilecto. La fuerza absorbente de la lectura la tenía como poseída; quizás también por ello, a pesar de ser todavía una niña, mostraba serenidad y una madurez precoz, impropia de su corta edad. Silenciosa, retraída e introvertida se alejaba con creciente frecuencia de sus compañeros de escuela.

Solo llegó a tener dos verdaderos amigos, que la hicieron romper con aquel distanciamiento de todo y que a veces le hacían olvidar aquellos anocheceres inquietos. Leticia, una joven de su edad, de radiante palidez y de cabello rubio que le descendía pesadamente hasta los hombros. Una linda chica de ojos verdes y mirada soñadora, de exquisitez permanente, de muy agradable talante, de genuina jovialidad y de belleza pícara, a la que lo único que le causaba pesar y que afectaba su evidente optimismo era la delicada situación que aquejaba a su mejor amiga. Una luchadora crecientemente obsesionada con la defensa de la naturaleza y, en particular, con la protección de la biodiversidad. Una joven que aspiraba a ser protagonista entu-

siasta de la lucha contra el cambio climático. Sus argumentos estaban cada vez mejor fundamentados y, por consecuencia, cada vez eran más convincentes.

Leticia era la tercera hija de una espléndida e interesante pareja formada por un arquitecto de particular creatividad, cuyo prestigio evolucionaba muy favorablemente, y una escritora de inusitada sensibilidad, que estaba enamorada del amor. Ambos habían recibido con gran complacencia y particular deseo la llegada de sus tres hijos, si bien ambos reconocían que el arribo de la niña, la última, fue el acontecimiento más relevante de su vida. Siempre atentos y cercanos, les transmitían su experiencia y sus consejos con un absoluto respeto y sin imposición alguna.

Esta familia, donde prevalecía siempre la concordia, habitaba una hermosa residencia de dos pisos, en San Jerónimo, amueblada con clase, discreta elegancia y sin excesos ni ornamentos cursis, con un jardín extraordinariamente bien cuidado por la madre, y una acogedora chimenea en la sala, que, durante los primeros años, fue utilizada únicamente como posada temporal de los Reyes Magos, y después, una vez que el tiempo implacable reveló identidades y provocó desilusiones, jamás fue encendida, pues cumplía exclusivamente una función decorativa destinada a contribuir a vigorizar la atmósfera acogedora del hogar, olvidándose por completo de otro tipo de usos habituales, que pudieran violar los códigos de comportamiento dictados implacablemente por la única hija y res-

ponsable oficial de las normas de conducta familiar en materia de protección del medioambiente.

Se trataba de una confortable morada donde sus padres hacían bueno cualquier pretexto para organizar una fiesta con numerosos amigos. Ese cariño y esa actitud comprensiva de padres y hermanos los trasladaron de inmediato y sin condicionamiento de ningún tipo a los dos grandes amigos de Leticia, quien los recibía como anfitriona en su casa exactamente como sus padres recibían a sus amistades.

Su otro gran amigo era Marcos, de porte altivo y mirada serena; un joven de cabello negro ondulado con un persistente mechón rebelde sobre la frente, un chico de gran nobleza de espíritu y un año mayor que ella, que no sólo la quería, sino que la admiraba sinceramente, destacando siempre su inteligencia y sus diversos valores.

«De veras Ximena, tú vales mucho», solía decirle, pero ella no se lo creía casi nunca.

La verdad es que Marcos la amaba profundamente. Se enamoró de ella en cuanto la vio y perdió el alma por ella en cuanto le habló. Ximena apenas lo divisó. En ese instante no aconteció nada visible, pero justo en ese momento Marcos intuyó las deliciosas consecuencias de ese repentino sortilegio. Sus miradas se entrelazaron y aquellos ojos melancólicos lo embrujaron con el misticismo de un encantador de serpientes.

Fue a partir de ese momento que Marcos fue presa

de los atractivos que descubría en ella cada día y a cada instante, y de ese ensueño mágico que es prerrogativa exclusiva de los adolescentes. Su hermosura lo reducía al silencio, a la contemplación y a la fantasía.

En las ocasiones en que pretendía concentrarse, se le presentaba aquella mirada triste, como aparición de hechicería, y él se afligía y disfrutaba de manera simultánea con un sacudimiento de deleite. La conoció una mañana y para el atardecer ya era demasiado tarde, aquellos ojos habían ya encendido su propio incendio en lo más recóndito de su ser y lo habían cautivado.

Se trataba de un amor sin reflexión que, desprovisto de deseos, sólo sueña y no piensa. Era el vértigo de un ser sencillo. El mínimo contacto con su mano le hacía perder el entendimiento en un caleidoscopio de sensaciones. Se había enamorado con aquella intensidad que sólo puede experimentarse cuando se tienen quince años y con ese sentimiento de entrega absoluta y total que las personas mayores ya no saben sentir.

La familia de Marcos era igualmente encantadora. Su madre, trabajadora muy querida en la Oficina de Correos, lo adoraba y actuaba como cómplice incondicional de todas sus iniciativas. Su padre, funcionario público de nivel intermedio, era un hombre de una rectitud y una honestidad intachables y ampliamente reconocidas. Preocupado siempre por los que menos tienen e indignado permanentemente por las desigualdades de México, contra

las que luchaba de manera incansable.

La vida familiar de Marcos, a pesar de ser hijo único, siempre estuvo rodeada de afecto, de interés genuino y de una comprensión respetuosa. En aquel departamento de la colonia Narvarte reinaba un altruismo encomiable y una atmósfera exquisita de tranquilidad tal que Ximena pensaba que ninguno de los hogares de la ciudad podría ofrecer un ejemplo semejante.

La personalidad interesante y la extraordinaria sensibilidad de Ximena, a pesar de su mocedad, resultaban suficientes para granjearse, como efectivamente lo hizo, la aceptación y la simpatía de las dos familias. Sin embargo, a pesar de ser tratada con particular cariño y especial deferencia, y no obstante estar completamente segura de que ni padres ni hermanos habían sido enterados por sus amigos de lo trágico de su existencia, Ximena trataba de eludir la visita a ambos hogares, inundada por una envidia punzante que ella se reprochaba y reconocía con pesar.

Los tres amigos soñaban en que algún día juntos harían algo verdaderamente trascendente, aunque a Ximena le parecía que el tiempo avanzaba a velocidad de crucero y en ocasiones sentía cómo que navegaba en un buque a la deriva.

3.- Los amigos de Guadalupe

Georgina, su amiga secreta, quizás la única en su vida, le había asegurado a Guadalupe, durante la primera etapa de una amistad sincera, que había ido aumentando con los años, que el problema de raíz de la infamia lacerante como la que ella padecía se encontraba en esa dependencia absoluta que había transitado de su padre a su cónyuge.

—Depender íntegramente de ellos es la mayor maldición. Saber que la dependencia es absoluta exacerbaba su machismo. Al reparar los hombres en que las mujeres pueden sobrevivir con sus hijos con base en su propio trabajo y sin el respaldo de ellos, la violencia tiende a disminuir. Eso está más que demostrado —acostumbraba a decirle una y otra vez.

Georgina era, como ella se calificaba al tomar confianza, “una solterona viuda, que conocía muy de cerca las vicisitudes de la muerte”. Un accidente intempestivo de su pareja justo tres días antes de la fecha señalada para el matrimonio, tuvo en ella un efecto devastador.

—No tenía por qué empeñarse en sustituir a un compañero, también piloto, aquella tarde fatídica —le comentó llorando a Guadalupe—. No se puede tener mala suerte cuando se ejerce esa maldita profesión —agregó.

Guadalupe le dijo, tratando inútilmente de consolarla:

—Leí, en algún libro alguna vez, que nuestros antepasados, los aztecas, pensaban que uno verdaderamente muere solo cuando es olvidado, cuando ya nadie lo recuerda.

A partir de aquella desgracia, Georgina, que continuaba perdidamente enamorada, vivía en la engañosa opacidad del recuerdo. A sus cuarenta y cinco años seguía siendo una mujer muy hermosa que llamaba la atención por su conducta silenciosa y sus ademanes delicados

Su amiga era una excelente costurera que, después de varios años de ser explotada sin consideración alguna en una fábrica textil, como acontece en México con casi todas las costureras, había decidido estudiar algo de diseño de moda, lo que le permitió independizarse y acabar con el brutal ultraje cotidiano. Le estaba yendo bastante bien y cada año le iba mejor. Tenía ya una clientela considerable que le pagaba más o menos lo justo; y no dejaba de aprender, ahora por su cuenta, con la ayuda de Internet. La verdad es que había llegado a un punto en que no tenía ya capacidad para atender con oportunidad todos los pedidos que le llegaban de sus clientas.

—Yo te voy a enseñar todo lo que sé —le prometió Georgina un sábado, después de una paliza que le deformó el rostro—, y le cumplió. Guadalupe, motivada con la posibilidad de acabar con el “problema de raíz”, fue una

excelente alumna, aprendió notablemente rápido y hacía su trabajo de manera cabal, al grado que Georgina comenzó a compartirle algunos encargos, lo que le permitió percibir unos ingresos crecientes, pues su amiga no sólo difundía con absoluta transparencia quién era la artífice del trabajo, sino que le transfería íntegramente el importe que pagaban las clientas, sin intermediar con comisión alguna. La desesperanza suele convertirse en un poderoso motivador del aprendizaje.

La fecha en que adquirió su primera máquina de coser, con la garantía de Georgina, Atanasio llegó y antes de quitarse y colgar su gabardina, como era habitual, le gritó con voz destemplada y arisca:

—Pero qué carajos estás haciendo, sin mi autorización. No te mandas sola “*Pendeja*”,

—Soy tu patrón y tú, en este mi palacio, haces únicamente lo que yo te diga.

—Es solo para ayudar con algunos gastos de la casa, Atanasio —le replicó ella en voz baja y con una tonalidad de franca sumisión—. Es poco lo que me pagan, pero algo es algo.

—¡Qué disparate! Estás loca; además de ser una inútil, eres una pendeja —le impugnó el esposo y se fue a la calle, sin mostrar su rechazo a la iniciativa, pues, atendiendo su propensión calculadora y pensándolo dos veces, no le había parecido tan mal que ella compartiera “algunos gastos de la casa”. Guadalupe, por su parte, se

había hecho el ánimo de no objetar nada y de limitarse solo a no responder. El silencio llega a erigirse como la única evasiva ante la intransigencia.

La verdad es que, en términos de trabajo, la situación era cada vez mejor para Guadalupe, gracias a tres contribuciones que resultaron decisivas. La primera provino de su hija Ximena, quien descubrió que, a través de Internet, podía acceder a diseños de ropa de genuina vanguardia, acorde con la temporada y con las paletas de color que estarían de moda en el futuro cercano.

Ximena encontró que, utilizando un traductor que, con la asesoría de Marcos, había obtenido gratuitamente en Internet, escribía en español “diseños de vanguardia de ropa de mujer” y tenía la traducción para acceder a las innovaciones, no solo, de los países más evolucionados en materia de moda —como Francia, Italia, Reino Unido, Alemania, Suecia, Bélgica, España, Holanda—, sino también a la de aquellos otros mucho más originales, aunque culturalmente más lejanos, como Rusia, Japón, Corea, Singapur, China, Líbano y Marruecos.

En algunos casos, los nuevos modelos se acompañaban incluso con instrucciones para la confección. Como los textos en el idioma de algunos países aparecían en símbolos y letras desconocidas, no tenía más que recurrir a la técnica de “cortar y pegar” para, a través de las imágenes, disponer de los nuevos diseños con bellas e interesantes modelos. Esta solución no provino de Marcos, sino

que se le ocurrió a Ximena. Encontrar soluciones comenzaba a convertirse en uno de sus pasatiempos favoritos.

Por una explicable inclinación, Guadalupe fue optando cada vez más por los miércoles para visitar a su amiga, cuyo hermano, que respondía al nombre de Fermín, casualmente la visitaba ese día de la semana y permanecía a comer. Conforme se repetían los encuentros, Guadalupe y Fermín se fueron haciendo cada vez mejores amigos. Disfrutaban de escuchar música clásica juntos, por espacios breves, y de conversar acerca de sus respectivos proyectos y sobre el futuro, si bien jamás sobre el pasado y muy poco sobre el presente. Aquellas tardes apacibles se fueron convirtiendo en un paliativo importante que la distraía de esa angustia permanente. Vaya un oasis para Guadalupe.

El tono de las palabras de Fermín era como un sedante, como un bálsamo del que ella disfrutaba deliciosamente, aunque solo fuera de manera ocasional. Ella lo contemplaba absorta al narrar sus ocurrencias y sus sueños. Él disfrutaba de mirarla, si bien en algunas ocasiones no acertaba a leer sus silencios. Ciertas veces se entablaba entre ambos un verdadero coloquio de suspiros.

Ximena, experta en presentimientos, comenzó a advertir que su madre prefería claramente ir a ver a Georgina los miércoles, ya fuera para entregar las prendas terminadas o para recoger material y nuevas encomiendas. Esos días, había notado, se ataviaba con sus

mejores galas y se tomaba mucho más del tiempo habitual en las tareas de embellecimiento.

—Aquí hay gato encerrado —se dijo—, y decidió acompañarla uno de aquellos miércoles.

—Claro, mi hija, qué gusto que decidas acompañarme —precisó, un poco nerviosa, Guadalupe—, y durante el trayecto estuvo más parlanchina que de costumbre, lo que alimentó aún más las suspicacias de su hija.

Tocaron el timbre en el departamento de Georgina y les abrió un hombre bastante bien parecido que transitaba en los cuarenta, con cuerpo atlético, con unos ojos grandes del color del café y mirada acariciadora, quien exclamó con una actitud amable:

—Hola Lupis, que bueno que llegaste... bueno, que llegaron.

—Hola Fermín, buena tarde, ella es Ximena, mi madre —respondió Guadalupe, un poco atropellada—, perdón, quiero decir mi hija. Fermín es el hermano de Georgina—, aclaró, dirigiéndose a Ximena.

—Hola Comadre—, interrumpió Georgina que se aproximaba con gusto evidente. —Qué bueno que trajiste a Ximena. Hoy tenemos comida especial. Estoy segura de que les gustará a los tres.

—Te ayudo—, ofreció Guadalupe y la acompañó a la cocina. Ximena y Fermín intercambiaron una sonrisa leve y se sentaron en dos sillones de la sala.

—¿Así que, tú eres la famosa Ximena?

—Pues sí, soy yo, aunque no sabía que fuera famosa—, replicó.

—Bueno, es un decir. Lo que pasa es que Lupis habla mucho de ti. Es evidente que te adora y que eres su gran orgullo.

—Sí, me quiere mucho. Y tú ¿eres soltero o casado? —preguntó Ximena

—¡Soltero! por supuesto—, respondió de manera precipitada Fermín, no pudiendo ocultar cierta turbación

—¿Por qué lo preguntas? —Por nada —señaló Ximena—, tal vez porque en estas épocas resulta un poco complicado y confuso eso del matrimonio.

—¿Ah sí? No me digas... Diciendo para sus adentros: “Qué comentario más estúpido acabo de hacer”.

—¿Y aparte de no hacer nada, a qué te dedicas?, Interrogó una vez más Ximena. —Soy abogado —contestó él— trabajo en una editorial y, además, soy instructor de artes marciales.

—¡Guau! —Se limitó a decir Ximena, y agregó:— ¿De los abogados que hacen el bien o de los abogados que hacen el mal?

—De los que hacen el bien desde luego—, aclaró él apresurado.

—Qué bueno, aunque creo que son muchos más los otros, ¿No? —, insistió Ximena.

—No creo —musitó Fermín

—Pues yo sí... —replicó ella—. Me caes bien, —añadió.

—¿Ah sí? Qué bueno. “Otra vez, imbécil” se reprochó en silencio.

—¿Y a qué equipo le vas?— volvió a cuestionar Ximena.

—¿Cómo? —Preguntó él.

—Que a qué equipo de futbol le vas— aclaró ella.

—Al Cruz Azul— comentó él tímidamente.

—Qué bueno— respondió ella— Si me has dicho al América, la hubiera cortado contigo de inmediato—, pensando que se trataba del equipo del que su padre era un fanático aficionado.

—Pues qué bueno, ¿Y tú a cuál le vas?

—Pues claro que también al Cruz Azul, el mejor de todos —masculló Ximena, soltando una ligera carcajada, con un tono inofensivo y socarrón.

Ante semejante escrutinio, resultó afortunado para Fermín que regresaran cuchicheando Georgina y Guadalupe y les invitaran a pasar a la mesa. Se levantaron y Ximena le preguntó a su madre discretamente:

—Y tú Mamá Lupis, ¿dónde prefieres sentarte?

Guadalupe no respondió; tranquilamente se sentó en la silla más cercana y levantó con discreción su mano abierta en señal de que “Me la vas a pagar”.

Ximena se sentó en la otra cabecera, frente a Georgina y, para concluir el preámbulo de la comida, exclamó:

—Ay, mamá Lupis. Tú siempre te buscas la mejor vista.

Guadalupe fingió no escuchar e, insinuando nuevamente aquella señal de advertencia, procedió a servirles la sopa a todos.

La charla durante la comida resultó ampliamente agradable y divertida. Si bien en su mayor parte versó sobre la confección y el bordado, Ximena la disfrutó como pocas veces y se rió como casi nunca, sobre todo cuando Fermín les contó el chiste de dos compadres, uno muy parlanchín y otro muy callado, que disfrutaban sus copas en una cantina y el primero le dijo al otro:

“—Compadre, le voy a hacer una confidencia. Fíjese que su comadre y yo nunca hicimos el amor antes de casarnos. Hasta que no contamos con la conformidad absoluta de sus padres y la sagrada bendición del cura, en nuestra boda, yo no la toqué ni con el pétalo de una rosa. Nunca hice el amor con mi esposa antes de ese momento.

El compadre parlanchín miró a su compadre con una sonrisa de orgullo y legítima satisfacción y le preguntó:

—¿Y usted, compadre?

Y el compadre callado se rascó la cabeza y respondió:

—Pues yo sí, compadre, pero le juro que yo no sabía que iba a ser su mujer.”

Ximena, por más que trataba y a pesar de las repri-

mendas de su madre, no podía interrumpir sus carcajadas que se desbordaban una y otra vez.

Después de arrasar con una pastelería esquina del pecado, terminaron brindando los cuatro con tres copas y media de “Baileys”, que, por cierto, para Ximena resultó un sugestivo descubrimiento. Con disimulo y cautela, Ximena, de vez en cuando, los miraba de soslayo, y fue entonces que notó que su madre y Fermín intercambiaban miradas dulces a hurtadillas.

Animado por la reacción de Ximena, Fermín quiso contarles el contenido de una novela reciente que estaban evaluando en la editorial para su eventual publicación. Se trataba de un hombre ciego particularmente inteligente y la trama comenzaba con un comentario de su único hijo, y lo más relevante iba más o menos así:

—Y con esto, el Profesor Remigio Cedeño se convertirá en el invidente informático más avanzado de su generación —enfaticó su hijo, Ingeniero en Sistemas de Información, después de la extensa explicación sobre cómo manejar el extraordinario equipo multifuncional que le había construido.

—Es de una sencillez asombrosa, padre. Oprimes el primer botón y conectas el teléfono, solo tienes que mencionar el nombre de con quién quieres hablar, activas el segundo y grabas la conversación. Lo que te puede resultar muy divertido con tus nietos. Todo lo que platiques con ellos lo puedes escuchar después las veces que quieras,

con un sencillo doble clic. A través del tercer botón podrás dictarle a la grabadora, si lo oprimes dos veces, te hará una impresión, por si quieres regalársela a alguien. Con el cuarto botón podrás escuchar la música de tu predilección, solo tienes que mencionar el nombre de la canción o de la melodía, o bien el del intérprete o el compositor. ¡Ah! Y si oprimes el quinto y último, únicamente mencionas el título del autor y una voz femenina encantadora te leerá la obra literaria que tú elijas. *¿No te parece fantástico, papá? ¿Como de magia, no?*

Habían transcurrido cuatro días y el profesor Remigio Cedeño no se había atrevido todavía a poner un dedo en el “aparatejo diabólico”, como él seguía llamándolo. Estaba sentado en su sillón favorito conversando en silencio con sus recuerdos, cuando escuchó un extraño zumbido lejano y muy tenue, sólo perceptible por el tímpano ultrasensible de un ciego, que claramente provenía del “equipo fantástico”, como le llamaba su hijo. Supuso que tan solo se trataba de una llamada de su muchacho, que lo estaba poniendo a prueba, así que, muy delicadamente, oprimió el primer botón y se llevó una tremenda sorpresa al escuchar la voz ronca de un hombre que decía:

—*Pedro, ¿eres tú?*

El profesor Cedeño rápidamente oprimió el segundo botón con la intención de apagar el aparato, pero, sin pretenderlo, activó la grabación.

—El próximo viernes cuatro secuestraremos a la niña, Pedro. Todo está listo. Le pediremos a ese maldito millonario diez millones si quiere volver a verla.

—¿Qué haremos con ella, doctor Ituarte? ¿Dónde la esconderemos?

—Ya te lo había dicho, la traeremos a mi departamento, la dormiremos, y así permanecerá hasta que la devolvamos contra la entrega del rescate. Te repito que todo está listo, he cuidado hasta el último detalle. Te espero en mi departamento el viernes a la una de la tarde. Debes ser puntual —y colgó.

—No puedo creerlo —se dijo— Esto es de ciencia ficción. ¡Es asombroso!, ¡Sorprendente! ¿Por qué tenía que pasarme a mí? ¡Aparatejo infernal! Lo pensó durante varias horas. En realidad, él no quería meterse en problemas, pero no podía quedarse impávido ante el secuestro de una niña. Finalmente se decidió, convencido de que tenía que actuar rápido. Se acercó al “aparatejo diabólico” y, siguiendo las indicaciones de su hijo, le dio instrucciones de llamar al teléfono reciente, es decir, al del secuestrador, quien casi de inmediato respondió:

—Sí, dígame.

—Dr. Ituarte, lo sé todo.

—¿Quién habla? ¿Qué significa esto?

—Eso, en última instancia, no importa. Lo que en realidad importa es que sé muy bien que usted secuestró a esa niña ayer por la tarde, con el apoyo de su cómplice

Pedro, que la niña se encuentra en su casa y que usted pretende solicitar como rescate diez millones de pesos. Lo espero esta noche a las nueve. Mi dirección es la misma que la suya, en el departamento 801 —y colgó. Casi de inmediato, llamó al número que se había indicado en las noticias y pidió hablar con don Leodegario Rueda Ballesteros.

—Dígale que se trata de su hija —agregó.

Pasados casi dos minutos, escuchó la voz del empresario, quien atropelladamente preguntaba:

—¿De qué se trata? ¿Quién es usted? ¿Cómo está mi hija? ¿Qué quiere a cambio de regresármela?

—Don Leodegario, cálmese y escúcheme con atención. Soy el profesor Remigio Cedeño. Yo no secuestré ni tengo a su hija, pero es probable que pueda rescatarla.

Dígame, ¿le llamaron ya los secuestradores?

—Sí, me piden diez millones de pesos. Yo acepté, pero no aceptan un intercambio; pretenden que les entregue primero el dinero y que después habrán de devolverla.

—Trataré de liberarla, pero le impondré ciertas condiciones. Si yo rescato a su hija y se la entrego sana y salva, ¿estaría dispuesto a asumir el compromiso, bajo juramento, de entregar la mitad de la cantidad que le piden a la Asociación Nacional de Ayuda a los Ciegos; de no volver a producir en ninguna de sus fábricas videojuegos de violencia, de ningún tipo, y de retirar su denuncia?

—Sí, estoy dispuesto —aseguró el empresario, después de pensarlo unos segundos.

—Júrelo y deme su palabra de honor.

—Se lo juro por lo más sagrado y, por supuesto tiene usted mi palabra de honor.

—Deme el número de su móvil y acuda con la policía al monumento a Cervantes, a las 9 de la noche. Yo le llamaré. No siga las indicaciones de los secuestradores, al menos hasta mañana.

—Mi número es... —dijo el empresario.

—Hasta pronto, —dijo el profesor—, y colgó.

El profesor se acomodó en su sillón y se dispuso a esperar que dieran las nueve. Faltando quince minutos, según la radio, se incorporó, caminó lentamente y abrió un poco la puerta de su departamento. Regresó y se sentó en una silla del comedor. A las 9 en punto escuchó unos pasos que se acercaban sigilosos, oyó el suave rechinido de la puerta, y dijo:

—Adelante doctor Ituarte. Si prefiere, puede encender la luz. Póngase cómodo. Después de asegurarse de que la mirada perdida del profesor Cedeño delataba su invidencia, guardó en la bolsa de su gabardina el revólver que llevaba consigo y dijo con voz ronca y firme:

—No tengo tiempo que perder. ¿Cómo es que usted sabe lo que me dijo que sabe? ¿Y qué es lo que pretende?

—Pretendo que, tranquilamente, traiga usted a la niña a mi casa y que se olvide para siempre de este dispa-

rate. Como se ha percatado, está en mis manos; conozco su nombre, su profesión, el lugar donde ha trabajado quince años, su dirección, el nombre de su cómplice; es decir, todo lo que se requiere para refundirlo el resto de su vida en la cárcel.

—Está usted loco; yo supuse que esperaba una parte del rescate, ¿Se da cuenta de que es usted quien está a mi merced. Puedo eliminarlo con absoluta facilidad y hacerlo aparecer como parte de un robo violento.

El profesor se puso de pie con lentitud y le dijo:

—No creo que se atreva.

—Se dirigió al “aparatejo diabólico”, oprimió dos veces la segunda tecla y la grabación de aquellas conversaciones inició su reproducción, mientras el profesor Cedeño agregaba:

—En su oportunidad hice copias de la grabación de sus llamadas, las introduje en dos sobres, uno dirigido al millonario padre de la niña y el otro al Departamento Anti-sequestros de la Policía. Los dejé ambos en un cierto lugar secreto al que yo acudo cada mes durante los últimos años, con la indicación de qué si algún mes próximo no me presento, o si se enteran de que estoy enfermo o que me ha sucedido algún accidente o que he muerto, los entreguen a sus destinatarios de inmediato. Como ve, me temo qué de ahora en adelante, usted deberá ocuparse seriamente de cuidar mi buena salud.

El doctor Ituarte se quedó perplejo y continuó escuchando las dos grabaciones hasta el final. Caminó muy lentamente y salió del departamento. En menos de diez minutos, el profesor Cedeño escuchó de nuevo los pasos que se aproximaban y dijo:

—Recueste a la niña en la cama de mi habitación con mucho cuidado. ¿En cuánto tiempo estima que despertará?

El Doctor cumplió con las instrucciones, regresó a la sala, miró su reloj y dijo:

—En realidad, la niña está por despertar.

—Váyase doctor y rehaga su vida. Yo no quiero perder un buen guardián, y seguramente el Hospital Inglés tampoco quiere perder a un buen anestesiólogo. Cierre la puerta al salir, por favor. Dando tiempo a que su vecino subiera un piso, el profesor llamó al padre de la niña y le pidió que subieran al 801 de Racine 24. Abrió la puerta y se dispuso a esperar. Cinco minutos después entraron atropelladamente al departamento el padre y la madre de la niña, acompañados del comandante de la policía.

—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?, —gritaron al unísono.

—Está descansando en la recámara, —indicó el profesor—. Ella no se ha percatado de nada, no vale la pena que la pongan al tanto.

Ambos se lanzaron con premura a la habitación para abrazarla, besarla y finalmente despertarla.

El comandante de policía se acercó al profesor, confirmando su incapacidad visual, y le preguntó:

—Usted fue uno de los secuestradores, ¿no es así?

—Ya no diga más tonterías, Comandante. Se está jugando el puesto con su incompetencia. Yo soy más bien el rescatador. Aunque sería interesante que usted me apresara y me acusara de secuestrar a la niña en pleno día en el Parque Central. Me gustaría ver qué hacen los periodistas con su reputación, sobre todo al saber que soy ciego y que la demanda ha sido retirada. ¿Cierto, don Lorenzo?

—Así es, Profesor. Se lo prometí y habré de cumplirlo —respondió el millonario, que regresaba de la recámara, con la niña del brazo de su madre.

—Mira, hija, —dijo el padre—, este es el buen hombre que te encontró en el parque donde te habías perdido. Te trajo a su casa y me llamó de inmediato para que yo viniera a buscarte. Dale las gracias.

La niña se acercó y le dio un beso en la mejilla, diciendo:

—Gracias, señor.

—Regresa a tus juegos, hija. Fue una felicidad para mí conocerte —manifestó el profesor.

—Vayan adelante, —indicó el Padre—, quisiera cruzar unas últimas palabras con nuestro amigo.

Don Leodegario Rueda Ballesteros se sentó y dijo:

—Por supuesto profesor, que cumpliré mi promesa de donar cinco millones de pesos a la Asociación de Ayuda

a los Ciegos; sin embargo, también quisiera recompensarlo a usted en lo personal.

—De ninguna manera, no es necesario. Ese beso de su hija vale una fortuna; me doy por bien pagado, —le respondió.

—Sabe profesor, lo que sí me resultará prácticamente imposible es cumplir mi ofrecimiento de eliminar de mis fábricas los videojuegos de violencia. El caso es que tengo socios, sabe, que no estarían de acuerdo con esta decisión.

El profesor Remigio Cedeño, se incorporó, se dirigió al aparato diabólico y oprimió dos veces el botón correcto para iniciar la reproducción de la conversación que sostuvo con el empresario, cuando le dio su palabra y juró por lo más sagrado, que retiraría los videojuegos de violencia de su producción.

—Don Lorenzo, debo informarle que hice varias copias de la grabación de nuestra llamada; las introduje en sobres dirigidos a los principales diarios del País. Los dejé en un cierto lugar secreto al que yo acudo cada mes, desde hace varios años, con la indicación de que, si algún mes próximo no me presento, los entreguen a sus destinatarios de inmediato. No puedo imaginar siquiera lo que harán los periodistas con su reputación si no cumple con su palabra de honor, y su juramento por lo más sagrado. No me deprima, don Lorenzo, porque me puede entrar la par-

simonia y quizás no acuda a la siguiente visita. Por favor, cierre la puerta al salir.

—Se hará todo como habíamos acordado, profesor—dijo el millonario al retirarse.

Un poco más tarde sonó el teléfono. Era su hijo.

—Hola, padre. ¿Qué tal? ¿Te has divertido con el aparato supersónico?

—Pues la verdad es que sí, me he divertido bastante. Creo que difícilmente podrás imaginarte cuánto, —respondió el profesor, con una sonrisa burlona.

4.- El trabajo

La segunda gran aportación que recibió Guadalupe fue la que le otorgó Xóchitl, la muchacha indígena que, en secreto, acudía dos veces a la semana para ayudarle con algunas tareas del hogar y aliviar la tremenda carga de trabajo que le imponía Atanasio. En una memorable mañana le dijo:

—Señora, ¿por qué a este hermoso saco de mujer que ha hecho no le ponemos en las tapas de las bolsas algunos de los muy bonitos bordados que hacen en mi pueblo? Y a esta lindísima blusa blanca le incluimos unas tiras del deshilado que también hacen en mi pueblo y que, créame, son “muy, pero muy bonitos”.

Guadalupe decidió seguir la recomendación de su asistente, más con la idea de apoyar a alguna bordadora o deshiladora de su pueblo, donde, según le decía la propia Xóchitl, eran “muy, pero muy pobres”. Así lo hizo, y un miércoles llevó las dos piezas terminadas a Georgina, una con bordado y la otra con deshilado, para que sondeara a sus clientas. Georgina la visitó a los tres días siguientes, a una hora en la que, por supuesto, estuviera sola, y le manifestó que tenía algo importante que proponerle. Se sentaron en la cocina a tomar un café y le dijo:

—Guadalupe, tenemos que llegar a un arreglo de inmediato con las bordadoras y deshiladoras del pueblo de tu muchacha. Mis mejores clientas se daban de puñaladas por el saco y la blusa.

A partir de ese entonces, todos los fines de semana Xóchitl visitaba su pueblo cargada de trozos de tela ya cortada y con los señalamientos para el bordado y/o deshilado, y se regresaba con los que ya habían concluido. Llevaba consigo también el importe de los anticipos de los nuevos encargos y de los pagos por el trabajo entregado.

Guadalupe estaba muy satisfecha de poder ayudar, además, a las mujeres que su asistente llamaba “las muchachas artistas del pueblo”. Las clientas invitaban a familiares y amigas y los ingresos de Georgina y de Guadalupe fueron incrementándose de manera exponencial.

Se registró una tercera aportación valiosa, otra vez de parte de su hija Ximena, que vino a impulsar todavía más el éxito de la iniciativa laboral. En una ocasión en que Guadalupe había terminado dos blusas bordadas, su hija le pidió que, antes de entregarlas a Georgina para su promoción, se las prestara por unos días, pues algo le andaba revoloteando en la mente que tal vez podría ayudar.

Ximena tomó las piezas y se dirigió a visitar una tienda de ropa fina en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, cuyo nombre era “Boutique Saint Laurent”.

Después de mucha insistencia y de repetidas explicaciones a las dependientas, le permitieron conversar con

la dueña y plantearle cómo fue que evolucionó el trabajo secreto de su madre.

—¿Pretendes que yo te compre las blusas? —le preguntó la dueña tranquilamente, una señora elegante, de rostro amable y de origen francés, que tenía ya muchos años residiendo en el país.

—No precisamente —replicó Ximena—. Solo quisiera que usted las tomara en consignación. A mí me queda claro que usted no es el mercado; el verdadero mercado lo forman sus clientas. Si usted nos compra las blusas y no las vende, no nos volverá a comprar. En esto somos aliadas. Si sus clientas las aceptan, todas ganamos y usted nos pedirá más. Si las blusas no se las compran, las podremos cambiar por otras que tal vez sí resulten del agrado de sus clientas. Además, usted es la que sabe qué es lo que les puede gustar. Usted las conoce y nos puede orientar.

La dueña soltó una carcajada, complacida con el razonamiento de Ximena, aceptó su propuesta y se inició así un proceso que resultó particularmente beneficioso para todas. Ximena seleccionaba los diseños en Internet, con el procedimiento que ya hemos descrito, y les agregaba, en prototipos de “Photoshop”, diversas opciones de bordado, tejido o deshilado, con alternativas diversas en cuanto a selección y combinación de colores.

La dueña, Madame Belanger, cada vez más amiga incondicional de Ximena, le ayudaba a seleccionar las

prendas y soluciones que, a su juicio, tenían mejores perspectivas de comercialización en su boutique. Esas eran las piezas que Ximena proponía elaborar a su madre y a Georgina.

Como era de esperarse, la demanda de sus excelentes piezas rebasó la capacidad de confección de las dos. La boutique y sus clientas les pedían nuevos modelos, así como las nuevas amigas, vecinas y familiares que continuaban sumándose. Era materialmente imposible atender todas las peticiones. Georgina se presentó nuevamente en la casa de Guadalupe y le anunció que tenía una segunda propuesta que hacerle.

—Tendremos que contratar algunas costureras —sugirió, mientras disfrutaban el café acostumbrado después de un día de verdadero agobio—. No es posible darnos abasto, Guadalupe. Terminamos todos los días rendidas, sin ganas de nada. ¿Para qué queremos más dinero si no tenemos ánimos ni siquiera para gastarlo? Llamaré a algunas antiguas compañeras de la fábrica textil, seguramente estarán dispuestas a trabajar para nosotras. Podemos darles un mejor sueldo del que les pagan ahora.

—Pero, Georgina —replicó Guadalupe—, tú y yo sabemos muy bien que prácticamente todas las costureras en México son explotadas por sus patrones. No podemos convertirnos en otro patrón más. Son mujeres que tienen familias y problemas como nosotras. Tenemos que apoyarlas para que también puedan ser libres.

Georgina se quedó pensativa, evocando otras épocas, y respondió:

—Tienes razón, Guadalupe; no podemos hacer lo que tantas veces reprochamos; no podemos actuar como algunas diseñadoras de moda, que se quedan con la mayor parte del ingreso obtenido por el trabajo y talento de las costureras y bordadoras, a quienes simulan apoyar y mantienen en el anonimato. Las invitaremos como socias, si estás tú de acuerdo.

—Por supuesto que sí —respondió Guadalupe, aplaudiendo contenta.

Georgina reunió en su apartamento a un grupo de antiguas compañeras de la fábrica donde ella también fue explotada, y les extendió la invitación para participar en el negocio, aclarando que ellas dos aportarían los diseños y la demanda, e incluso ofrecieron financiar la adquisición de hilos, telas y accesorios, sin recibir un solo centavo por el trabajo de sus nuevas socias.

—El ingreso de cada una dependerá directamente de su propio esfuerzo, talento, cumplimiento y calidad —les aclaró Georgina.

Todas aceptaron con genuino entusiasmo.

Se formó así un grupo de quince amigas que finalmente se consideraron libres. Georgina y Guadalupe se sintieron cada vez más contentas y orgullosas de lo que iban logrando. Constituyeron en secreto una cooperativa de producción a la que llamaron *“Ahora Nosotras”*.

Todo funcionó bien, incluso mejor de lo que habían pronosticado. No todos los consortes estaban enterados, por supuesto, de este “pacto de solidaridad”, y mucho menos del ingreso que ellas obtenían.

Cabe destacar que, ahora, con la posibilidad de facturar sus ventas a través de la cooperativa, aumentaron sensiblemente los pedidos de la Boutique Saint Laurent y de otras tiendas exclusivas.

El futuro se vislumbraba aún más prometedor, pues Madame Belanger tenía planes de exportar sus prendas a Francia el próximo año, cuyos arreglos pretendería concretar durante su próxima visita a París.

5.- Todos para uno

Durante los siguientes meses, a medida que Atanasio deducía que los ingresos de Guadalupe aumentaban, se incrementó su acoso, presionándola para que asumiera otros gastos de la casa. Así la fue obligando a cubrir primero los relativos a la escuela de los hijos, después los de alimentación y, más tarde, incluso la renta del departamento. Guadalupe, interpellando a la vida, lo fue aceptando todo, y poco a poco reconoció que Georgina se había equivocado por completo, pues las golpizas y eventuales violaciones de algunos viernes no cesaron en absoluto, lo que la descorazonó todavía más. Los hechos son a veces tan distintos de los anhelos. Decidió darle tiempo a la adversidad para andar y desandar los caminos.

Guadalupe fue asumiendo también las adquisiciones de ropa para ella y sus hijos, así como los eventuales gastos de salud, como los del dentista y la atención médica. Recordaba aquel día espeluznante en que Atanasio, borracho, la golpeó salvajemente y su hija trató de interponerse, por lo que recibió también unos golpes feroces de su padre, al grado de que le fracturó la nariz. Guadalupe tuvo que llevarla al hospital de emergencia, con una hemorragia que no cedía. Una razón más para que Ximena lo odiara casi tanto como su madre, pues las señales de la fractura tardaron casi dos años en desaparecer. “Se cayó

de la escalera” fue la versión oficial de los hechos, la explicación que dieron en el hospital y en el colegio, lo que dio pie a la burla y a alusiones a su torpeza que le infligieron durante varios meses algunas compañeras, que no eran precisamente amigas.

Lo que tampoco cedió fueron las exigencias de Atanasio, que continuaba reclamando, cada vez con mayor violencia, que su ropa estuviera impecable en el lavado y planchado, y que sus trajes y camisas finas fueran llevados oportunamente a la tintorería, aunque él no aportaba un solo centavo para rescatarlas. Los desayunos y cenas tenían que ser deliciosos y abundantes, con los mejores ingredientes, si bien los costos respectivos gravaban exclusivamente sobre el ingreso de Guadalupe. ¡Ah! Y mucho cuidado con que sus cenas no estuvieran acompañadas de un buen vino, para lo cual dejó una lista de aquellos que más le complacían.

Atanasio Jiménez Gálvez, como todos los machos golpeadores, además de cobarde, era un rotundo desobligado y si antes cubría de mala gana los gastos del hogar era por mantener la apariencia, inclinación que persistía; solo que ahora todos los gastos corrían por cuenta de Guadalupe.

—Estoy atrapada para siempre —pensaba Guadalupe la tarde de otro viernes luctuoso—. De nada ha servido que con gran ahínco y esfuerzo sea yo quien mantiene a la familia. De nada, absolutamente de nada. Con

un ingreso importante y creciente no he podido evitar las golpizas ni comprar la libertad y la seguridad de mis hijos. ¿Qué puedo hacer? Este miserable es capaz de cualquier cosa si no lo obedecemos los tres. En algo sí tiene razón: en que soy una inútil.

Su vida, azarosa y cruel, le resultaba entonces in----sensata y sin sentido, ante una realidad a la que no había sido capaz de sobreponerse. Su corazón solo podía untrirse de pequeños estímulos siempre provenientes de la vida de sus hijos y de aquellos miércoles especiales.

Mientras tanto, Ximena, embozada bajo la sábana, lloraba y se decía:

—No puede ser, esto es insoportable. Tengo que hacer algo para salvar a mi mamá, para acabar con este castigo. Tengo que ser capaz de idear algo, algo inteligente, algo audaz. Ella no podrá hacer nada, pues lo único que le importa es protegernos y evitar que nos vuelva a golpear. Si no encuentro yo una solución imaginativa, esta maldición será la misma para siempre. Será un gran reto, pero tengo que lograrlo. Es urgente e impostergable acabar con este flagelo. —El paisaje, sin embargo, se veía oscuro y siniestro.

Ximena buscaba con desesperación algún indicio que le revelara las vulnerabilidades de su padre. Y así se la pasó una noche pensando hasta que se quedó dormida, pero no del todo, pues una vez más la despertaron los gritos y quejidos de su madre. El monstruo había regresado.

Se tapó los oídos con sus dedos y, con la almohada sobre su cabeza, no durmió; solo pensaba, pensaba y se decía:

—Tengo que hacer algo, tengo que inventar algo... soy la única que puede hacerlo.

Al día siguiente, los tres amigos se reunieron al salir del colegio.

—Tienes buen aspecto —mintió Marco.

Ximena compartió con sus amigos su decisión, informándoles que a partir de ese día comenzaría a fraguar un plan que decidió bautizar como “*Plan Estratégico para lograr la Libertad*”. Leticia y Marcos se entusiasmaron y prometieron apoyarla. Se autodenominaron “*Los Tres Mosqueteros del Renacimiento*”, que era el nombre del colegio. Unieron y elevaron sus brazos derechos, gritando:

—¡Todos para uno y uno para todos!

6.- El Jefe

A Atanasio le preocupaba seriamente lo que pudieran pensar los demás, en particular en su trabajo, y sobre todo don Anselmo Bringas Calderón, el súper billonario propietario y Director General de “Corporación Bringas”, una exitosa compañía de distribución y venta de artículos para el hogar, que había logrado construir una red de veintiséis establecimientos en toda la República. Era una organización de prestigio conservador en la que Atanasio había ascendido hasta ser nombrado Gerente General de Compras, gracias a un título profesional de “Contador Público” que adquirió en alguna parte, y después de una evolución escalafonaria basada en sumisión, intrigas y lambisconería, además de una astucia caracterizada por una carencia total de escrúpulos y principios.

Don Anselmo, quien además de ser el flamante Presidente de la Asociación de Familias Católicas, era extremadamente riguroso e intransigente en cuestiones familiares. Exigía de sus empleados una conducta intachable y ejemplar. El divorcio y la separación eran razones inapelables de despido fulminante, y se inmiscuía sin cortapisas ni reserva alguna en el funcionamiento familiar de todos sus empleados.

En el colmo de las intromisiones, Don Anselmo había contratado una firma de detectives privados para vigilar y constatar que sus empleados acudían a misa los do-

mingos, requisito insalvable para permanecer en la empresa. Afortunadamente para Atanasio, la contratación se había hecho por su conducto, lo que le permitió negociar y exigir que le enviaran cada viernes la relación de aquellos empleados cuya asistencia deberían vigilar el domingo siguiente. Esto le permitió acudir a misa únicamente en los casos en que su nombre aparecía en dicho registro.

Como podía suponerse, esos domingos de visita a la iglesia eran otros días ingratos para Guadalupe y sus hijos, quienes tenían que vestirse como el padre indicaba y comportarse conforme a estrictas reglas, so pena de recibir un severo castigo. Sabían bien que Atanasio era inmune al contacto de los ángeles, pero rígido con las simulaciones. Ximena evocaba con amargura aquel maldito domingo religioso en que apenas entraron en la casa y su padre le lanzó una mirada inquisitiva seguida por un tremendo bofetón que la hizo caer aterrada, “por no haber rezado con devoción durante la misa”.

Cada dos meses, Don Anselmo Bringas Calderón organizaba en su residencia una comida para sus colaboradores más cercanos y sus familias, con la intención oculta de que se le reconociera su amplia generosidad y magnificencia. Una aburridísima reunión plena de apariencias que Doña Clotilde, su esposa, insistía en denominar “tertulia”.

Éste era otro de los muy diversos martirios de Guadalupe y sus dos hijos, pues tenían que engalanarse a re-

gañadientes con atuendos que, por supuesto, Atanasio escogía, y acudir al festejo, abrumados por advertencias, amenazas temibles e indicaciones precisas sobre el comportamiento intachable que debían cumplir.

Sabían perfectamente que cualquier pequeña falla u omisión se traduciría invariablemente en reprimendas, golpes y maltratos al regresar a casa. Por supuesto, nadie osaba contradecirlo. Lo que más les indignaba era prestarse a la farsa y aceptar sugerencias dulces e incluso caricias por parte de su desvergonzado esposo y progenitor, pero sobre todo, el que los llamara delante de todos, con apariencia de hombre bueno: “Lupita”, “Ximenina” y “Anselmito”; nombre este último que, por cierto, había elegido Atanasio como un servil homenaje al dueño de la empresa.

El discurso moralista habitual de don Anselmo era parte inevitable de esa pesadilla, en particular cuando presentaba a Atanasio como ejemplo de hombre decente, abstemio y buen católico, y, sobre todo, como un gran modelo de respeto y responsabilidad familiar, reconocimiento que sellaba siempre con un afectuoso abrazo y una expresión de admiración efusiva.

Esos días de evento concluían siempre con una nueva farra por parte de Atanasio y una tunda posterior para Guadalupe y, en ocasiones, también para sus hijos.

Una tarde particularmente gris, Ximena narró a sus dos amigos cómplices lo acontecido en la última de aque-

llas insoportables reuniones.

Esa reciente ocasión era todavía más especial, aclaró Ximena, pues coincidía con el cumpleaños de la fantasmagórica esposa de don Anselmo. Todo fue fastidioso desde el inicio, ya que su padre decidió seleccionar y adquirir, con recursos de Guadalupe por supuesto, una “vestimenta especial” para ellas, aberrante según comentaron a solas.

Al pobre de Anselmito lo obligó a vestirse de grande, con traje, tirantes y una corbata de moño francamente cursi, a pesar de sus lamentables y continuos pucheros.

Por supuesto, no se registró conversación alguna durante aquel trayecto, en el que se envolvió la atmósfera con un silencio sepulcral, esporádicamente interrumpido por un asustadizo murmullo de Anselmito.

Fueron los primeros en arribar a aquella antigua mansión saturada de viejos retratos de gente vieja, que albergaba la simulación y la hipocresía y, como era el deseo del padre, también fueron los primeros en felicitar a Doña Clodomira, la petulante esposa de don Anselmo, entregándole dócilmente, uno a uno, formados en fila y cabizbajos, una caja de regalo cuyo contenido no tenían la menor idea, acompañado de un forzado e insustancial abrazo que les resultó repulsivo por el exceso del perfume escandaloso y el olor a sudor rancio que emanaba la anfitriona festejada.

Doña Clodomira era la mujer más superficial y cal-

culadora de la que se haya tenido noticia, primogénita de un acaudalado y muy temible pseudo abogado, que se había especializado en dos encomiendas que jamás perdía: El lanzamiento de inquilinos morosos pobres de sus hogares y la suspensión injustificada de trabajadores, que siempre se veían obligados a aceptar sólo una pequeña proporción de su liquidación ante el riesgo inminente de perder la totalidad. En la desdicha de estos dos grupos sociales edificó su padre una enorme fortuna, como lo habían hecho los ilustres ancestros de don Anselmo en el ámbito de la agricultura, antes de que, según él, los “bárbaros revolucionarios” lo hubiesen despojado de aquel colosal patrimonio construido con el “sudor de su frente”. Lo cual era una absoluta mentira pues, en realidad, la inmensa riqueza era el producto de una explotación inhumana y de la compra de autoridades y, además, fueron los años de una juventud desbocada y pueril de don Anselmo y su pasión por el juego los que devoraron en unos cuantos años esa fortuna de siglos. Fue el padre de Clodomira, quien escogió como depositario de la propiedad absoluta de su única hija y exclusiva heredera, a don Anselmo. Desde un principio ella respetó rigurosamente los votos de sumisión y obediencia, aunque no el de fidelidad, pues, muy a su aparente pesar, sucumbió algunas veces ante la seducción y el hartazgo, con dos de sus empleados: un chofer y un jardinero. Una banalidad propia de su estirpe. Siendo ella nada agraciada, tuvo que recurrir en los dos

casos a la amenaza del despido y de la denuncia por violación para continuar saciando sus arrebatos de lujuria reprimida.

Gradualmente fueron llegando los invitados, la mayor parte directivos de la empresa e integrantes de la corte de aduladores, siempre prestos y dispuestos a arrastrarse para recoger los mendrugos que dejaba caer el poderoso magnate. Por fortuna, los comensales superaban en número a los que podía acoger aquella mesa de comedor larga, luctuosa y anticuada, traída seguramente del palacio extinguido de alguna bruja temible. Ximena festejó que la cena no se serviría en el suntuoso comedor y, por lo tanto, no estaría escoltada por desagradables invitados, profesionales expertos en la aburrición y la intrascendencia, ni tampoco estaría obligada a ingerir por completo cada uno de los nauseabundos platillos con que aporreaba a sus invitados la hospitalidad culinaria de Doña Clodomira.

Esa noche una cuadrilla de sirvientes distribuía en fastuosas charolas todo tipo de bocadillos rebuscados. Nadie se daba cuenta felizmente si alguien comía o se mantenía en ayuno. Todos los invitados, con excepción de Guadalupe, Ximena y Anselmito, degustaban los sofisticados canapés, supuestamente succulentos, mientras bebían y admiraban el piano blanco de cola que nadie jamás tocaba. Esta vez tampoco tendrían Ximena y su Madre que soportar el inaguantable sermón habitual de don Ansel-

mo que, con una solemnidad grotesca, versaba invariablemente sobre la inmaculada santidad de la familia, la fusión indisoluble del sagrado matrimonio, la autoridad suprema e irrefutable de la Santa Madre Iglesia y el destino glorioso de los próceres conservadores de la Patria.

También se escapaban, en esta ocasión, de la avalancha de elogios, halagos y lisonjas que después del discurso acostumbraba a proferir, en franca competencia, el elenco de servidores serviles, rastreros y zalameros favoritos del Gran Señor del Palacio. A Guadalupe y su hija les desagradaba en extremo aquella comedia. Ximena había aprendido a intuir la presencia de su padre y buscaba esconderse con la intención de pasar inadvertida, pero sentía en la nuca la voracidad feroz de la mirada de su progenitor que visiblemente la acechaba con disimulo y actitud amenazante. Durante la simuladamente cordial convivencia, Ximena descubrió que Don Anselmo acariciaba en repetidas ocasiones el brazo de su madre, ante lo que ella se retiraba de inmediato. Súbitamente, después de diversos rechazos, don Anselmo se dirigió subrepticamente a Guadalupe, con una aparente indiferencia que daba frío:

—Lupita, usted no conoce lo que constituye el gran orgullo de nuestra familia: El Retrato de Sor María Margarita Marcelina, al profesar en el convento de San Felipe de Jesús de Pobres Capuchinas de la Ciudad de México. Venga conmigo, se la voy a mostrar, usted será una de las pocas elegidas que lo hayan visto.

Guadalupe volteó a ver a su consorte con cierta preocupación y le indicó

—Vamos a acompañar a don Anselmo, —y el respondió:

—No, yo tengo algunas llamadas de trabajo que realizar, ya conozco yo esa sagrada maravilla. Acompáñalo tú, te va a encantar. Anselmito me va a ayudar, ¿verdad hijito? —informó, mientras lo tomaba con fuerza de la mano y lo obligaba a acompañarlo.

Don Anselmo asió a Guadalupe del brazo con firmeza y la empujó rumbo a la escalera, con la notoria aprobación tácita de su comprensiva cónyuge, que los miraba de lejos. Ximena se percató con preocupación de la escena y desde el fondo los acechaba. Sabía de qué era capaz su padre, pero aún no estaba segura de lo que era capaz don Anselmo, si bien comenzaba a sospecharlo.

Teniendo como fondo macabro aquel suntuoso tapiz de contrastantes colores desteñidos, subían la escalinata despacio; ella como una condenada rumbo al cadalso, él como un verdugo frío y desalmado, que avanza hacia la ejecución de su aterradora misión.

Ximena se alarmó en verdad. Al final de un pasillo lúgubre, arribaron a una habitación sombría. Don Anselmo prendió un cerillo y se dirigió entre brumas hacia un mueble sobrio con apariencia de altar, encendió unos grandes cirios colocados sobre dos candelabros de pie, en latón opaco, y decretó:

—Acércate Guadalupe, este es la posición exacta desde donde pueden apreciarse mejor los detalles de la maravilla que estás a punto de contemplar. Se trata de la obra cumbre del insigne don Miguel Cabrera, muy probablemente el mejor pintor religioso del Siglo XVIII. Esta pieza única data del año 1762 —agregó mientras tomaba de los brazos a Guadalupe por detrás y la acercaba aún más al mueble.

—Desde aquí debes mirarla, con adoración y respeto—. Le acarició los brazos, primero suavemente y después con un deseo estrujante y obsceno tratando de besarla en el cuello. Ella se separó asustada e indignada diciendo—, pero don Anselmo ¿cómo se atreve?

—Mira Guadalupe —advirtió el anfitrión con aires de Gran Señor—, cuando la tranquilidad y la prosperidad de una familia depende íntegramente de la generosidad de una sola persona, debes olvidarte del recato, del pudor y de los convencionalismos y, por la felicidad y el bienestar de tus hijos, debes mostrarte ante dicha persona más complaciente y colaboradora. —Estiró sus brazos por la espalda y estrujó sus senos con ostensible lujuria, tratando de besar sus orejas y la nuca. Guadalupe temblaba e intentaba inútilmente de safarse. Don Anselmo la atrajo hacia su cuerpo con fuerza, haciéndole sentir la excitación de su masculinidad, mientras buscaba lamerla y morderla en el cuello.

—Don Anselmo por favor suélteme —repitió Gua-

dalupe—, soy la esposa de Atanasio.

Él se acercó dominante y le susurró al oído—: Tú sabes perfectamente que para esto contamos con la anuencia y el beneplácito de Atanasio. Ximena no resistió más y se lanzó en ascenso por la escalera, volteando sin parar y viendo a su padre que la fulminaba con una mirada de desdén y censura que no presagiaba nada bueno.

Corrió por el oscuro pasillo, sintiendo la mirada penetrante de los muertos desde los cuadros de la pared, y, al cruzar el umbral del aposento, pudo percatarse del ultraje de que era objeto su madre.

—¡Mamá! —Se escuchó el grito estridente de Ximena. Don Anselmo soltó a Guadalupe, ostensiblemente desconcertado y casi atónito.

—Nos vamos de esta casa Mamá, —agregó.

—Ustedes se van de esta casa hasta que yo diga, escuincla malcriada—, respondió don Anselmo. —Tu madre estuvo a punto de desvanecerse por la emoción y yo me acerqué a ayudarla para que no se desplomara. Vinimos a ver el cuadro y eso es lo que haremos, recalco—, mientras sacaba de su chaleco unas llaves y procedía a abrir las puertas del recinto. Clavando sus ojos envenenados en Ximena le ordenó:

—Y contempla tú también esta obra sagrada niña malvada, para ver si se te sale el diablo, que es evidente lo guardas muy adentro. Don Anselmo abrió las puertas. Sus ojos se dilataron con expresión de espanto e inespera-

damente lanzó un alarido estridente y diabólico que hizo trepidar a las ventanas, apagarse a las velas, y sacudir las entrañas de todos los habitantes e invitados en la mansión. “El recinto estaba vacío”. Don Anselmo estaba petrificado y una expresión de hostilidad y espanto se apoderó de su rostro.

—¡Dios mío! —exclamó—, esto es cosa del Demonio. Mi cuadro sagrado ha desaparecido.

—Y cayó de rodillas santiguándose y desbordándose en llanto convulsivo. Llegaron en tropel todos los familiares e invitados, con expresión de verdadero susto: ¿Qué sucede? ¡Qué ha acontecido? ¿Qué pasa? —gritaron todos.

—¡No puede ser, esto es inconcebible! —Exclamó a todo volumen Atanasio, esforzándose por adoptar una actitud teatral, como si se tratara de una película muda. Con una mano en la frente grito:

—“Esto más que una herejía es un abominable sacrilegio” —Se llevó las dos manos a la cabeza, y jalándose los cabellos y llorando, lanzaba blasfemias. Ante lo cual todos los demás lo siguieron en los gritos y los lloriqueos.

—Llamaré de inmediato a la policía —denunció Atanasio. Me van a perdonar todos, pero ante la desaparición de la reliquia venerada, nadie puede abandonar la mansión sin autorización previa de mi parte, o don Anselmo, por supuesto. La exagerada reacción de su padre le pareció a Ximena cuando menos sospechosa. Anselmito se

aferró aterrorizado de las piernas de su madre, sobre todo cuando los invitados multiplicaron sus gritos y sus llantos, mientras se empujaban y hacían fila para consolar a don Anselmo y expresarle su afectiva molestia y solidaridad. Aquel despojo había tomado proporciones de verdadera calamidad colectiva. La esposa de uno de los directivos de la empresa se desmayó, o al menos esa fue la impresión que les dio a todos, menos a Ximena que se acercó a la desvanecida y muy quedo le susurró al oído: “Se está quemando su vestido con una de las velas”. Ante lo cual, ella resucitó de inmediato para revisarse el atuendo de lujo, adquirido especialmente para esa fiesta inolvidable. Atanasio ofreció una disculpa, pero les pidió a todos que lo acompañaran a inspeccionar las cajuelas de sus autos, comenzando con el suyo, por supuesto. Como era de esperarse, no sólo ninguno de los presentes se opuso a esta iniciativa, sino que todos procedieron a respaldarla al considerarla “muy procedente” y “muy aconsejable”.

Finalmente llegaron los agentes de policía, que, después de hablar en privado con don Anselmo por un espacio de media hora, procedieron a interrogar exhaustivamente a todos y cada uno de los invitados, incluyendo a Anselmito que continuaba terriblemente asustado.

Atanasio tuvo la oportunidad de acercarse a don Anselmo e informarle que se habían revisado minuciosamente todos los automóviles de los invitados y todas las puertas de la mansión, sin encontrarse todavía pista al-

guna del atraco.

—Qué fortaleza la suya don Anselmo —agregó—, Si a cualquier otro le hubiese sucedido tal infortunio, se habría pegado un tiro. —Puso su mano en su hombro y repitió con una melodramática mirada: *“Qué fortaleza Patrón, qué fortaleza”* —Su hipocresía engañaba a todos con excepción de su hija, que no era presa fácil. Ximena volvió a pensar que tan empalagosa solidaridad resultaba altamente misteriosa, y se prometió descifrar más tarde aquellas aparentes argucias, confiada en sus ya probadas dotes de deducción. Mientras Doña Clotilde, disfrazada con uno de los atavíos de alguna de sus antepasadas de hacía cuando menos dos siglos, continuaba sentada en una silla antigua, absolutamente inmóvil y con la mirada fija en la nada, como poseída por algún embrujo del averno. Sonaban las cinco de la mañana en el reloj antiguo de aquella mansión endemoniada, cuando, siendo lo últimos, pudieron partir los cuatro rumbo a su casa. Había concluido aquella noche funesta.

7.- El Plan

A partir de aquella noche, Ximena no podía pensar seriamente en nada que no fuera su plan, cuya estrategia iba confeccionándose poco a poco, como una obsesión que se amplificó tras una tarde en que aguardaba en la sala de espera del dentista, al que su madre la había llevado para que le tratara los dos dientes que se habían aflojado con uno de los cobardes bofetones de su padre. Tomó una revista y se topó con una declaración final con que cerraba una conferencia una mujer llamada Nancy Barry, presidenta del Banco Mundial de la Mujer, y que, arguyendo con gran energía, decía así:

«Serán, sin duda alguna, las mujeres las que habrán de construir la nueva realidad del mañana que merecen y esperan los niños de hoy. La capacidad la tienen, lo único que hace falta es que adquieran un poco más de confianza en sí mismas y que se atrevan de una vez por todas».

Se cimbró y con un ademán mustio arrancó discretamente la página de la revista y la introdujo en su mochila para después volver a consultar aquel mensaje en múltiples ocasiones. Supo entonces, sin poder explicarlo con certeza, que iba a lograr su cometido. Tuvo la certeza de que había llegado el momento de hacer el quite, levantar el guante y tomar la estafeta para continuar. La pala-

bra imposible había perdido repentinamente su significado.

—Claro que yo me atreveré —se decía, apretando los puños después de leerlo, desesperada por huir de esa vida de vergüenza que ahora, más que nunca, estaba decidida a transformar. La expresión rígida de su rostro dejaba traslucir una resolución inquebrantable y no admitía que nada ni nadie la desanimase.

Al día siguiente, atendiendo la sugerencia de una de sus compañeras —que como el resto estaba al tanto de la situación— Guadalupe, sintiéndose en la frontera de la desesperación, asistió a un evento sobre “Violencia de género”, al que acudió un grupo numeroso de mujeres golpeadas por sus parejas, tres de ellas integrantes de la Cooperativa, por cierto. La experiencia resultó no solo impactante, sino absolutamente inútil e incluso contraproducente. Lo sospechó cuando las reunieron en aquel salón, les tomaron varias fotos con la presidenta de una cierta organización política en la que la exdiputada y ahora presidenta de la organización les dirigió aquel estridente discurso en que destacaba que ella era la gran defensora de las mujeres golpeadas de México y que, tan pronto como llegara a ser designada senadora, con el voto de todas ellas, se convertiría en la “Paladín de los derechos de la mujer” y en la “Gran Guerrera contra la violencia de género”.

Ximena, como todas las demás mujeres golpeadas,

una vez usadas, no recibieron más que promesas de defensa. Lo contraproducente surgió al ver la imagen de Atanasio en el periódico, entre aquellas mujeres que asistieron al mitin. La represalia fue trágica, pues trató de escarmentarla para que no volviera a “cometer semejante locura”. La golpiza fue brutal.

En otra ocasión, Guadalupe acudió a las autoridades para denunciar la golpiza de un viernes, siguiendo el consejo de una de las vecinas. Fue acompañada por su amiga Georgina, quien, mientras esperaban entre todo aquel barullo y desorden, le comentó:

—La verdad es que tu marido y la policía nunca han sido santos de mi devoción, ni yo de la de ellos.

En efecto, desde que se conocieron Atanasio y Georgina, surgió esa antipatía y animadversión que seguían siendo mutuas. La tuvieron horas declarando ante varios hombres, que ponían en duda todo lo que decía y le exigían evidencias; no les bastaba un rostro desfigurado, moretones en el cuerpo y dos costillas rotas. Después de un proceso interminable y con muy mala gana, finalmente detuvieron a Atanasio, pero uno de esos “abogados” que conocen todos los vericuetos y a todos los funcionarios del ámbito logró ponerlo en libertad, mediante un documento que obligaron a firmar a Guadalupe bajo amenazas, donde ambos acordaban “dirimir civilizadamente sus desavenencias matrimoniales y fortalecer su relación marital”.

Esa noche, la golpiza fue todavía más violenta, mientras él le decía:

—Pero me vas a pagar, desgraciada, todo el dinero que tuve que darles a esos ladrones para que me dejaran salir. Afortunadamente, Don Anselmo no se enteró y te advierto que si por alguna razón se entera, puedes darte por muerta.

Ximena, por su parte, pasó varios días meditando sobre cómo avanzar con su Plan y terminar con aquella pesadilla de manera definitiva. Asediada por mil pensamientos, vacilaba ante varias opciones. Dudaba de todo, pero estaba convencida de que solo dudando se aprende, y pensó que debe ser desdichado aquel que no haya titubeado nunca.

Decidió que lo primero que tenía que hacer era encontrar la manera de acceder a la computadora de su padre y copiar toda la información existente, lo cual sería imposible sin descubrir la contraseña. Su amigo Marcos, efectivo siempre y cada vez más diestro en los secretos de la cibernética, le envió una relación de posibles contraseñas que, de acuerdo con las sugerencias contenidas en Internet, acostumbraban utilizar los hombres mayores: los años de nacimiento de él y de las personas más allegadas, la fecha de su ingreso al trabajo o de su matrimonio, su número predilecto, y todos los demás números del uno al nueve repetidos en cuatro ocasiones, es decir, cualquier dato que hubiese tenido alguna significación en su

vida, etc., etc.

Intentó infructuosamente en su empeño durante varios días al regresar del colegio, pero lo hacía con gran temor y precipitación. Le aterraba la idea de que su padre pudiera sorprenderla “in fraganti” o que no apagara oportunamente la computadora a su llegada.

Fue entonces que a Marcos se le ocurrió que un día, mientras su padre estuviera en el baño, Ximena debía tomar su celular, bajar la aplicación “Life 360” y ponerla en conexión con el suyo, lo que le permitiría tenerlo localizado en tiempo real. Lo hizo la mañana de un viernes, que era el día de parranda en que su padre pasaba más de una hora embelleciéndose en el baño. Fue un proceso de gran tensión, pero se atrevió y lo hizo.

Ya más tranquila, los días subsecuentes reanudó por las tardes la incursión en la computadora de su padre, con todas las opciones imaginables, vigilando continuamente su ubicación. Obviamente, los viernes disponía de mayor posibilidad, pues regularmente ese día su padre no regresaba de sus célebres francachelas sino hasta altas horas de la madrugada.

Comoquiera que fuera, gracias al ingenio de su amigo Marcos y a la app “Life 360”, Ximena podía ahora monitorear su ubicación y percatarse con la oportunidad adecuada de cuando él estaba por regresar. Sin embargo, a pesar de sus repetidos intentos, no lograba descifrar la mentada contraseña.

La descubrió una noche en que fingía dormir. Siempre había pensado que la supuesta diferencia de edades entre sus padres era poco creíble. Sólo cuatro años; le parecía casi imposible. Fue entonces que pensó que tal vez su padre, entre las tantas simulaciones de su vida, había incluido la de ostentarse más joven que realmente era. Lo comentó con sus amigos y siguió el consejo de Leticia, así que, de inmediato, en el mismo colegio, Marcos accedió a la página del Registro Civil en Internet y solicitó una copia del acta de nacimiento de Atanasio Jiménez Gálvez, reduciendo año por año el año de nacimiento hasta que, al sexto intento, con seis años de anticipación, descubrió su auténtica fecha de nacimiento. No fue posible obtener una copia del acta por carecer del número de registro CURP, pero aquella fecha resultó trascendental en el *“Plan Estratégico para lograr la Libertad”*.

Ximena regresó a casa con evidente expectación. Confirmó la ubicación de su padre y constató que aún se encontraba en la oficina. Accedió a la computadora y, temblando, anotó “1976” como contraseña, pero el ingreso fue denegado. Decidió invertir el número 6791 y lanzó un grito entusiasta al notar que el acceso se activó, como por arte de magia. No podía creerlo. Se comunicó de inmediato con sus cómplices a través de Zoom y, tartamudeando, les dio la gran noticia.

—¡Bravo! —gritaron los dos al unísono—. Ahora es fundamental que copies todas las claves de correo, todas,

así como todos los nombres que sea posible, y te los envíes directamente a tu laptop —explicó Marcos—. Es de vital importancia que desaparezcas el mensaje del envío. No puedes fallar en esto.

Ella procedió en consecuencia, monitoreando en paralelo la localización de su padre. Una vez que concluyó con el procedimiento de transferencia, y dada la ausencia de señales de que su padre abandonara el trabajo, Ximena decidió incursionar en ciertas carpetas que le parecían sospechosas en búsqueda de alguna novedad adicional que pudiera resultar comprometedora. Pero, por más que escudriñó, no encontró ninguna explicación que lo justificara.

Abrió uno de los archivos denominado “Judith” y descubrió que su padre mantenía una relación amorosa con una mujer muy hermosa que respondía a ese nombre. Lo extraño es que encontró varios comunicados de él, pero ninguno de respuesta por parte de ella. En la mayoría de ellos se limitaba a instruirle que el siguiente jueves la vería donde siempre, también a la hora habitual.

Pensó que para ese día era suficiente, así que procedió a asegurarse de haber borrado cualquier huella de su incursión y a cerrar la computadora, refugiándose de inmediato en la recámara que compartía con su hermano, donde colocó el seguro de la puerta y se dispuso a revisar con todo cuidado la información recolectada con la certidumbre de que al finalizar ya sabría lo suficiente. Ya muy

noche, antes de dormirse, reflexionó para sus adentros con gran determinación:

—No claudicaré jamás.

8.- La Maestra y la Amante

Durante todo el mes siguiente, Ximena accedió casi todos los días a la computadora de su padre y gradualmente procedió a copiar y transferir casi la totalidad de los archivos. Otra carpeta en particular le llamó la atención por el nombre: “Proveedores” (Confidencial). Es un imbécil, pensó. “Si supuestamente solo él tiene acceso a su computadora, ¿para qué agregar 'Confidencial'?”. Poco a poco fue descubriendo el *modus operandi* de su padre.

Al revisar uno de los archivos, encontró la copia de algunos correos en los que su padre indicaba a los llamados “Proveedores” que tenían que depositarle en una cuenta de cheques del “First Caribbean International Bank” de Gran Caimán un 22% del importe de los pedidos que recibieran de la empresa en que laboraba. Una clara “mordida” que denominaba con descarado cinismo “comisión de lealtad”. Ximena ya sospechaba que su padre era un embaucador y un corrupto, pero ahora tenía una prueba fehaciente, una evidencia indiscutible. Era una sola cuenta, pero varios proveedores y muy diversas las operaciones que se habían registrado durante casi siete años.

Por supuesto, este proceso de investigación era interrumpido por las acostumbradas golpizas de algunos viernes, lo que acentuaba en Ximena la urgencia y la de-

terminación de avanzar en la construcción de su *“Plan Estratégico para lograr la Libertad”*.

Ximena contaba ya con la complicidad de su maestra favorita, Evangelina, a quien se le había metido en la cabeza que aquella melancolía tenía raíces más profundas. Un día, la hizo permanecer en el salón de clases al activarse la señal del recreo, para decirle:

—Ximena, no me puedes engañar. Esos golpes no provienen de una caída de la escalera. ¿Quién te ha estado golpeando? ¿Tu padre, verdad?

Ximena escondió la cabeza y murmuró sin más:

—Nadie.

—No puedes ocultarlo, Ximena; te hará más daño —respondió su maestra.

—No puedo, maestra. Si yo confieso, usted se lo dirá a la directora; ella llamará a mi padre, él lo negará, y lo único que sucederá es que la golpiza será todavía peor.

—Te prometo, Ximena, te doy mi palabra de honor que jamás le diré nada a nadie. Solo quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo, para lo que sea. —concluyó Evangelina.

La maestra Evangelina impartía literatura universal y se había convertido, en paralelo, en estudiosa del fenómeno educativo. El Colegio Renacimiento era un plantel de vanguardia, a pesar de estar dirigido por una monja, que, en el fondo, era casi revolucionaria. A pesar de ello, Evangelina tuvo que luchar arduamente para incorporar

innovaciones en sus clases. Más que dictar cátedra o impartir conferencias, prefería que los alumnos realizaran investigaciones propias en equipo, presentaran los resultados, debatieran entre sí y defendieran sus conclusiones en el aula. Se había dado a la tarea de transmitir también a sus escolares, como una opinión más a discutir, sus propias convicciones sobre el sentido y alcance de la educación.

Ximena consideraba a la maestra Evangelina una mujer extraordinaria, moderna y comprensiva, de una edad cercana a los cuarenta, pero tan jovial que parecía transitar más bien por los veinte. Disponía de una mirada dulce que invitaba a la confianza. Estaba convencida de que lo que ella no supiera, no lo sabía nadie.

La maestra consentida, siempre afable y que recientemente había contraído nupcias con una pareja igualmente extraordinaria, fue enterándose poco a poco del Plan de Ximena, le ayudó con algunos consejos y ocultó sus ausencias a clases cuando ella y sus dos grandes amigos tenían que ausentarse para avanzar en la instrumentación del “Plan”, como ya le denominaban los cuatro.

A Ximena le había parecido un poco extraño que, al monitorear la ubicación de su padre, se notara que los jueves, entre las cinco y media y las siete de la tarde, se encontraba casi siempre en un lugar que no correspondía a la dirección de su oficina. Lo comentó con sus amigos

cómplices y acordaron investigar.

El siguiente martes acudieron al lugar que indicaba el localizador: el Motel Pacífico.

—Seguramente es ahí donde se refugia con su amante, la tal Judith —comentó Ximena.

—Tenemos que fotografiarlo o videograbarlo con ella. Armaremos un plan para el próximo jueves —propuso Marcos. En efecto, el jueves siguiente, Marcos llevó su bicicleta y, justo cuando el localizador del celular de Ximena indicó que Atanasio y su amante estaban por abandonar el motel, colocó su bicicleta de cabeza en la salida de los autos y simuló estar reparándola.

Leticia, portando una peluca pelirroja de una tía y unos lentes oscuros, activó su celular con la videograbación, colocándolo en el compartimento que había diseñado Marcos en la mochila que ella llevaba al hombro, de manera que permitiera la visión de la lente, pero sin que se notara.

Como la bicicleta impedía el paso al auto, Atanasio tocó el claxon varias veces, vociferando algunas palabrotas. Marcos no se inmutó. Leticia se acercó lentamente a la ventanilla de la acompañante, que parecía no reparar en el incidente.

—¿Pero qué les pasa? —preguntó.

—A ver, mocosos cagones, muévanse de aquí, ¿no se dan cuenta que están estorbando? —gritó Atanasio.

Leticia se acercó aún más para asegurarse de que su

celular grababa la imagen de ambos y le respondió:

—¿Pero qué prisa? Ya ves que estamos arreglando la bicicleta. Ustedes acaban de salir muy satisfechos del motel y quieren que todo esté a su antojo. La calle es libre.

—lo que enfureció a Atanasio, quien gritó: “¡Escuincles pendejos!”, lanzó otras imprecaciones, arrancó la camioneta con un rechinado de llantas y los arrolló. Ambos dieron un salto, lograron esquivar la embestida y no ser atropellados, pero no así la bicicleta, que salió disparada con severos daños.

Ximena grababa todo con su celular, guarecida muy cerca detrás de unos arbustos, cuando ocurrió algo imprevisto: pudo advertir la expresión de franca amargura de la mujer acompañante, que miraba muy a lo lejos, sin parecer enterarse de la protesta y las maldiciones de Atanasio. Aquella mirada le pareció en verdad desoladora y la imagen de su rostro emanaba una tristeza que cortaba el aire.

Marcos corrió tras la camioneta con pasmosa rapidez y pudo confirmar su hipótesis: justo a dos calles, el vehículo accedió al estacionamiento de una tienda de autoservicio, donde Judith se bajó y subió a un sedán rojo. Le dio un último beso que ella trató inútilmente de esquivar, el cual Marcos pudo fotografiar, junto con el número de las placas.

Leticia, por su parte, fue en busca de Ximena, que seguía escondida y meditabunda. Juntas revisaron la gra-

bación, que había resultado perfecta, pues quedó claramente registrado que ambos salían juntos de aquel motel.

Al día siguiente, Marcos le envió un correo a Ximena en el que le pedía que le transmitiera la fotografía de la famosa Judith que aparecía en los archivos de su padre, lo que ella hizo de inmediato.

Marcos era el sobrino predilecto de un importante funcionario de la Unidad de Inteligencia Financiera, a quien decidió solicitar un favor especial. Lo visitó esa misma noche y le narró que una mujer había atropellado con su bicicleta a uno de sus amigos de la escuela, uno de los más pobres, que afortunadamente había salido ileso, pero que la bicicleta estaba muy dañada. Él tenía el modelo y número de placas de su propietaria, una niña adinerada, y solo necesitaba su ayuda para conocer su dirección, para que el padre de su amigo pudiera acudir con el padre de la atacante y solicitar la reparación de la bicicleta de su hijo.

Su querido tío le entregó al día siguiente dos direcciones con los datos solicitados, advirtiéndole, sin embargo, que no le creía absolutamente nada y recomendándole que él, en lo personal, no debería figurar bajo ningún motivo. “No te metas en líos”, fue su instrucción.

Ximena y Leticia recibieron esa noche un mensaje de Marcos, vía WhatsApp, que les pedía encontrarse al día siguiente a las 7:00 a.m. en la cafetería cercana al colegio,

justo antes de que comenzaran las clases, anticipándoles que les tenía preparadas tres sorpresas interesantes.

Se llamaron de inmediato para comentar el correo y acordaron llegar puntuales a la cita. Ambas tenían gran expectativa, no solo por las sorpresas anunciadas, sino porque en los últimos dos días Marcos no había asistido a la escuela y no sabían nada de él.

Ya estaban ahí cuando arribó Marcos, quien comenzó de inmediato a informarles sobre la colaboración de su tío y el resultado de sus pesquisas. Inició su relato diciendo: “Aclaro que mis fuentes son fidedignas”

El día anterior, se había presentado en la primera dirección, correspondiente a una mansión en Lomas de Chapultepec, donde vivía Judith, quien ahora sabían que se apellidaba Bringas Maldonado.

—Deben ser brutalmente ricos —agregó—, porque antes de que la tal Judith partiera en su sedán rojo, salieron tres impresionantes camionetas, una de las cuales seguramente correspondía al padre, pues venía escoltada por otro auto negro, con tres guardaespaldas.

—Me dirigí entonces a la segunda dirección, la de su trabajo. Y aquí viene la primera sorpresa —les anunció—. ¿Dónde creen que trabaja esta mujer? —Ante la expresión de extrañeza de las dos, añadió: —pues en la misma empresa en que trabaja tu padre, Ximena, la Corporación Bringas.

Las dos, abriendo exageradamente los ojos y muy

sorprendidas, se taparon al unísono la boca con las manos.

—Ahora la segunda sorpresa —agregó Marcos—, me acerqué al edificio de la empresa y vi salir, por la puerta de servicio, a una trabajadora de limpieza. Me aproximé lentamente y le dije:

—Señora, necesito que usted me ayude. Resulta que me enviaron a entregar unas fotos que ordenó una señorita que trabaja en esta empresa. Es cierto que me dieron la dirección y el nombre, pero los perdí. Me van a regañar. Solo recordé el nombre de la empresa, lo hice mostrando un sobre con fotografías (todas similares), de las cuales saqué una, la de la amante, por supuesto, la que me habías enviado, Ximena.

—Claro —me dijo la señora, riéndose al mirar la foto—. Es nada menos que la sobrina y secretaria particular del director general y dueño de la empresa, la señorita Judith Bringas Maldonado. Trabaja en el piso 22, ahí la puedes encontrar.

Las dos dieron un brinco. Leticia gritó:

—¡Estupendo! Lo tenemos atrapado —y proclamó—. Ahora sí la va a pagar, este maldito.

Reconociendo la diligencia de sus pesquisas, ambas se abrazaron y dieron un beso en la mejilla al “súperdetective”, como en ese santiamén lo bautizaron.

—¡Sin precipitaciones! —recomendó Marcos—. No podemos jactarnos todavía. Aunque se sentía muy satisfe-

cho, era la primera vez que se enfrentaba a un lance de tamaño envergadura.

—Esa mujer, la que venía con mi padre —apuntó Ximena—, me tiene muy desconcertada. No se imaginan qué mirada más triste. No sé si me inspiró ternura o lástima. Se me hace todo un poco raro. No puedo olvidar esa expresión de desolación y desamparo —pensó—. Sería conveniente puntualizar y aclarar algunas contradicciones, y sobre todo averiguar el porqué de aquella mirada taciturna, aunque decidió hacerlo más tarde.

—¿Y la tercera sorpresa? —preguntó Leticia.

—¡Ah! —respondió Marcos—. Pues verán, como la señora de limpieza fue tan accesible, le dije que mis dos socias y yo habíamos creado un taller de fotografía para ayudar a la familia. Se me ocurrió enviar por Internet una invitación al personal de la empresa para ofrecer nuestros servicios. Pensaba que eso podría ayudarnos, pero tendría que conseguir sus correos electrónicos. También agregué que tal vez la señorita Bringas estaría dispuesta a ayudarnos, aunque yo no me atrevía a molestarla para esa simpleza.

La señora amable me dijo:

—No te preocupes, yo voy a ayudarte. Está claro que tú no eres un pillo, “un pillo de siete suelas”, como les dice siempre don Anselmo a todos los que corren en la empresa. Parece que formas parte de una familia decente. El director tiene sobre su escritorio una relación de

todo el personal, con sus nombres, números de teléfono y correos, de vez en cuando les envía mensajes religiosos. Y como yo sé manejar muy bien la fotocopidora, creo que podría conseguirte una copia. |

—Y pues aquí está —reveló Marcos, sacando la lista de su mochila.

El festejo se redobló y hasta un beso le dieron, lo que lo hizo sonrojarse y temblar al sentir aquella caricia en la mejilla, sobre todo la proveniente de los labios de Ximena.

Unos días después Ximena estaba muy preocupada y casi había decidido no regresar a casa, pero no lo hizo para no poner en riesgo su plan. Estaba sorprendida de que el localizador indicara que su padre había permanecido todo el día en casa y temía que hubiera descubierto algo, sobre todo el acceso externo a su computadora.

La invadió un cruel presentimiento al entrar temblando a su departamento y recorrer con gran preocupación cada rincón. Ya en la habitación de sus padres, reparó que el celular de su padre estaba quieto sobre el buró. Se dirigió al baño con cierto nerviosismo y no encontró nada ni a nadie.

—Seguramente lo olvidó —pensó. Recordó que era jueves y que nunca regresaba antes de las ocho, después de su rutinario encuentro amoroso con su amante, que invariablemente se registraba de cinco y media a siete de la tarde.

“Dispongo de casi una hora”, pensó. Tomó el celular y, aplicando los cuatro números de la contraseña descubierta, comenzó a transferir todo el contenido a su teléfono, especialmente el “directorio telefónico” y buena parte de los correos. Faltando justo un cuarto para las ocho, interrumpió la transferencia y borró las huellas del envío. Logró transferir la información que quería. Ahora sí parecía que tenía en su poder toda la información necesaria.

No había advertido el regreso de su madre y un estremecimiento la invadió al escuchar su voz diciendo:

—¿Qué andas tramando, Ximena?

9.- El avance del Plan

Tres días después, antes de levantarse, recordó Ximena que hacía como dos años escuchó un ruido extraño en la sala mientras dormía, y se levantó con sigilo, abrió ligeramente la puerta y pudo apreciar que su Padre, de pie sobre una de las sillas, había movido una de las tablas del techo de donde sacó un portafolio, que bajó, abrió y en el que procedió a introducir dos nuevos documentos que traía consigo, también agregó algo más que Ximena no logró identificar. Era un viernes y su padre se había ido de farra con sus amigos, como siempre. Verificó en su celular su ubicación. Se encontraba en algún sitio muy lejano. Estimaba que le llevaría no menos de una hora recorrer el trayecto hacia la casa, así que decidió atreverse. Su madre y Anselmito dormían. Acercó una silla y agregó dos libros gruesos para poder alcanzar aquella tabla que movió con gran cuidado y detrás de la cual encontró aquel misterioso portafolio. Se obstinó unos instantes en querer penetrar el misterio y continuó husmeando en aquel escondite, topándose con una máscara de luchador, una llave en una funda pequeña de terciopelo y una videograbadora. Antes de continuar tomó una fotografía de todo, con el fin de regresar cada objeto al preciso lugar en que encontraba. Revisó uno a uno de los hallazgos con extrema minuciosidad, Procedió a fotografiar los documentos, hoja por ho-

ja. No se atrevió a activar la videograbadora, sólo se le ocurrió fotografiar todo, incluyendo el correspondiente cartucho. Al final, devolvió los enseres a su sitio y, con particular esmero, procedió a reubicar la tabla y a retirar la silla. Su corazón brincaba como nunca, al regresar al dormitorio y tratar de dormir.

Al día siguiente, durante la acostumbrada reunión con sus cómplices, para revisar los avances del Plan, Ximena los puso al tanto de los nuevos descubrimientos. Revisaron entre los tres el contenido de los documentos y concluyeron que los más importantes eran el contrato original concertado con el “First Caribbean International Bank” de Gran Caimán, y los estados de cuenta correspondientes donde se registraban los depósitos derivados de las comisiones deshonestas. Pudieron apreciar cómo fue incrementándose el valor total de sus corruptelas. La cifra era para ellos estratosférica. Otros de los documentos relevantes eran, por una parte, el anexo del contrato que recogía el compromiso de su padre de no efectuar retiro alguno ni cambiar los datos de su cuenta durante un período de seis años, como requisito para obtener una tasa de interés preferencial, y, por otra, la relación de las firmas que aceptaron el soborno y realizaron los depósitos acordados, traicionando todos ellos la confianza de don Anselmo. Ximena Reflexionó en que el citado período para poder efectuar los retiros concluía justo al año siguiente, dentro de cuatro meses.

Por supuesto que lo que se antojaba como más comprometedor e interesante era el contenido de la videograbación. Acordaron que Marcos haría una impresión de los documentos con que sustituirían el retiro de los originales y que conseguiría un cartucho virgen para intercambiarlo también con el que estaba dentro de la videograbadora, además de agenciarse una máscara del luchador “Canek” y mandar a hacer una llave similar a la que aparecía en las fotografías. Ximena, además de intercambiar los documentos y el cartucho, tendría que sustituir la llave y la máscara, depositándolas en una bolsa de plástico con especial cuidado para no borrar las huellas dactilares de su padre. Ximena comenzaba a sospechar que esa máscara algo tendría que ver con su supuesta amante.

Era un viernes, Atanasio le anticipó a Guadalupe que para el siguiente sábado había invitado a sus amigos para ver por televisión el juego de fútbol de la Selección Mexicana y que, por lo tanto, ellas tendrían que ver a dónde se irían a pasar el día y a dormir, pues no estaba dispuesto a que “invadieran su privacidad personal”.

La amiga Georgina los invitó con gran gusto a pasar el fin de semana con ella lo que provocó una sonrisa traviesa en Guadalupe, tal vez porque los sábados también Fermín visitaba a su hermana.

Antes de partir, Ximena decidió comenzar a tomar mayores riesgos, escondió su celular debajo del sofá principal de la sala, para lo cual hizo un ligero corte en la tela

de base, y lo programó para comenzar a grabar justo a las diez de la noche. Tomó de la mano a su madre y partieron con pasmosa rapidez antes de darse cuenta del todo de su insensata temeridad. Esa noche cenaron, por fin tranquilas, con Georgina y Fermín. Ya tarde Ximena y Fermín se sentaron en la sala a conversar.

—Tú sabes muchas historias Fermín, cuéntame de alguna anécdota en que una mujer se atrevió a hacer algo trascendente. Algo que hayas leído. Fermín se levantó se dirigió al aparador y revisó con la mano algunos libros. Finalmente sacó uno y le comentó. Un relato muy sencillo y muy breve, pero que a mí me gusta mucho, lo abrió y dijo:

—El título del cuento es “La localización exacta” y dice así: “Mientras caminaba apresuradamente y con decisión firme por aquella pradera interminable, recordaba con profunda triseza las crueles palabras de su despótico padre al recobrar ella el conocimiento, después de cinco días de luchar contra la muerte.

—El bastardo nació sin vida, por fortuna y designio de Dios. Decidimos enterrarlo en un lugar que no conocerás nunca para no volver a recordar tu terrible pecado, que puso en riesgo la honra de nuestro apellido. Lo hice personalmente. —Afirmó su padre.

Después de casi cinco meses de desesperación y sufrimiento, confrontándose una y otra vez con la negativa contundente de su totalitario padre a revelar el lugar de la sepultura, se presentó finalmente la confesión reciente

de su Madre cómplice, ante un inquisitivo interrogatorio a que la sometió, dejando claro que ella no vio al niño sin vida cuando se los llevó su padre. Su sospecha se convirtió en luz al llegar a la firme conclusión de que su hijo no había muerto y que seguía con vida en algún misterioso y no muy lejano lugar. Su esencia de madre se lo volvió a gritar, ahora más rabiosamente que nunca. Aceleraba resuelta y anhelante el paso sobre el trigal, con el corazón agitado y la sonrisa expectante labrada en su rostro, cuando vino a su memoria también aquella imagen reciente en que irrumpió de improviso en la asamblea de la empresa de su intolerante padre, justo en el momento en que presentaba su informe anual; subió atropelladamente al estrado, le arrebató el micrófono y se dirigió a los asistentes diciéndoles:

—Les ofrezco una disculpa por esta interrupción, pero debo hacer entrega de inmediato a mi Padre, el presidente de la empresa, de una nota urgente de la más extraordinaria importancia para el futuro y la tranquilidad de él y de todos ustedes.

La nota decía lo siguiente: *“Dispones de un minuto exactamente para anotar en el reverso de esta nota las indicaciones del lugar en que se encuentra mi hijo, de lo contrario enteraré a todos en este momento del horrible crimen que has cometido. Juraré por lo más sagrado que le quitaste la vida con tus propias manos”*. No resultó difícil averiguar la localización exacta de aquella granja.

—Aquí termina el cuento, —indicó Fermín— ahora, con la única intención de distraerte voy a leerte otro relato sobre el cual debo mañana emitir una recomendación sobre incluirlo o excluirlo de una selección de relatos que vamos a publicar en la editorial. Tu opinión será para mí muy importante. Ximena —Sacó un documento de su portafolio y comenzó a leer aquella narración que se intitulaba: ¿Y el Puente?:

“Todo comenzó con el funeral de uno de los destacados líderes del Partido Comunista checoslovaco. Justo cuando otro de los no menos importantes directivos dirigía un discurso póstumo destacando las extraordinarias contribuciones que aquel militante ilustre, que en ese momento despedían, había hecho a la gran lucha del sufrido proletariado por su gloriosa emancipación y por la formación de esa nueva gran patria *“pletórica de justicia y de felicidad”*. Al concluir su discurso este alto funcionario del Partido Comunista se comprometió a colocar una estatua de su figura en la modesta plaza de su pueblo natal, con el fin de perpetuar la memoria de tan insigne patriota.

Por respeto al lector no entraré en detalles sobre las peripecias del tortuoso proceso burocrático que derivó de esa decisión. Baste decir que dieciocho meses después, el busto, no la escultura, de aquel patriota estaba listo para su colocación. Tampoco haré mención a las argucias que los altos funcionarios del Partido Comunista recurrieron para evitar la encomienda de instrumentar aquel fútil

compromiso que había asumido un líder todavía influyente en los entresijos del poder interno del Partido.

El problema era que el pueblo natal de ese ilustre comunista: Trustrokvichy, se encontraba en una muy apartada región de Kosica, muy cerca ya de la frontera con Ucrania. Finalmente, uno de ellos no pudo eludir la responsabilidad y aceptó, con un claro sentido patriótico, llevar a cabo la tarea. A pesar de seis días de un trayecto pleno de contratiempos, en un invierno de los más violentos, este funcionario ejemplar no se rindió en cumplir con su cometido.

Llegó por fin a aquel lejano paraje, acompañado, como es habitual para un funcionario de izquierda, de una comitiva formada por dos asesores, dos guardias de seguridad, un coordinador de asesores y, por supuesto, una secretaria-asistente, “casualmente” tan atractiva como ineficiente.

Las gestiones con el alcalde del lugar se realizaron de manera eficaz y para las seis de la tarde el busto ya había sido colocado y descubierto, incluso se pronunció un breve discurso o, para ser más precisos, se leyó un escrito, que con seguridad fue redactado por algún burócrata inadvertido. Como el horario del ferrocarril les obligaba a pernoctar una noche en el pueblo, pudieron, el conspicuo funcionario y su comitiva, disfrutar de un discreto convivio, con bocadillos y “*Tatransky*”, una bebida típica de la región, con un alto porcentaje de contenido alcohólico. La

reunión tuvo lugar en la residencia del alcalde, donde todos los ilustres visitantes fueron hospedados como invitados especiales.

Ya entrada la madrugada, cuando el Tatransky estaba por cometer sus mejores estragos, el alto funcionario se encontraba contando, narrando, recordando y declamando, mientras los demás comensales escuchaban atentamente, sonreían, aclamaban y aplaudían. Fue entonces que se escucharon unos disparos.

Todos se precipitaron hacia el pórtico y observaron que los agentes de seguridad intentaban contener a un grupo enardecido del pueblo de Trustrokvichy, quienes, alumbrados por antorchas, trataban de aproximarse a la residencia del alcalde.

—¿Qué sucede aquí?, —exclamó el alto funcionario.

Uno de sus guardaespaldas respondió

— Pretenden ingresar señor. Les hemos informado que es imposible, ya que nuestro jefe se encuentra descansando y no debe ser molestado.

—Pero ¿cómo te atreves? —replicó el gran jefe, sosteniendo un vaso de Tatransky en la mano.

—¿No comprendes qué es el pueblo el que se manifiesta? ¿Acaso ignoras que en esta región del planeta hicimos una revolución justamente para que el pueblo asumiera el poder? ¿Quién te crees que eres? ¿No sabes aun que el pueblo es soberano? Nosotros, y tú también, no somos más que sus servidores, sus vasallos, sus instru-

mentos, sus lacayos. Dirigiéndose a la multitud, visiblemente conmovido, les gritó:

—¡Ordenadme!, Instruidme sus señorías. Digan a este servidor suyo ¿Qué debo hacer por vosotros?

Todos permanecieron atónitos y sorprendidos. De pronto, uno de ellos se armó de valor, se acercó con lentitud, tartamudeó y finalmente expresó:

—Señor, en el pueblo hemos sabido de su llegada y hemos estado discutiendo reflexionando y bebiendo. Nos hemos dicho que a este pueblo olvidado nunca ha llegado, y seguramente nunca llegará un personaje tan relevante como usted, y hemos concluido que no podemos desaprovechar esta gran oportunidad.

—Claro, —dijo el funcionario— Yo los comprendo. Díganme ¿qué quieren? ¿qué necesitan?

—“Un puente” —gritaron todos al unísono.

—¿Un puente? —preguntó el titular de la comitiva.

—¡Si, un puente! —confirmó el pueblo

— Sabe usted señor, — destacó aquel que había tomado la iniciativa—, lo que sucede es que, como habrá podido advertir, nuestro pueblo se encuentra en la cima de una montaña. Una montaña que desde el acantilado, antes se comunicaba por un puente con otro pueblo vecino, uno más grande llamado Karotec, donde podíamos comprar todos los días lo que requeríamos y vender lo que producíamos. Pero ocurrió que un día, durante la guerra, las tropas aliadas rusas bombardearon el puente, y desde

entonces, nos vemos obligados a bajar la montaña para cruzar el río, lo cual nos lleva días; luego es necesario subir la montaña para llegar al pueblo grande. Al no existir camino, nos implica otros tantos días regresar, y en ocasiones el río se pone bravo y nos impide cruzar.

El alto funcionario del Partido Comunista, llenó su vaso de Tatransky, se acercó más a la muchedumbre y, asegurándose de que todos lo escucharían, grito:

—¿Qué día es hoy?

—Viernes, —respondió uno tímidamente.

—Viernes quince — gritaron algunos.

—Viernes quince de mayo— precisaron sus colaboradores.

—¿De qué año?— cuestionó el gran jefe

— De1967— respondieron todos

—Tome nota— dijo el funcionario en voz muy alta, a su secretaria—asistente —: que el 15 de mayo de 1970 nos reuniremos aquí para festejar la inauguración del puente que unirá este pueblo con el pueblo grande. ¡El Pueblo manda!

El alarido fue ensordecedor, el júbilo generalizado.

—¡Viva el Partido Comunista! ¡Vivan nuestros líderes! ¡Viva la Revolución! ¡Vivan nuestros jefes! ¡Viva Trus-trokvichy! ¡Viva el puente! —gritaron todos retirándose dispuestos a terminar con todo el Tatransky que aún sobrevivía en el pueblo.

Al regreso de la comitiva a Praga, comenzó el prag-

mático y tortuoso procedimiento burocrático que implicaba honrar el primer compromiso asumido por el alto directivo del partido: la construcción del puente. El avance fue lento en la elaboración de los dictámenes técnicos. Se realizaron los muy diversos y complejos trámites para incluir los requerimientos correspondientes en los planes quinquenales de fabricación de cemento, de varilla y de acero, y en particular de hormigón pretensado, que constituía una de las más reconocidas conquistas tecnológicas de la Revolución Bolchevique, de la cual todos los países satélites se apropiaron con orgullo.

En paralelo, se avanzaba con premura y entusiasmo en los preparativos del gran festejo. Se sumaron con manifiesto compromiso los Ministerios de Cultura, de Actividades Recreativas y de Comunicación y Propaganda. Localmente se constituyó un primer Comité del Pueblo para la Organización del Gran Festejo de Inauguración del Puente de Trustrokvichy, que casi de inmediato comenzó a reunirse cada mes en la única escuela de la comunidad junto con los funcionarios viajeros para afinar los detalles del evento.

Transcurrieron los primeros cinco meses, durante los cuales se celebró igual número de reuniones de aquel Comité con las diversas misiones procedentes de Praga: la misión que acudía a preparar los trabajos del “Coro Infantil de los Niños Trustrokvichitas”, encargado de interpretar el Gran Himno de la Internacional Comunista; la misión en-

cargada de seleccionar y preparar a las tres jóvenes adolescentes que, una vez afiliadas al Movimiento de las Juventudes Pioneras Comunistas de Checoslovaquia, declamarían un extenso y complejo discurso preparado por el Ministerio de Cultura y sancionado por el Ministerio de Comunicación y Propaganda; la brigada responsable de la construcción de los templetes y de las gigantescas pancartas que serían colocadas en la plaza central y las principales casas del pueblo, así como otros tantos grupos más que asegurarían el éxito supremo del festejo.

Durante la sexta reunión de las múltiples comitivas, el profesor de la escuela —el único por cierto— levantó la mano por un período prolongado y finalmente le concedieron el uso de la palabra.

—¿Qué desea profesor?” —inquirió el “distinguido” ciudadano que había sido designado para presidir las reuniones de ese mes.

El maestro, responsable de la primaria, se levantó con calma y se limitó a preguntar

—¿Y el puente?

—¿El qué?, respondió el Presidente del Comité de Seguimiento.

—¡El puente!, —repitió el Maestro.

—Pues... el puente, profesor, estará donde y cuando deba estar —aseguró el presidente— ¿Acaso no estuvo usted presente cuando el insigne y altísimo directivo de nuestro partido comunista aseguró que se construiría el

puede? Le exhorto, estimado profesor, a confiar más en la palabra de los líderes de la patria.

Transcurrieron siete meses más, durante los cuales se celebraron siete reuniones adicionales de los diversos comités encargados de los preparativos del festejo. En todas ellas, el paciente profesor volvió a plantear modestamente la misma pregunta, aunque la mayoría de las veces no obtuvo respuesta alguna. En la última de estas sesiones, el profesor volvió a levantar la mano con insistencia y, tras una espera aún más prolongada, se le permitió hablar y preguntó una vez más:

—¿Y el Puente?

El ciudadano que presidía el Gran Comité en ese momento, se mostró muy indignado.

—Bueno profesor, ¿pero qué es lo que sucede con usted? ¿Acaso no confía en la palabra del Partido Comunista? ¿No es usted checoslovaco? ¿Cómo puede usted infundir el sentido patriótico en nuestros hijos, si manifiesta desconfianza hacia nuestros líderes? Nos preocupa usted muy seriamente, profesor, muy seriamente.

Se celebraron tres reuniones similares más, en los meses 17, 22 y 26. La pregunta del profesor fue siempre la misma

— ¿Y el puente?

Las respuestas se tornaron cada vez más represivas e incluso violentas. Hasta el punto de que, tras la reunión del mes 26, —diez meses antes de la fecha programada

para el gran festejo—el Comité del Pueblo se reunió y, por aclamación unánime, decidió expulsar de la comunidad al incómodo e insolente profesor, acusado de *“acción subversiva y antipatriótica en contra del Partido Comunista, en franca conspiración contra el bienestar y la prosperidad de Trustrokvichy y la sagrada estabilidad de la gloriosa República Comunista de Checoslovaquia”*.

La escuela y la enseñanza formal quedaron sin timonel, y los alumnos suspendieron su proceso educativo, hecho que fue recibido con cierto agrado por la comunidad y, sobre todo, por los organizadores del evento, pues, de esta manera, los niños dispondrían de mayor tiempo para prepararse mejor para el gran festejo. El programa continuó con creciente entusiasmo y sin la molestia de los cuestionamientos “ridículos” de aquel docente indolente y traidor, por fortuna desterrado.

Pero no hay momento esperado con más ansiedad que aquel que finalmente llega. Y llegó el gran día. El 15 de mayo de 1970

Aquella mañana histórica, el pueblo entero, no se limitó a vestir sus mejores galas, sino que estrenó las vestimentas expresamente confeccionadas para aquel memorable evento, consumiendo, por cierto, la totalidad de los ahorros de la comunidad, la cual en su mayoría quedó incluso endeudada en grave riesgo con algunos prestamistas del pueblo grande, aquel con el que se buscaba establecer la vinculación estratégica.

En la estación del tren tuvo lugar la gran cita: el histórico encuentro del pueblo de Trustrokvichy con sus benefactores. El alcalde que, por cierto, no concluyó su mandato como establecían las normas, argumentando que debía continuar y sacrificarse para cumplir la enorme y trascendente responsabilidad que las circunstancias y la historia le habían encomendado, estuvo en primera fila, acompañado de su familia, por supuesto, pero también de sus parientes de segundo y tercer grado, desde una bisabuela de 107 años hasta la más reciente heredera de menos de tres días.

En la segunda fila, o mejor dicho, en el segundo grupo, figuraban los titulares de los subcomités encargados de la organización de la gran celebración, y sus familias desde luego, aunque en este caso únicamente hasta el segundo grado. Allí se encontraban todos y cada uno de los titulares de los diversos subcomités: el Subcomité de Organización Logística, el Subcomité de Organización de la Participación de los Niños, el Subcomité de Organización de la Participación de las Niñas, el Subcomité de Organización de la Participación de las Mujeres, el Subcomité de Eventos Musicales, el Subcomité de Arreglos Florales, el Subcomité de la Memoria Oficial, el Subcomité de Atención a las Esposas de los Funcionarios del Partido, el Subcomité de Supervisión y Seguimiento y el Subcomité de Prensa, entre otros.

En el tercer grupo se encontraban los trabajadores

del Ayuntamiento con sus familiares directos. El resto de los habitantes de Trustrokvichy, es decir, el pueblo, no formó parte del Gran Comité de Recepción, pues se ya desde el día anterior ocupaban las tribunas de la plaza central, construida exprofeso para el “Glorioso Evento” con los recursos comunitarios ahorrados durante varios años para construir la nueva escuela, proyecto que careció de urgencia al no disponerse de un maestro. *“El patriotismo debe estar siempre por delante”*, era la consigna.

Y, desde luego, al costado y en posición preferente, se encontraba la Gran Banda Oficial del Pueblo de Trustrokvichy, estrenando uniformes de particular colorido e instrumentos musicales deslumbrantes. Vaya envidia que con seguridad sentían ya los habitantes del pueblo grande, quienes ni siquiera contaban con una pequeña banda escolar.

—Ahora serán ellos, los del pueblo grande, quienes querrán vincularse con nosotros —había señalado en una reunión reciente la graciosa y extremadamente obesa esposa del alcalde.

Y el pitido de la esperada máquina anunció la llegada de aquella numerosa e importante comitiva, encabezada por nada menos que tres altos directivos del “Buró Supremo del Partido” e integrada por diversos funcionarios de primer orden, con sus cónyuges por supuesto, por varios líderes sindicales e incluso por jóvenes directivos de la Unión Checoslovaca de la Juventud, que acudieron a ha-

cer acto de presencia y cumplir con las indicaciones expresas que apenas tres días antes había emitido el propio presidente del Partido Comunista Checoslovaco:

—*Semejante acontecimiento debe ser por supuesto presenciado por nuestros dirigentes más jóvenes para que transmitan con el mayor detalle el suceso a las futuras generaciones.* Un evento de una trascendencia histórica e inusitada, —había subrayado Radio Praga dos días antes, con lo cual no quedaba nada más que añadir.

El tren se detuvo y la banda estalló en música, la algarabía se manifestó con toda su fuerza y en todos los frentes. La gritería era ensordecedora. Las banderitas ondeaban con frenesí. Las mujeres se esforzaban por contener las lágrimas desbordadas. Aquellos que llegaban descendían desconcertados, mientras que los que esperaban abrían los brazos eufóricos y se inclinaban respetuosos y agradecidos.

La gran comitiva arribó finalmente a la plaza central. El júbilo general se desbordó y el sentimiento popular dio rienda suelta a las porras, tantas veces ensayadas, y a una emoción contenida durante tres años.

—*¡Vivan nuestros benefactores! ¡Vivan nuestros líderes!, ¡Viva el Partido Comunista!, ¡Viva Trustrokvichy!, ¡Viva la Revolución Bolchevique!, ¡Viva Checoslovaquia! ¡Viva el alcalde!, ¡Vivan ustedes!, ¡Vivan Todos!*

Y comenzó la gran fiesta. Dieciocho integrantes de la misión oficial y diecinueve personajes locales confor-

maban el presídium. Todos acompañaron, con profunda solemnidad, al Gran Coro de los Niños de Trustrokvichy en la interpretación del Himno de la Internacional Socialista.

Los tres adolescentes del Movimiento de las Juventudes Pioneras Comunistas de Checoslovaquia declamaron por fin aquel emotivo texto preparado por el Ministerio de Cultura y sancionado por el Ministerio de Comunicación y Propaganda, e infinidad de veces ensayado.

Se pronunciaron catorce discursos, en los que cada expositor iniciaba su intervención repitiendo el nombre y cargo de cada uno de los treinta y siete distinguidos integrantes del presídium. Se entregaron condecoraciones de “Huésped de Honor” y medallas conmemorativas a todos los funcionarios del Partido y, por supuesto, a sus encantadoras esposas. Seis niños vestidos de paje y ocho niñas ataviadas con en el atuendo folklórico de la región entregaron ramos de flores y un detalle representativo de la artesanía local a las damas visitantes.

La banda del pueblo deleitó a los asistentes con una serie interminable de interpretaciones, mientras los fuegos artificiales ofrecían un espectáculo inolvidable y avasallador.

La gran comida fue un verdadero festín; el consumo de vino y, sobre todo de Tatransky rebasó por mucho cualquier expectativa. El llanto, los sollozos e incluso los desmayos estuvieron también presentes en aquel festejo que, sin duda, habría de pasar a la historia de Trustrokvichy.

Las reglas del Manual de Protocolo para Eventos de Inauguración se aplicaron con rigor, precisión y puntualidad inflexibles. En el propio manual se indicaba con particular énfasis que el momento culminante que simbolizaba la inauguración de un puente, consistía precisamente en el cruce del propio puente por parte de todos y cada uno de los asistentes al evento.

Así, cuando llegó aquel momento crucial, todos se pusieron en marcha hacia el lugar de la cita, encabezados por la Gran Banda Oficial del Pueblo de Trustrokvichy, seguidos por los funcionarios del partido, ahora mezclados y abrazados con el alcalde, su familia y los personajes comunitarios. Detrás marchaban los demás integrantes de la comitiva de recepción, esforzándose —hasta donde los efectos fulminantes del Tatransky se los permitían— por conservar los órdenes de prelación establecidos por el protocolo.

Al final iba el pueblo completo, o, tal vez, sería más propio decir, lo que restaba del pueblo de Trustrokvichy, pues más de la mitad formaba parte de algún comité.

¿Y el puente?

El puente, como lo habrá intuido el lector, aún no había iniciado su construcción. El trámite avanzaba, respetando los procedimientos, las prácticas y el orden de prioridades imperantes en aquel país. Sin embargo, y en honor a la verdad, ya solo faltaban dos firmas para autorizar la primera visita de los ingenieros topógrafos, cuyos trabajos

podrían permitir avanzar a la segunda fase del proceso, la realmente tortuosa y complicada.

Pero el Manual de Protocolo era implacable, el júbilo desbordante y el Tatransky inmisericorde. Con cánticos, griterías, carcajadas y frenesí, se arribó al acantilado solitario y expectante. Los integrantes de la Gran Banda, ya trastornados y quizás poseídos por el clímax de la emoción, no perdieron el tono ni la sincronización musical cuando fueron los primeros en desbarrancarse en el precipicio. Y tras ellos siguieron todos, cantando, bebiendo y sin interrumpir el festejo ni por un segundo; como si nadie dudara por un instante de lo inevitable de su destino fatal. Había un protocolo que cumplir, y se cumplía con espíritu estoico y sentido patriótico hasta sus últimas consecuencias.

Murieron todos, absolutamente todos. Unos tras otros. Un perro callejero, único sobreviviente de aquella hecatombe, con manifiesto desconcierto se asomó al borde del acantilado y, en un acto de lealtad suprema y de solidaridad partidaria, decidió lanzarse al vacío en seguimiento de sus camaradas

—¡Bravo! ¡Bravo! ¿Bravo! —Gritó aplaudiendo Ximena, quien esa tarde, como las anteriores, la había utilizado para reflexionar cuidadosamente sobre los detalles del relato que les había narrado Fermín, buscando identificar algunas experiencias que le permitieran enriquecer su plan estratégico.

10.- Los amigos del padre

El lunes siguiente, apenas llegaron a casa, Ximena se lanzó con una mezcla de emoción y temor a rescatar su celular, que por fortuna había pasado inadvertido, y se fue a la escuela, o más bien lo fingió, ya que prefirió refugiarse en su retiro secreto en el parque cercano al colegio para escuchar con toda calma el contenido de la grabación.

De fútbol, nada. Y como esperaba, se encontró con un concierto de majaderías, sandeces y maldiciones de filibustero, con una vulgaridad que aumentaba a medida que el alcohol iba surtiendo efecto. Había en el ambiente algo maléfico. Dos cuestiones fueron las efectivamente importantes que se desprendieron de aquella discusión de borrachos:

En primer término, cuando su padre, ya muy bebido, en un acto de fanfarronería, les contó cómo tenía completamente sometida y absolutamente indefensa a “la sobrina predilecta y secretaria particular del gran jefe”. El contenido de la grabación iniciaba con la voz de su padre y era el siguiente:

“Todo se inició en una fiesta de cumpleaños de Don Anselmo, a la que acudió su hermosa sobrina. Yo había realizado diversos intentos de acercamiento, haciendo gala de mi mejor sonrisa y de mis más convincentes argumentos, pues además de ser muy guapa y estar muy bue-

na, era poseedora de la más absoluta confianza de su tío y dueño de la compañía. Ella no solo se resistía sistemáticamente, sino que tenía como costumbre desdeñarme, ignorarme e incluso tratarme como al último y más insignificante de los empleados, sin ocultar siquiera la antipatía y hostilidad que yo le inspiraba. Como podrán entender, Atanasio Jiménez Gálvez no podía tolerar esta situación por un período muy prolongado.

En esa fiesta, Judith, que así se llama, no se dignó dirigirme siquiera una mirada. Estaba contenta conversando con su prima Magdalena y un grupo de amigos de su edad, y pude percatarme de que había tomado algunas copas de champagne de más. Incluso la escuché confesar que se sentía un poco mareada. Fue entonces que se me ocurrió retirar una copa más de la charola de un mesero y disolver discretamente en ella la pastilla verde que tú me conseguiste, pinche Chiloyo, así que tú también eres cómplice de mi inocente aventura, cabrón.” —Se lo dijo en medio de una gran carcajada.

Después fui en busca de un mesero y le dije que le llevara la copa a la señorita del vestido azul, que era la sobrina de Don Anselmo, y que se trataba de un champagne finísimo y carísimo que Don Anselmo quería compartir únicamente con sus seres más queridos. Le insistí que no hiciera mención alguna al envío, porque los demás se sentirían mal de no formar parte del grupo de favoritos del patrón. Aquel “guey” se lo creyó todo y fue muy solícito

para cumplir la encomienda.

Ella se fue bebiendo la copa y, con ella, el brebaje, sin percatarse de nada salvo de que gradualmente se sentía más mareada y tartamudeaba al hablar. La prima Magdalena se acercó al oído de su padre y dio la voz de alarma justo cuando los amigos ayudaban a Judith a sentarse, pues no podía mantenerse en pie.

Don Anselmo se acercó y dijo:

—Judith, te vas a tu casa, no es prudente que una Bringas esté haciendo estos desfiguros... Pero no estás en condiciones de conducir...

Volteó buscando a alguien y, por supuesto, se encontró con mi persona, que dibujaba una sonrisa servicial y amable.

—¡Atanasio! —me gritó y me pidió que me acercara—. Necesito de su ayuda y su discreción.

—A mi sobrina se le han subido las cucharadas y necesito que usted la lleve a su domicilio, pues obviamente no está en condiciones de hacerlo por sí misma.

—Don Anselmo —le respondí—, sus deseos son siempre mis instrucciones más precisas.

Y fue muy cierto lo que me dijiste, pinche Chiloyo, de que con la pastilla mágica primero se sienten cada vez más mareadas y borrachas, y después se duermen como si estuvieran desmayadas. La prima Magdalena me ayudó a llevarla casi cargando, pues tu pastilla seguía haciendo efecto, y le buscó las llaves de su auto en su bolsa. La pen-

deja estaba a punto de dormirse. Se me recomendó tener gran cuidado antes de partir.

Entonces la sentí a mi absoluta merced, mientras ella roncaba en el asiento delantero. Decidí llevarla al pinche motel que está en la calle angosta por la Avenida Zapata, ¿te acuerdas?, donde nos llevamos a las cubanas locas.

—El “Buenos Aires”, así se llama el motel, —respondió el “Chiloyo”.

—Ándale, ese. La tuve que cargar pues estaba como muerta. Después la desnudé poco a poco y por completo, y procedí a tomarme la pequeña libertad de cobrarme algunos de los tantos desaires, como pueden imaginarse. Aquella seguía como occisa. No se daba cuenta de nada, y yo quería que se diera cuenta. ¡Salud!

—Y aquí viene mi acción más ingeniosa y productiva: Agarré a la pinche vieja boca arriba, le amarré los brazos a los barrotes de la cama. Fui al carro, saqué mi videocámara y la coloqué cuidadosamente para filmar el segundo agasajo. Tuve que esperar casi tres horas más a que se le bajara “la peda”. Cuando sentí que estaba a punto de despertar, me puse la máscara que me regalaste el día de mi santo, puto Goyo, la del “Canek”. Ja, ja, ja. ¡Otro pinche cómplice!

Los dos rufianes amigos no cesaban de carcajearse y de brindar durante todo el relato, tanto que Ximena no podía dejar de llorar y de morderse los labios, recordando

y explicándose por fin aquella mirada luctuosa de Judith.

—¿Y después qué pasó, cabrón? —gritó uno de ellos.

Con un signo imperdonable de trivialidad, respondió Atanasio:

—Pues nada, que activé la cámara y que se fue despertando; al verme con esa máscara y totalmente desnudo, comenzó a pegar unos pinches gritos de loca, así que con rapidez tuve que taparle la boca con la cinta canela que llevaba conmigo, como buen previsor. Ella movía la cabeza furiosamente de un lado a otro y pegaba unas impresionantes patadas de animal herido, sobre todo al darse cuenta de que la estaba grabando. Y ya con toda calma, le amarré también las piernas y procedí a cobrarme otra vez todos los actos de repulsión, aversión y antipatía de que fui objeto, a la vez que ponía en práctica todas mis técnicas de lujuria desenfrenada que he aprendido y satisfacía lentamente mis instintos eróticos. Y la cámara grababa y grababa...

Siguió un prolongado silencio hasta que se escuchó a uno de los rufianes decir:

—Y luego, ¿qué pasó, güey? No nos dejes así —reclamó uno de ellos.

—Pues luego, mientras ella no paraba de llorar, apagué la cámara, recogí mis cosas, me quité la máscara y le dije: ¡Sí, soy yo! Atanasio, tu futuro amante, porque a partir de este día serás mi amante voluntaria, cabrona —

mientras le mostraba sonriendo el cartucho de la grabación.

Ella me miraba con expresión de terror, sobre todo al decirle que tal vez dividiría el video en varios capítulos para difundirlos uno por uno, cada vez que se presentara un rechazo o un no de su parte. En última instancia, le aclaré, se trataría de tu palabra contra la mía y yo tengo la evidencia de que no fui yo, sino Canek, el Príncipe Maya. Se lo dije mientras le mostraba la videograbadora. Lancé una carcajada y me fui. A pie, por supuesto, pues decidí dejarla amarrada y llorando como Magdalena, pero con su carro, eso sí, pues ya ven cómo soy yo de considerado.

Y desde ese afortunado entonces, le asigné los jueves a esta pendeja para que vaya conmigo a nuestro rincón amoroso en un motel cercano y, aunque se ponga como muerta, yo descargo en ella toda la furia erótica que se me ha venido acumulando durante la semana.

Las pocas veces que ha tratado de rebelarse a mis caprichos, ha bastado recurrir a dos o tres de mis certeros y fulminantes rechazos, y asunto arreglado.

La tengo amenazada de que, si se niega a cumplir con mis caprichos y precisas indicaciones, además de darle una paliza, iré difundiendo a través de las redes sociales cachitos de mi súper videograbación de Canek y sus amoríos.

Los canallas amigos estallaron en carcajadas, como

una jauría hambrienta de emociones perversas. Alzaron las copas y gritaron:

—Te ganaste el brindis, cabrón. Eres una “Chucha Cuerera”.

Por supuesto no se trataba de charlatanería de adolescentes en juerga, sino de la vulgar parranda de una banda de truhanes borrachines sin escrúpulos que en todos sus festejos y manifestaciones confirmaban la gris y cruel existencia de los mediocres.

Ximena no podía contener el llanto y, mucho menos, el enojo que se apoderaba de ella.

—Qué “wiskazo” te agenciaste, pinche Goyo. Seguro uno más de tus pillajes —le afirmó el “Chiloyo”.

—Pero cómo te atreves, cabrón, tú sabes bien que soy el hombre más honorable que has conocido.

Volvieron los tres a soltar una sonora carcajada. Ximena pensó que su casa se había transformado aquella noche en la madriguera de una horda de desalmados malhechores.

La segunda parte de la grabación que aportaba algo útil surgió cuando su padre le propuso a uno de sus compinches:

—Bueno, pinche Chiloyo, te toca ahora contarnos cómo fue que te chingaste el súper cuadro de la virgen del beato de don Anselmo, de cuya venta, no puedo negar, obtuvimos una jugosa ganancia los dos.

Atanasio no podía ocultar la enorme satisfacción

que le causaba haber embaucado a su odiado patrón. Entre risas y tragos, el “Chiloyo” narró su atraco:

—Pues todo comenzó con que andaba yo mero-deando alrededor del palacio del viejo, y recibí la llamada acordada con “*Alguien*”, dándome luz verde para actuar conforme a sus instrucciones precisas, las cuales recibí con la advertencia de que ese día solo estaría en la mansión la encargada de la cocina, pues los demás sirvientes habían recibido el día libre.

Abrí con toda calma la puerta trasera con la llave que me fue entregada oportunamente por “*Alguien*” y, justo a las 11:15, tal como habíamos quedado, sonó el teléfono de la casa y la cocinera acudió a responder a la sala la llamada de “*Alguien*”. “Bueno, bueno”, dijo hasta cinco veces y colgó; regresaba a la cocina cuando el timbre sonó de nuevo. La cocinera volvió a contestar: “¡Bueno, bueno, bueno!”, pero “*Alguien*” no respondió, y con eso tuve tiempo suficiente para ascender al primer piso por la escalera de servicio.

Siguiendo las indicaciones, localicé luego luego la recámara oscura en aquella pinche casona que parecía un castillo embrujado. Con la pequeña llave que también me había entregado “*Alguien*”, abrí el recinto y me topé con aquella pintura de una vieja poco agraciada. Todo lo demás fue sencillo: descolgué el cuadro, lo metí en una mochila grande, cerré las puertas con la llave, bajé por la escalera de servicio y esperé la segunda llamada de

“Alguien”, justamente a las 11:50, como estaba acordado.

—Mientras la cocinera acudía a la sala a responder a la misteriosa llamada, yo abandoné la pinche mansión tranquilamente por el portón trasero y cerré con llave como si saliera de mi propia casa. Venderlo tampoco fue problema, pues acudí a la cita con el traficante de obras de arte indicado por *“Alguien”* e intercambié el cuadro por la cantidad negociada y acordada en billetes de pequeña denominación.

—¿Y quién era ese *“Alguien”*, güey? —preguntó *“Goyo”*.

Los otros dos se carcajearon y el *“Chiloyo”* dijo:

—Ah, como eres pendejo, pinche Goyo, me lo imaginaba; pues quién otro iba a ser ese *“Alguien”* sino nuestro querido amigo aquí presente, el chingonsísimo Don Atanasio Jiménez Gálvez, alias *“La Chucha Cuerera”*.

Volvieron a brindar, satisfechos de sus fechorías, y se desató una explosión de carcajadas.

La tercera información útil de la grabación era que su padre tendría que ausentarse el miércoles siguiente para visitar la ciudad de Querétaro por motivos de trabajo.

Al día siguiente, los tres amigos escucharon la grabación y se estremecieron ante la sarcástica descripción que Atanasio hacía de su despreciable violación de Judith. El impacto fue desolador; quedaron pasmados.

Decidieron no ver la videograbación, coincidiendo en que su destrucción debía ser exclusividad de la víctima.

Ni ellos ni nadie serían jamás testigos de aquel acto tan infame y depravado.

—Es un cobarde —acusó llorando Leticia.

—Es un canalla, un rufián —complementó Marcos, sutilmente consternado.

Le entregó a Ximena el material de sustitución y se fue, caminando lentamente y muy triste.

11.- La abuela

Había iniciado el mes de septiembre, el mes de las fiestas patrias. Ximena se lanzaba algunas veces a deambular como un fantasma por las calles de colores de la ciudad, con una certeza fija en la mente y una expresión contemplativa, sin que nadie reparase o quisiera reparar en ella. En ocasiones se deleitaba con el replicar de la lluvia sobre su rostro. Caminaba serena entre las banderas tricolores que exacerbaban el fervor patriótico de los mexicanos, los gritos de los pregoneros que promocionaban sus productos, y los rehiletes, merengues y demás golosinas tradicionales que hacían la delicia de niños y niñas y de no pocos adultos.

Sintiéndose parte de la multitud, Ximena meditaba y revisaba una y otra vez con especial detenimiento su plan y pasaba revista a cada uno de los detalles. Aquel plan que por ningún motivo debía fallar y que, solo por segúndos, alguna vez llegó a parecerle descabellado. Se alejó de inmediato de tales elucubraciones, el anhelo de luchar era intenso.

Se acercó a una mujer ya muy mayor, que evidenciaba su pobreza y vendía café y tamales en las afueras de una parroquia. Ximena la reconoció enseguida, aunque nunca la había visto antes, como la mujer con la que habría querido conversar desde hacía mucho tiempo. Se le

quedó mirando y vio en su mirada un deseo análogo. La mujer se lo confirmó con una sonrisa y le dijo:

—Estás decidida, ¿verdad?

—¿Decidida a qué? —inquirió Ximena.

—Pues, no lo sé, a lo que te has propuesto, supongo

—respondió la mujer.

—¿Cómo es que sabes que me propongo algo y que estoy decidida? —volvió a preguntar Ximena.

—“Mmmhh”, hija, pues porque lo sé.

—¿Y cómo es que lo sabes? —insistió Ximena.

—Pues nomás porque sí —dijo la abuela—. Tú también, cuando tengas mi edad, lo sabrás. No todos, ¡eh!... pero tú sí. Estiró la mano y le dio un café, diciéndole:

—Ándale, tómate un cafecito, que está frío el frío.

Lo aceptó Ximena y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Eduviges —respondió la anciana—. ¿Ta bonito, no? ¿Y tú?

—Sí, está bonito. Yo me llamo Ximena.

—¿Ximena con “j” o con “x”?

—Ximena con “x” —respondió—. Mi madre me puso el nombre que a ella le hubiese gustado tener.

—La misma “x” de México —dijo— que se escribe con “x” y se pronuncia como “j”.

Ximena se sonrió y le dijo:

—Creo que ya me voy. Deséame suerte.

—No, la suerte no se necesita, si se tiene el coraje suficiente, y tú lo traes marcado en la mirada, no requieres de suerte. Si una está tan decidida como tú lo estás, y eso se te ve a leguas, pues ya no hay nada más que hacer, más que hacerlo. Y seguramente tienes razón, hija, en que en cuestiones trascendentes no hay que transigir.

—¡Ándale! —concluyó la mujer—. Ya vete, tu madre debe de estar con pendiente. Llévate un tamalito para el camino —añadió entregándoselo.

—Por último, dime, abuela, ¿cómo es que una puede cambiar su destino?

—Caminando, hija, caminando —respondió la anciana.

—¿Cuánto es? —inquirió Ximena.

—Esta vez invito yo —dijo la anciana—, pero no se te olvide venir a contarme después que pase todo. Yo estoy aquí todos los días, menos el viernes.

—Claro que sí, regresaré —respondió Ximena, y se fue pensando con una expresión no por vaga menos intensa: “Justo lo que necesitaba. Por supuesto que vendré. A estas alturas del baile, una amiga más de a de veras nunca está de más”. Se alejó como alguien a quien ya nada confunde ni engaña, mientras el bullicio se iba perdiendo a lo lejos.

Ximena sabía bien que la querella no sería fácil, que habría que navegar por mares turbulentos, en los que también sabía que no naufragaría, pues había adquirido la

certeza de que cualquier obstáculo que se presentara como insuperable sería falso. Su suerte estaba echada. Había aprendido, sin saber cómo, que los únicos que merecen la libertad son aquellos dispuestos a luchar sin tregua para conseguirla, sea cual fuere la consecuencia. Ximena peregrinaba cada vez con mayor frecuencia por los senderos de la convicción y las llanuras de la certidumbre, y continuaba caminando sumergida en su propio silencio.

12.- La amante sometida

Ese miércoles en Querétaro, mientras su madre entregaba algunas prendas a su amiga Georgina, acompañada por su pequeño hermano, Ximena pudo realizar finalmente el “intercambio trascendental”, como lo llamó Marcos. Al revisar la documentación a sustituir, pudo comprobar una vez más el ingenio de Marcos. Resulta que los nuevos documentos tenían todos el encabezado del “First Caribbean International Bank”, pero su contenido había sido suplantado por otras hojas que, con un tipo de letra muy similar al de los documentos originales, incluían las disposiciones legales y los artículos de la Constitución, del Código Penal y de las leyes secundarias que su padre había venido infringiendo, relacionados con la violación y el hostigamiento sexual, la violencia doméstica, el maltrato infantil y los derechos de los niños, la evasión fiscal, el lavado de dinero, el robo agravado, etc. Toda aquella información le había sido proporcionada por su querido tío.

Ximena se puso unos guantes de tela y lo primero que hizo fue sustituir cuidadosamente el cartucho de la videograbadora por el virgen que le entregó Marcos. Repitió el procedimiento con la máscara y la llave, asegurándose de no alterar las huellas digitales de su padre. Finalmente, de manera escrupulosa, procedió a intercambiar los documentos, anteponiendo la portada, de la cual Mar-

cos hizo una copia perfecta. Se quedó contemplando el cartucho de la videograbación y se le escaparon lágrimas, casi desfalleciendo con una sensación de inmensa rabia e insondable indignación. Recordaba aquella mirada extremadamente triste y pesarosa de Judith al salir de aquel motel.

Al día siguiente, los tres mosqueteros fueron a la Corporación Bringas y buscaron a la señora de limpieza que le había conseguido las fotocopias a Marcos. Tuvieron que esperar, pero finalmente la encontraron.

—Hola, señora guapa —saludó Marcos—. ¿Se acuerda de mí?

—Sí —asintió ella con gusto y sorpresa.

—Ellas son Ximena y Leticia, mis socias en el asunto de la fotografía. Quisiéramos conversar unos breves minutos con la señorita Judith Bringas, pero creo que difícilmente nos dejarán pasar. ¿No cree que pudiéramos abordarla un momento y entregarle una tarjeta antes de que entre al estacionamiento?

—No sé si sea la mejor idea, pero justo ahora llega. Déjenme intentarlo.

Se posicionó a la entrada del estacionamiento y le hizo una señal a Judith, quien detuvo su automóvil. Se acercó y le dijo:

—Doña Judith, qué gusto saludarla. Fíjese que estos jóvenes tienen gran interés en conversar un momento con usted. —Ximena se aproximó, y mientras Leticia y Marcos

retiraban con gentileza a la señora, agradeciéndole sus buenos oficios, le advirtió a Judith:

—Me urge conversar con usted y me temo que a usted también. Soy Ximena Escárcega, hija producto de la violación de Atanasio Jiménez Gálvez.

Judith se sintió desconcertada y estuvo a punto de arrancar justo cuando Ximena agregó:

—Espere, lo sé todo, necesitamos hablar, es apremiante.

—¿Qué es todo? —preguntó alarmada Judith.

—Todo —respondió Ximena con voz segura—: lo de la violación, la grabación, la máscara, el chantaje, todo. Soy la única persona que puede salvarla. Nadie más. La espero esta noche a las ocho en este café —y le entregó una tarjeta con la dirección—. Solo le digo que yo lo detesto tanto o más que usted —añadió antes de darse la vuelta y partir rápidamente.

Judith arrancó su auto, totalmente aturdida, y estalló en llanto. Estacionó en su lugar habitual y sus lágrimas, largamente contenidas, se desbordaron como un torrente, acompañadas de sollozos y lamentos ahogados. No podía llegar así a su oficina y tampoco tenía sentido, así que decidió volver a su refugio y sumergirse hasta el fondo de su repulsiva existencia.

Ya en su guarida, una vez agotado todo el llanto que la ahogaba, se sirvió una copa de coñac y decidió meditar, simplemente meditar, y tal vez ordenar sus ideas. Su áni-

mo se había desplomado cada vez más rápidamente, pero el impacto de saber que alguien más conocía con detalle los secretos de su desventura fue devastador. Que se tratara de una niña resultaba promiscuo y desconcertante, pero que fuera la propia hija de su verdugo la sumergía en un océano de confusión y desconcierto que no podía soslayar.

Recordaba sus primeras palabras fulminantes: “Soy Ximena Escárcega, hija producto de la violación de Atanasio Jiménez Gálvez”, y sobre todo las últimas: “Solo le digo que yo lo detesto tanto o más que usted”.

Lo sabe todo, se refirmó a sí misma, todo, absolutamente todo; pero se preguntaba cómo pudo llegar a saberlo. Descartó la posibilidad de que aquel granuja la hubiera hecho partícipe de su crimen. “Es solo una niña”, pensó. Se estremeció al imaginar que otros podrían saberlo, pero ¿quién o quiénes más conocían su vida entre bastidores? ¿Qué iba a suceder ahora con su vida, ya de por sí hecha añicos? Tener que sufrir voluntariamente una violación casi cada semana le había carcomido su identidad y raciocinio.

El deplorable Atanasio la tenía amenazada de que, si un día no cedía a sus deseos o no acudía a la “cita de amor”, como él insistía en calificar aquel aterrador secuestro periódico, haría circular un breve avance de la gran película, cuyo estreno sería espectacular. “Seguramente, cientos estarían dispuestos a pagar una suma con-

siderable por deleitarse con su contenido”, le repetía. El recuerdo imborrable y persistente de aquella violación grabada, en la que quedó prisionera su alma, fue implacable.

Había pensado varias veces en matar a su verdugo, pero sabía que nunca tendría el atrevimiento. También había considerado el suicidio, pero sabía que jamás tendría el coraje para hacerlo, lo que la hacía despreciarse aún más. No tenía otra alternativa que vivir una vida de efervescencias, poseída por un miedo cotidiano que se disfrazaba de mil maneras para hacer su existencia aún más insoportable. Dormir siempre estaba precedido de un llanto agudo que semejaba al quejido de un animal moribundo. Todas las mañanas se contemplaba en el espejo y lloraba intensamente al reconocer la infinita pesadumbre de su espantosa realidad a través de la mirada.

Lo dudó varias veces, pero finalmente se desembarazó de aquella pereza monumental que la consumía y tomó la decisión de acudir al encuentro.

13.- El encuentro

Ximena aguardaba ya en una mesa gabinete, en el rincón de aquel cafetín casi desierto, donde se escuchaba a lo lejos la música de un antiguo bolero melancólico, cuando arribó Judith con un lento caminar y un rostro pesaroso y desolado. Sin dirigirle una sola palabra, se limitó a sentarse frente a ella y mirarla sin mostrar expresión alguna.

—Un café doble —ordenó, sin voltear a ver a la chica que se acercó con la carta y un gesto de pregunta.

—Te agradezco que hayas aceptado venir —improvisó Ximena—. Te aseguro que no te arrepentirás. Primero voy a contarte algo de mi vida, que te permitirá comprender por qué desprecio profundamente a ese gusano que, por mala fortuna, es mi padre. Después tú me contarás lo que te plazca. A continuación, te haré entrega de lo que puede liberarte de tu calvario y, por último, trataré de convencerte de que la venganza no es nuestra mejor alternativa, si bien ambas deseamos fervientemente que este desventurado desaparezca de nuestras vidas para siempre. Ximena procedió a contar cómo había sido su vida desde pequeña y el pavoroso martirio que vivían su madre y su pequeño hermano. Le mostró dos de sus cicatrices, derramó algunas lágrimas y concluyó diciendo:

<Esa angustia de tus jueves es muy similar a nuestra angustia de los viernes>

Judith la contemplaba con un cierto aire de perplejidad y asombro.

También le contó Ximena, sin dar detalles, que preparaba un plan estratégico con la participación activa de sus únicos dos mejores amigos y de su maestra favorita para terminar para siempre con ese intolerable suplicio. Un plan en el que la invitaba a participar.

Judith, por su parte, esperó a que surgieran las palabras de sus labios, y procedió a contarle lo que recordaba de aquella fatídica noche, cuyo inicio nunca había logrado explicarse, pues aquel perverso le aseguraba que, si bien se le habían pasado las copas, ella había mostrado su anuencia en acudir a aquel motel maldito y que había disfrutado con gran placer y expresiones de lujuria aquel encuentro sexual, lo que le parecía absolutamente inverosímil e inexplicable, pues Atanasio siempre le había parecido un ser repugnante.

—Te drogó, Judith, te dio un menjurje en la última copa de champagne que bebiste esa noche —advirtió Ximena—. Tengo la grabación de su confesión, que te daré ahora mismo, además de la videograbación original que hizo este desgraciado, donde relata lo acontecido aquella noche del secuestro, de la cual no existe copia alguna. Estoy segura. Yo misma se la he robado. Nadie la ha visto, ni mis amigos ni yo. Es el secreto de tu abominable violación y solo tú tienes derecho a destruir o a utilizar ambas grabaciones para refundirlo en la cárcel, si así lo deseas.

Judith no podía creerlo, estaba atónita. Se le apretujaban en la memoria imágenes parpadeantes de aquella noche que competían en lo espeluznante. Mientras, Ximena sacó de su bolso los dos cartuchos y se los extendió lentamente. Judith se puso de pie, se cambió de lugar, se sentó junto a Ximena y se abrazaron llorando y con gran fuerza, como si ambas hubieran logrado escapar simultáneamente de un incendio.

Levantó una mano y llamó a la mesera.

—¿Nos puede dar una copa de vino? —le preguntó.

—Pues, solo con alimentos, señorita —respondió la chica. —Pues entonces tráiganos una orden de queso y de jamón también —manifestó Judith—, pues me temo que las dos tenemos un período prolongado de ayuno.

—¿También para la niña? —preguntó la mesera.

—También para la señorita —corrigió Judith.

—Debemos concertar un gran pacto de honor; tenemos que ser cómplices —afirmó Ximena—. Es indispensable unirnos contra él. Se trata de un ser muy malvado y peligroso, carece por completo de escrúpulos, y necesitamos estar coordinadas y actuar de manera muy inteligente.

Ximena estalló en llanto y, extrañamente, era Judith quien la consolaba y le juraba credibilidad y comprensión. Se tomaron por las manos con auténtico fervor solidario y firmaron ese pacto tomadas de las manos y mirándose fijamente a los ojos.

—Estoy contenta —manifestó Judith—. Me has regresado una vida que creía perdida, has encendido una luz en el fondo del túnel que, por primera vez, me permite vislumbrar la posibilidad de redimir mi cautiverio —se lo decía mientras apretaba con sus manos el cartucho de la videograbación como si fuera un amuleto o la llave secreta del portón de salida de un sombrío calabozo.

—Me has devuelto mi libertad y el deseo de vivir. Y no solo eso, me brindas la oportunidad incluso de desquitarme por todas las humillaciones y vejaciones que este hombre maldito me ha hecho. Te debo todo. No sé cómo agradecerte.

La volvió a abrazar y bebieron brindando sus copas de vino.

—Pero mencionaste que la venganza no es nuestra mejor alternativa. Explícame —solicitó Judith.

—Pues verás —respondió Ximena—, la primera cinta es una grabación de audio que pude obtener sin que él lo supiera, donde se registra lo acontecido en una parranda en nuestra casa que involucraba a sus dos amigos cómplices. En ella relata con particular detalle los pormenores de la acción criminal que cometió contigo, desde que la ideó en la fiesta de tu tío Anselmo hasta que te abandonó encadenada en aquel motel de mala muerte. Una denuncia tuya, acompañada de esta confesión, le aseguraría varios años de cárcel sin duda alguna. La segunda cinta recoge la videograbación, que ya imaginas, de su diabólica

violación. No existe copia alguna, solo este original. Nadie más la ha visto ni escuchado. Te lo puedo asegurar. ¿Qué hacer con ella? Tú decidirás, y para mí estará bien lo que decidas.

Ximena mantuvo un tacto exquisito en su explicación, consciente de que hablaba de la gran tragedia de su interlocutora.

—Sin embargo, Judith, pienso que más importante que saciar nuestra más que justificable sed de venganza es obtener o recuperar nuestra tranquilidad y la posibilidad de vivir una nueva vida, con libertad y seguridad; pero para lograrlo, más que encerrarlo, debemos anularlo, neutralizarlo y controlarlo. Si lo refundimos en prisión por muchos años o incluso por el resto de sus días, será entonces él quien buscará vengarse y no será difícil que desde la cárcel encomiende a algún rufián que haga daño a cualquiera de nosotras, especialmente a mi pequeño hermano, que es el más indefenso. La violencia para él es solo expresión de sus tendencias criminales. El plan que he venido construyendo tiene como objetivo aniquilarlo como ser malvado y someterlo, pero hacer que su vida, libertad y futuro dependan precisamente de nuestra tranquilidad, de que nada desagradable nos suceda y de que no volvamos a verlo jamás. Necesitamos olvidarlo y que él se olvide de nosotros; solo así podremos rehacer nuestras vidas y ser felices.

—Reconoció finalmente que no le daba pudor ad-

mitir que también experimentaba un enorme deseo de venganza.

—Por otra parte, querida amiga, si bien denunciarlo te daría la satisfacción de la revancha y el castigo merecido, el precio para ti podría ser muy elevado, pues no sería fácil asegurar que las grabaciones, que tendrías que entregar a la policía, se mantuvieran confidenciales. *“Sobrina de billonario mexicano atada y violada por uno de sus principales colaboradores en un motel de mala muerte”* sería un titular irresistible para los medios amarillistas y sin escrúpulos de nota roja, que proliferan en nuestro país y relatan diariamente sucesos dramáticos.

O bien algún agente o funcionario deshonesto, que me temo no escasean en nuestras instituciones de justicia, podría acudir a tu tío Anselmo con una copia de las cintas para chantajearlo y venderle el ocultamiento de este escándalo familiar al mejor postor. Además, la venganza no te devolverá tu pasado. La grabación de aquel ataque infame no la verá nadie, y los originales de audio y video los podrás destruir cuando tú lo decidas. Le mencionaremos que aun existen solo para asustarlo, para que se mantenga en su conciencia el terror de que se divulguen. En última instancia, él nunca deducirá que los hayamos destruido para protegerte. Él no es capaz de comprender una acción así.

Judith lo pensó unos segundos y asintió en señal de aceptación, reconociendo que era más conveniente no

hurgar en las sombras de la desgracia. Se persuadió de que Ximena tenía razón y que, para avanzar con rumbo y llegar a la playa, se debe nadar siempre hacia adelante.

Durante la hora siguiente, Ximena explicó con todo detalle su *“Plan Estratégico para lograr la Libertad”*, que, por cierto, le había llevado más de un año construir.

Finalmente, Judith, que había escuchado con especial y extremo interés, sin vacilar ni por un instante le dijo:

—Eres genial, Ximena. Estoy totalmente de acuerdo con todo lo que dices. Si te parece, me agrego como un mosquetero más —y soltó una risotada como no lo había hecho en muchos meses, pensando que tal vez ahora podría permitirse un desplante de humor irresponsable

—Claro —exclamó Ximena—; en última instancia, los tres mosqueteros siempre fueron cuatro.

14.- El principio del final

Le llevó todavía dos interminables semanas a Ximena armar la gran conclusión de su *“Plan Estratégico para lograr la Libertad”*. Dos días tuvieron que faltar los tres a la escuela. Se recluyeron en la casa de Georgina, la gran amiga de Guadalupe que estaba al tanto de la iniciativa, y se concentraron en la edición del plan que incluía, además de la documentación, los videos y diversas fotografías, algunas directas y otras obtenidas de las propias grabaciones, pero sobre todo el gran mensaje de emancipación que dirigiría Ximena a su padre, sentada tranquilamente en una silla tapizada frente a la mesa de trabajo de Georgina.

Y como suele acontecer, si las encrucijadas trascendentales se programan con todo cuidado, los acontecimientos llegan, y arribó aquel esperado 15 de septiembre de 2019, fecha prevista para el gran encuentro, con una mañana resplandeciente que parecía anunciar buenas nuevas, aunque el clima en el celular informaba de tormenta probable por la madrugada.

—En última instancia —pensó Ximena—, este es un día tan bueno como cualquier otro para conquistar la libertad —plenamente decidida a no quedarse en el preámbulo de aquella aventura decisiva—. No había fuerza alguna en el horizonte que pudiera trastornar la ejecución de su plan; estaba enteramente convencida.

Su gran amiga Leticia le había dado su antiguo celular, el cual “reseteó” como protección extrema, que no estaba de más. Marcos, por su parte, la visitó ese fatídico día, durante una mañana en que ella había amanecido despeinada y ojerosa. Le ayudó a colocar la laptop y los dos celulares, no sin antes haber salvado en su móvil toda la información, así como los videos y fotografías que constituían el tesoro del plan. El “camuflaje” fue perfecto. Uno de los teléfonos móviles fue escondido entre unos platos y tazas del trinchero del comedor, y el segundo, el de Ximena, lo sugirió Marcos colocar entre unos libros del pequeño librero empotrado en la sala. Le recordó que debía ser exageradamente precisa. Ambos celulares tenían que estar cargados al 100%. Debía utilizar primero el suyo para monitorear la localización de su padre, y una vez percatada de su aproximación, activarlo en “grabación de video” y colocarlo en el librero, justo como él le había indicado. También debía activar el de Leticia y depositarlo cuidadosamente en el trinchero, siguiendo sus instrucciones. Igualmente tenía que activar la grabación de video de su laptop y dejarla con la tapa levantada y conectada a la corriente. Esto no debiera suscitar sospechas, pues así la dejaba habitualmente sobre la pequeña mesa del rincón.

Marcos contempló aquel rostro espléndido por un momento prolongado, aunque breve, como lo exigían las circunstancias. Le dio un abrazo cariñoso y rozaron sus

mejillas. La suavidad de su tez lo hizo perder el equilibrio.

—No te preocupes —le dijo Ximena, con aquella calma majestuosa que tanto lo embelesaba.

Marcos cerró el puño con el pulgar levantado y se despidieron. Era innegable que un lazo invisible e inquebrantable los unía. Ella le lanzó nuevamente una sonrisa tranquila, buscando calmarlo, pues era evidente que él era el más angustiado. La verdad es que lo que le recomendó Marcos era justamente lo que pensaba hacer, pero no quiso que por ningún motivo él pensara que no apreciaba la relevancia de sus valiosos consejos. Ximena comenzaba a aprender que cuando las amistades rebasan un cierto número mágico de coincidencias, se transforman inevitablemente en idilios.

Muy temprano, la mañana de ese día “D”, escuchando a hurtadillas, Ximena se llevó un gran susto al oír a su padre, hablando por teléfono, decirle a alguien que no pensaba asistir a la gran fiesta mexicana organizada por los “muchachos”, que mejor se quedaría en casa a ver el “Grito” por televisión. Qué tranquilidad al escucharle decir:

—Te estoy vacilando, pendejo, ¿cómo crees que me la iba a perder? Soy bien patriota, y además va a haber un montón de viejas muy guapas y bien buenas, compañeras de no sé qué club de la loca de Julieta. Te lo dije para que no faltes, güey. No te lo perdonaría, ja, ja, ja. Por cierto, la fiesta empezará temprano, nos vemos allá por las siete.

Yo me voy directo del trabajo. Ciao.

Una vez que partió su padre, Ximena tuvo que hablar muy seriamente con su madre esa tarde. Con una resolución nunca antes vista, le pidió que se sentara en el sofá de la sala y acercó una silla que colocó frente a ella. La tomó de las manos y, con aquella facilidad que siempre había tenido para leer sus pensamientos, le dijo:

—Mamá, esta noche estamos a punto de lograr nuestra libertad e independencia. Confía en mí. Debes hacer un último sacrificio y seguir con precisión cada una de las indicaciones que te voy a dar.

Guadalupe asintió intranquila con un movimiento de cabeza.

1. Vas a tener que soportar la que quizás sea la myor golpiza que mi padre te ha dado, pero seguramente también la última.

2. Debes provocarla, comenzando por decirle en voz alta que esta noche no le harás absolutamente nada de cenar, ni vino, ni tequila, ni coñac ni nada de beber, y que no habrá bebida ningún día más mientras él continúe sin aportar ni un centavo para cubrir los gastos de la casa, como ha ocurrido hasta ahora. Que estás harta de mantener vagos.

3. De alguna manera tendrás que gritarle que estás desesperada porque te dé una cobarde golpiza todos los viernes y algunos otros días de la semana. Es importante que le grites que más de cinco veces has terminado en el

hospital y que esta vez sí lo denunciarás a la policía hasta que lo refundan en la cárcel.

4. Tendrás que afirmarle que ya no te prestarás a engañar a don Anselmo de que somos buenos católicos cuando él reniega de la Iglesia y desprecia a Jesucristo, a quien considera un perfecto cobarde y un fraude, como ha dicho en numerosas ocasiones.

5. Creo que no te dará tiempo para más, pero si puedes, grítale que estás enterada de todas y cada una de sus fechorías y que has decidido delatarlo ante las autoridades.

Le confesó que todo esto se grabaría en video y que esa grabación sería la salvación de Anselmito, “y la nuestra también, mamá”. Le pidió que no preguntara cómo se haría, que simplemente siguiera sus indicaciones. Insistió en que tuviera confianza en ella, como ella siempre la había tenido en su madre.

—Hoy es 15 de septiembre, mamá, cumpla catorce años. Llegó el momento en que la hija que has formado con tanto sacrificio comience a hacerse cargo de que las cosas importantes sucedan. Guadalupe, que solo sentía nostalgia por las vivencias y las dichas desconocidas, le prometió llorando que seguiría al pie de la letra sus indicaciones, pero le suplicó que por favor se cuidara, que no permitiera que ese desalmado de su padre la lastimara. Se sentía desbordada por un torrente turbio de emociones encontradas.

Procedieron a tirar al basurero del edificio todas las botellas de licor que encontraron en el departamento, a vaciar la alacena y el refrigerador, y a culminar con otros pequeños preparativos del plan, incluyendo borrar de forma definitiva todos los documentos y correos importantes en la computadora de su padre.

Ximena tuvo que hablar también con su hermano. Le reveló que esa noche tendría que armarse de valor y resistir algunos golpes de su padre, que era muy importante que ambos se levantaran y defendieran a su madre durante la acostumbrada golpiza, pues esa era la única manera de impedir que la maltratara demasiado.

—Seguramente regresará muy borracho —resaltó— y podría llegar a matarla si no hacemos nada para impedirlo.

Anselmito se asustó, comenzó a llorar y corrió a la recámara a meterse en la cama. Después de media hora, se levantó, fue con Ximena y, ya calmado y controlando la sensación de pánico que aquello le causaba, le dijo:

—Yo también defenderé a mi madre.

Susurraban los ecos de la noche con un misterioso letargo.

15.- La Gran Golpiza

Tal como estaba previsto, el festejo patrio de Atanasio se convirtió en una borrachera generalizada. Guadalupe y Ximena permanecían sentadas en la sala, con la mirada fija en el localizador del celular, que no dio señales de movimiento sino hasta las cinco y diez de la mañana. El padre iniciaba finalmente el amenazante regreso a casa. Sabían ambas que comenzaba aquella noche que no olvidarían en toda su vida, y estaban dispuestas a vivirla sin vacilaciones. Guadalupe sabía también que esa noche terminaría la infancia para Ximena, y solo esperaba que, con el paso del tiempo, tuviera la inteligencia y sensatez para llegar a olvidar tan horrenda pesadilla. Ximena, por su parte, se miró en el espejo y contempló la imagen de una niña que, efectivamente, estaba a punto de dejar de serlo.

Faltaban pocos minutos para su llegada cuando Ximena desconectó de la corriente su celular, cargado al 100%, y lo colocó en el librero después de activar la grabación. Hizo lo conducente con su laptop y el segundo celular. Después de espiar una vez más por la ventana, los tres fueron a acostarse en la recámara pequeña a simular estar dormidos, en espera de aquel desenlace amenazante y trágico. Sus corazones latían a mil por hora. Ximena

se sentía al borde del tiempo y meditaba con una calma que no sentía; quería sentirse segura de que había ponderado todos los riesgos antes de iniciar aquella travesía sin regreso. La espera se les hacía eterna. El silencio expectante fue interrumpido por un grito iracundo de su padre:

—¡Levántate, holgazana! ¿Dónde está mi cena, estúpida?

Se escuchó el crujido de platos y vasos ante la búsqueda desesperada de las botellas que Atanasio no encontraba. Al no ver a Guadalupe en su recámara, se dirigió trastabillando al aposento de los hijos. Estaba más tomado que nunca. Encontró la puerta cerrada con llave y, de un tremendo “patadón”, la derribó por completo. Allí encontró a los tres agazapados.

Con el rostro invadido de cólera, tomó a Guadalupe de los cabellos y, tambaleándose, la arrastró abruptamente hasta la sala. Guadalupe lloraba resistiéndose y comenzó a recitar el libreto previsto. Al escuchar aquello de que no había cena y que no la habría jamás, Atanasio montó en cólera y le lanzó un rechazazo salvaje con el puño cerrado, que estuvo a punto de noquearla y estropear el plan.

Guadalupe se incorporó sangrando, con una impresionante herida en el pómulos, y estoicamente continuó con su protesta, haciéndola incluso más dramática y elocuente que lo programado, mientras recibía otras bofetadas y golpes arteros en el cuerpo.

Volvió a caer sin dejar de hablar, y al gritarle que no habría más bebidas compradas por ella y que estaba harta de mantener vagos, Atanasio —que consideraba el grito rebelde de una mujer como una afrenta imperdonable a su rancia masculinidad— sintió cómo su ira se exacerbaba y procedió a patearla despiadadamente, con la furia de un loco y una risa odiosa y frenética. Totalmente trastornado y embravecido, lanzaba todo tipo de imprecaciones, desgarrándose la garganta: *¡Maldita! ¡Desgraciada! ¡Hija de la chingada!* Instantáneamente se propagó la confusión. Los vecinos se escondían detrás de sus sueños, convencidos de que aquella corrosiva lluvia de injurias proferidas con voz aguda y furiosa anunciaba que algo lamentable y peligroso acontecía en el departamento del cuarto piso.

Entre golpe y golpe, Guadalupe mostraba una tenaz entereza y continuaba con sus gritos, cumpliendo con creces las indicaciones de su hija, quien, en ese momento, salió del cuarto y se lanzó sobre su madre para protegerla de los golpes y ahora fue ella quien los recibió, acompañada de los insultos más ofensivos de su padre:

—Tú que te metes, escuincla babosa, tarada, estúpida.

Aquella flagelación estaba tomando proporciones francamente desproporcionadas. El labio inferior de Ximena mostraba un corte severo y su ojo derecho estaba morado y casi completamente cerrado.

Atanasio le dio otro bofetón que la tiró al piso.

Estaba encaramado sobre el pecho de Guadalupe, propinándole una serie alterna de puñetazos con ambas manos mientras trataba de quitarse de encima los rasguños y jalones de cabello que le propinaba Ximena, cuando el pequeño Anselmo irrumpió en la sala y se lanzó sobre él como un animal de presa, lanzando golpes desesperados.

Atanasio, con un movimiento de enorme brusquedad, le asestó una explosiva cachetada que lo hizo estrellarse contra la mesa de la sala y caer, mientras Guadalupe luchaba infructuosamente por escabullirse e incorporarse.

La lámpara colgante de la sala arrojaba ráfagas ondulantes que hacían aún más imponente aquella escena. Fue entonces que Anselmito, con una ceja inflamada y una mirada de furia indómita, tomó el florero que reposaba en el centro de la mesa y, sin titubeo alguno, concentrando todo el vigor y coraje acumulados en su corta vida, se armó de valor y, como un tigre que salta sobre su presa, se lanzó como un demonio contra el padre, estrellándose con todas sus fuerzas en la cabeza. El florero se hizo añicos y Atanasio se desplomó, desmayado por la combinación del descomunal golpe y la formidable borrachera. Quedó inmóvil, tendido en la alfombra, roncando como un toro de lidia recién apuntillado.

Por unos segundos reinó un silencio total. Guadalupe y los niños se incorporaron. Ximena corrió a retirar los celulares, tomó su laptop, escudriñó apresuradamente los

bolsillos del saco de su padre y encontró su teléfono móvil, que se llevó consigo. Guadalupe tomó velozmente su pequeña maleta con pertenencias, documentos y dinero, y los tres salieron tropicados por las escaleras hasta llegar a la calle, donde los esperaba, según el plan, su gran amiga Georgina, en su automóvil. Partieron de inmediato, temblando todos. En el asiento de atrás, los tres principales protagonistas se abrazaban llorando.

—¿Cómo estás, mami? Yo voy a protegerte siempre —expresó el pequeño Anselmo, sollozando—. Ahora yo soy el hombre de la casa.

—Estoy bien, hijo, gracias a ti. Eres un valiente “hombre de la casa” —respondió Guadalupe, y agregó—: Estoy temblando, pero contenta, ahora sí sé que saldremos de esta situación. Tu hermana me enseñó que si uno quiere ser libre, debe luchar por su libertad, cueste lo que cueste.

Se abrazaron los tres sonriendo y suspiraron, más tranquilos. Durante el trayecto revisaron las heridas, disiparon sus miedos y decidieron no ir al hospital, como sugirió Georgina, sino continuar con el plan tal como estaba previsto. Anselmo se durmió tranquilo sobre el regazo de su madre, satisfecho de haberse convertido en el guardián del honor familiar.

Atanasio se despertó unos minutos después, con un fuerte dolor de cabeza. Se incorporó torpemente, los buscó por todo el departamento y, al no encontrarlos, se tiró a

la cama a dormir la borrachera, jurándose que al día siguiente los mataría a los tres.

Permaneció dormido hasta las seis de la tarde y, al despertar, lo invadió un hambre endiablada y una sed agobiante. Se levantó, volvió a buscar a los suyos y, al no encontrarlos, se dirigió a la cocina en busca de algo para comer. Pero no encontró nada, absolutamente nada: ni una lata, ni una cerveza, ni un refresco, ni un pan olvidado. Nada. No podía explicárselo. Solo pudo lanzar una amenaza más, con esa actitud beligerante de siempre:

—¡Desgraciados!, pero ya me la pagarán.

No resistió más. Atanasio se lavó la cara, buscando eliminar los restos de sangre en el cabello y el cuello, se cambió de camisa y puso con especial cuidado una gorra de beisbolista, pues la herida en la cabeza era considerable. Después de buscar infructuosamente su teléfono celular, suponiendo que lo había extraviado en la fiesta, salió a la calle en busca de una tienda para proveerse de provisiones. Por supuesto, incluyó una ración importante de cervezas y botellas de ginebra y tequila.

Al salir del supermercado se topó con un mendigo que, con dificultades para sostenerse de pie, extendió la mano y le pidió una “ayuda”. Atanasio lo miró con firmeza y permaneció callado por un momento. Luego sacó una de sus cervezas de la bolsa y se la dio, acompañada de los doscientos treinta pesos que acababa de recibir como cambio en la tienda. Se dio la vuelta y partió. En el tra-

yecto, al recordar la mirada de agradecimiento de aquel hombre, descubrió que se sentía satisfecho y experimentó una sensación de paz que jamás había sentido en su vida.

Al llegar los cuatro a casa de Georgina, Leticia, Marcos y Fermín ya los aguardaban, sentados en la banqueta con una mirada expectante. Se levantaron con gesto de preocupación, los abrazaron y los acompañaron a entrar. Leticia estalló en llanto al ver el rostro maltrecho de los tres, sobre todo el de su mejor amiga. Marcos, su fiel enamorado, le lanzó un guiño tímido y no dijo nada, porque no tenía palabras; se limitó a besar su mano. Fermín reprochó a Georgina no haberle permitido intervenir y abrazó a Guadalupe con la mayor delicadeza de la que fue capaz.

Mientras Fermín y Georgina trataban de curar a Guadalupe en su recámara, Ximena, Marcos y Leticia, con el ímpetu propio de la juventud, se sentaron alrededor de la mesa del comedor, colocaron encima la laptop y los dos celulares y se dispusieron a continuar con la edición final del material, la última etapa de preparación del *“Plan Estratégico para lograr la Libertad”*. Continuaron trabajando hasta altas horas de la madrugada, cuando ya Georgina, Guadalupe y Anselmito dormían rendidos tras aquel día convulso y memorable.

La noche del sábado, Atanasio volvió a beber hasta emborracharse, lanzando toda clase de improperios, inju-

rias y maldiciones, con la mirada perdida en ninguna parte. Al domingo, se incorporó y confirmó que estaba completamente solo en el apartamento. Se sentía confundido e inquieto. Llamó por teléfono a la madre de Guadalupe y le preguntó si sabía algo de ellos.

—Absolutamente nada —respondió ella—. Hace meses que no sabemos nada de ellos.

Subió a su automóvil y, con actitud acechante, se dirigió al parque cercano, donde sabía que a veces solían acudir.

—Por supuesto que esta vez no se tratará de amedrentarlos; esta vez no pienso perdonarlos —pensó—. Aprenderán muy bien que no pueden rebelarse impunemente contra el jefe de la familia. Organizar una sublevación es siempre una traición. Les daré una lección que no olvidarán jamás. Les cortaré totalmente las líneas de abastecimiento. Lo lamentará este trío de malagradecidos.

Decidió comer en una fonda del barrio y regresó poco después, seguro de que a más tardar esa misma noche volverían arrepentidos de aquel insólito desafío, pero no fue así. Al entrar a su departamento encontró en el piso un dvd y una carta, dirigidas ambas a él: *“Para Atanasio Jiménez Gálvez. Un pillo de siete suelas”*. Se estremeció al leer ese término, expresión favorita de don Anselmo Bringas Calderón, su temido y despreciado jefe.

Una curiosidad desconcertante se apoderó de él. Se dirigió con calma a la computadora, la activó, introdujo la

contraseña y el dvd. Volvió a sobrecogerse cuando apareció nuevamente el título:

“Para Atanasio Jiménez Gálvez: Un pillo de siete suelas”

16.- La revancha

Se sobresaltó al ver la imagen de su hija Ximena en la pantalla, sentada frente a una mesa cuyo entorno le era desconocido, con una mirada desafiante y una actitud condenatoria, a pesar de todavía mostrar las huellas de la inaudita golpiza que él mismo le había asestado apenas unas horas antes: un ojo morado, casi cerrado, un parche en la ceja izquierda y un labio partido.

La voz de Ximena intentaba sonar tranquila y firme:

—Te recomiendo, miserable, que veas este mensaje hasta el final, pues de lo que aquí escucharás dependerán tu vida y tu futuro.

Has convertido la existencia de mi madre, de mi hermano y de mí en un verdadero infierno. Nos has golpeado durante más de diez años, no solo como un infame abusivo, sino como un cobarde, porque eso eres tú y eso has sido siempre, Atanasio Jiménez Gálvez: ¡un cobarde!

Atanasio se esforzó por parecer firme y no delatar su asombro interior; sin embargo, tuvo el presentimiento de que esto era solo el preludio de algo funesto que estaba por acontecer y comenzó a sofocarse.

—Ser padre no es un honor que se gana por razones biológicas o por haber violado a una mujer indefensa, es un título que un hombre debe ganarse día a día con entrega, cariño, cuidado, respeto, protección y ejemplo. Pero

está claro que tú no eres un hombre de verdad, Atanasio. Así como nunca has sido un esposo real para mi madre, tampoco has sido un padre verdadero para nosotros. ¡Nunca! Ni un solo minuto. Toda tu vida has sido egoísta, egocéntrico y cobarde. Mi hermano y yo hemos crecido sin el respaldo de un padre, como todos nuestros compañeros y amigos, como requieren todos los niños del mundo, y tú eres el único culpable.

—Me hubiera gustado tanto haber podido preguntarte por qué. ¿Por qué piensas que las mujeres son inferiores a los hombres? ¿En qué fundamentas esa creencia?, independientemente de que tus padres te lo hayan enseñado así, pero ahora ya no eres un niño. ¿Por qué supones que tu esposa debe ser tu esclava? ¿Quién te otorgó el derecho de someterla, ultrajarla, violentarla y golpearla? ¿Tu fuerza física, acaso? ¿Como en la jungla? Por otro lado, ¿por qué asumes que tus hijos son de tu propiedad por haberlos engendrado? ¿Quién te dio esa facultad? ¿Por qué crees que puedes abusar de ellos, maltratarlos y violar sus derechos impunemente? Me hubiera gustado escuchar tus argumentos. Me lo he preguntado muchas veces, pero jamás logré adivinar una respuesta. He tenido tantos porqués en mi vida, pero nunca tuve un padre que me los respondiera. Has sido un canalla, Atanasio, y algún día tendrías que pagarlo, y ese día ya llegó.

A través de su reivindicación, Ximena dejaba fluir libremente esa elocuente capacidad expresiva que había

adquirido gracias a la lectura. Apareció en la pantalla, entonces, un título con el mensaje:

Violencia doméstica

—Comenzaremos con tus acciones de violencia doméstica, creo que así se dice legalmente. En las siguientes imágenes podrás regocijarte con la última paliza que nos diste, justo el pasado viernes. Lamentablemente no puedo presentarte la correspondiente a las quinientas anteriores que nos has propinado.

El rostro de Atanasio se fue desencajando, no solo por las funestas imágenes que nunca pensó que serían tan violentas, sin lograr descifrar lo indescifrable ni entender quién pudo haberlas filmado desde tres diferentes ángulos, sino también por las diversas expresiones incriminatorias con que había acompañado sus terribles golpes y que aparecían en texto simultáneamente a cuando él los pronunciaba:

—“Pues vas a seguir pagando hasta el último centavo de tu ingreso, ¡pendeja!”

—“¡A mí me importa un comino lo que piense ese viejo hipócrita de don Anselmo!”

—“¡A mí la pinche policía, los jueces y el sacón de Jesucristo me hacen los mandados!”

—“Desde luego que voy a seguir madreándolas todas las veces que se me antoje, por eso soy el jefe de la familia. Es mi derecho.”

Sin duda se trataba de un testimonio revelador. Los ojos de Atanasio se desorbitaron con preocupación creciente al avizorar la ira que su acto desencadenaría. Los pensamientos no acudían a su mente; estaban aprisionados tras un muro oscuro y tenebroso. La expresión de su rostro se desfiguró aún más al ver aparecer lentamente el siguiente título:

First Caribbean International Bank

Volvió a aparecer la imagen de Ximena diciendo:

—Es claro que has estado robando a tu empresa desde hace varios años, y particularmente a don Anselmo Bringas Calderón, tu patrón, a quien tú también llamas insistentemente: ¡mojigato!, ¡hipócrita!, ¡javaró! e ¡incapaz!

Además, has venido ocultando tus ingresos al SAT durante un largo período. Un 22% de todas las compras, durante siete años, ha llegado a convertirse en una cantidad respetable, aunque nada respetable es la manera en que la has obtenido. Gracias a este expediente “confidencial” nos hemos enterado de que el banco donde has guardado tu botín es el “First Caribbean International Bank” y que tu número de cuenta es JIGB7591 (tus iniciales y tu verdadera fecha de nacimiento al revés. ¡Qué ingenuo!). Estoy segura de que esta documentación colmará de júbilo a don Anselmo, tu odiado jefe, y será recibida con particular agrado por la Unidad de Inteligencia

Financiera del Gobierno.

Atanasio estaba pálido y temblaba, completamente aterrado. Los datos eran exactos. Tras una infausta conjetura, pegó un frenético brinco; lo desbordó un descomunal desasosiego. Tropezó y cayó al lanzarse arrebatadamente, arrastrando una silla, hacia su escondite supuestamente secreto. Dio unos pasos titubeantes, inseguro y atemorizado, y subió para retirar aquella tabla del techo y sacar el portafolio que abrió con furia. Por un segundo pensó que todo permanecía en su lugar, especialmente al observar la carátula del contrato. Pero al abrir la carpeta lanzó un grito ahogado al percatarse de su contenido y verificar que no había ni una sola hoja original de aquel documento.

—¡Nooooo! —gritó languideciendo—. Maldita cabrona, ratera, intrusa. La mataré.

Un viento helado le recorrió las entrañas y comenzó a sentirse recluso en la desesperanza.

Reactivó la computadora para escuchar a Ximena, quien le decía:

—En efecto, el original del contrato está conmigo. Te enviaremos los datos que necesitarás para que puedas concretar la instrucción que te daremos más adelante.

—Desgraciada —gritó, con los ojos desorbitados y una preocupación que aumentaba exponencialmente su conmoción.

Un estremecimiento lo invadió al aparecer en la pantalla el siguiente título:

Claro intento de asesinato

Se presentó otra revelación que lo amedrentó nuevamente. Era una videograbación en que se apreciaba la imagen de un motel, el Motel Pacífico, y su camioneta saliendo de aquel escondite con él dentro, acompañado de una mujer cuyo rostro aparecía distorsionado y medio borroso. También se le veía lanzando insultos a dos chamacos de trece o catorce años que lo desafiaban, y sobre todo cómo les echó encima la camioneta, arrolló la bicicleta y casi los atropelló, como respuesta salvaje a su atrevimiento.

Atanasio se paralizó inexorablemente, aun más al leer el título siguiente:

Robo del Retrato de Sor María Margarita Marcelina

—Ahora debes escuchar con atención la siguiente grabación expuso Ximena—.

Apareció la fotografía del retrato de Sor María en la pantalla, al activarse la segunda parte del registro, editado a partir de la parranda que su padre tuvo con sus dos mezuquinos amigos. Comenzaba cuando su amigo, el “Chiloyo”, le decía:

“Todo comenzó con la llamada acordada con ‘Alguien’ dándome luz verde para actuar conforme a sus precisas instrucciones...”

—Como podrás apreciar, grabé la juerga que te corriste con tus amigos en casa. Retiré la parte introductoria y el final donde tu amigo te menciona como el artífice y principal responsable del atraco. Por supuesto no lo hice por consideración, sino porque, cuando don Anselmo, con sus contactos, te encierre, lo hará apoyándose en esta grabación, que seguramente escuchará el Chiloyo, quien seguramente se preguntará cómo fue que lo grabaste y por qué eliminaste tu intervención y la alusión a tu papel en el robo. No sé cómo reaccionará al sentirse grabado y traicionado por su mejor amigo, pero seguro tú sí lo sabes.

Atanasio lo sabía, por eso se estremeció de pavor, invadido por el silencio de una densa penumbra, sintiéndose extraviado en su propio laberinto.

Apareció la imagen de Ximena, tranquilamente diciendo:

—Sin embargo, esa introducción tuya en la que dices —y se escuchó la grabación—:

“Bueno, pinche Chiloyo, te toca a ti contarnos cómo te chingaste el súper cuadro de la virgen del beato de don Anselmo, cuya venta, no puedo negar, nos reportó una jugosa ganancia”.

Así como la parte final donde el Chiloyo dice:

—“Ah, como eres pendejo, pinche Goyo. Me lo imaginaba, pues, ¿quién otro iba a ser ese ‘Alguien’ sino nuestro querido amigo aquí presente, el chingonsísimo don Atanasio Jiménez Gálvez, alias ‘La Chucha Cuerera’?”

—Como te dije, estas dos partes sí las incluí en la versión que se entregará a tu querido patrón don Anselmo, una vez que el “Chiloyo” haya sido encarcelado. Seguro le agradará saber cómo desapareció su tesoro sagrado y cuál fue la participación del empleado fiel que lloraba en su hombro ante ese “abominable sacrilegio”, como tú lo calificaste en su momento.

Atanasio quedó casi catatónico, mirando a ninguna parte. El impacto fue contundente: padecía aquel dolor y humillación, pero la sensación de derrota total se confirmó al leer el siguiente título que apareció lentamente en pantalla:

Judith Bringas Maldonado

—Lo que has hecho con ella es lo más espeluznante, cobarde y perverso que alguien pueda imaginar. Se trata de un crimen de naturaleza maligna e inconfesable. No cabe duda de que eres un hombre ruin, desalmado y depravado.

—No busques el cartucho de la videograbación que hiciste de tu infernal canallada, porque está vacío. El original está en poder de Judith, así como la máscara de Canek y la llave del recinto del cuadro sagrado de don Anselmo. Como imaginarás, todos cuentan con exclusividad tus huellas dactilares. También posee el cartucho con la grabación de tu propia confesión, en la que describes los pormenores de la indescriptible felonía y donde te condenas

a ti mismo, como recordarás. Todos ellos forman parte integral de esta grabación y serán divulgados cuando sea necesario.

Mientras sonaba el aterrador cuadro “El Coloso” de Francisco Goya de fondo, se escuchó la grabación de aquella noche de farra con sus amigos:

—Todo comenzó con la llamada pactada con “Alguien”, quien me dio luz verde para actuar conforme a sus instrucciones... Atanasio se cimbró al entender la magnitud de su maldad y al imaginar cómo lo verían, escucharían y juzgarían todos, en especial don Anselmo. Juró que doblegaría a Ximena y le haría daño. Pero por más que gritaba, no se escuchaba; solo emitía un lamento lastimoso.

Por primera vez en su vida, Atanasio se sintió solo consigo mismo y reconoció que se había convertido en su propio verdugo. Cerró los ojos y tragó el amargo sabor de la cobardía. Se incorporó y, habiendo rehusado por completo la idea de contraatacar, decidió interrumpir el tormento y retirarse. Pero se detuvo y volvió a sentarse al ir apareciendo en la pantalla el siguiente título:

“Lo que vamos a hacer”

—Ahora debes poner mucha atención —dijo Ximena—, porque todo esto ha terminado para siempre, y de lo que vamos a hacer depende tu destino. Lo primero que voy a mostrarte es la relación de los receptores de nuestra

denuncia.

Atanasio volvió a temblar al ver pasar la larga y prolija lista de correos electrónicos que fueron apareciendo en la pantalla; todos, absolutamente todos.

—Desgraciada bandida —exclamó—, ¡me las pagarás!

El fuego de la soberbia dominó su capacidad de discernimiento. Su lucidez se agotó. Se estremeció aun más al saber que Ximena disponía también de los correos de todo el personal de la “Corporación Bringas”, incluyendo, por supuesto, a don Anselmo Bringas Calderón y a los integrantes del Consejo de Administración. Ni siquiera él tenía toda esa información. Todo parecía un mal presagio, una premonición inevitable de desastre. Estaba sin palabras. Escuchó sus propios sollozos en el aterrador silencio. Se imaginó al borde de un acantilado, contemplando el abismo, y sintió que comenzaba a despeñarse.

—Así es, miserable, tenías que pagarlo. No tienes escapatoria. El comandante de la Policía Federal, esposo de mi maestra, calcula que, con esas evidencias por violencia doméstica, te podrán dar entre 15 y 20 años, y que, por violación y chantaje, te sumarán al menos 10 años más; mientras que el tío de mi mejor amigo, funcionario de la Unidad de Inteligencia Financiera, considera que, por fraude, lavado de dinero y defraudación fiscal, deberá purgar al menos ocho años adicionales. Sin contar las acciones de Don Anselmo.

Tu vida en prisión sería un verdadero martirio, pues seguramente sabes cómo tratan en la cárcel a violadores y quienes arrastran semejante estigma.

Para cuando finalmente salgas, mi hermano y yo ya seremos mayores y podremos defendernos, y mi madre seguramente habrá encontrado a un buen hombre que la proteja, mientras que tú, al final de tu vida, serás un anciano decrepito y vencido.

Por supuesto, podemos activar de inmediato nuestra más que justificada revancha y refundirte en prisión, pero hemos decidido ser magnánimos y darte la oportunidad de que seas tú mismo quien precipite tu castigo. De hoy en adelante, todo será algo entre tú y tu conciencia. Si desobedeces alguna indicación, todo estará perdido para siempre.

—Entre quienes colaborarán difundiendo la grabación de este “Plan Estratégico para lograr la Libertad” —continuó Ximena, con serenidad—contamos con los “Denunciantes Justicieros”, tres vecinos nuestros en el edificio, de quienes jamás descubrirás la identidad, aunque creerás que son todos; tres de nuestras maestras más queridas, una de ellas la esposa del Comandante de la Policía Federal, que ha decidido apoyarnos; mis dos mejores amigos del colegio, que han sufrido conmigo estas atrocidades. Uno de ellos tiene un tío alto funcionario en la Unidad de Inteligencia Financiera, que también nos brinda su apoyo. Además, participarán tres personas más,

cuya identidad no revelaré y jamás podrás descubrir.

—Nuestros “Denunciantes Justicieros” —prosiguió una Ximena imbatible— tienen la instrucción irreversible de enviar una copia del dvd a sus destinatarios, así como a la prensa y los principales medios y organizaciones defensoras de la mujer y de la infancia, en los siguientes casos:

- Si nos ven golpeados a mí, a mi madre, a mi hermano, a Judith o a cualquiera de nosotros.
- Si te ven en la ciudad o saben que has regresado.
- Si te ven cerca de nuestras casas, escuela o centros de trabajo actuales o futuros.
- Si descubren que pides información sobre cualquiera de nosotros cuatro.
- Si tratas de influir en nuestras vidas.
- Si alguno de nuestros amigos es lastimado.
- Si presentas alguna queja contra nosotros.
- Si a cualquiera de nuestras cuatro víctimas le sucede algo grave o desagradable.
- Si recibes indicaciones de anticipar el envío.

—Puedes regresar a la iglesia, pero sin nosotros. Y ya no para fingir que rezas, sino para hacerlo de verdad, rogándole a Dios que mi madre, mi hermano, Judith, nuestros amigos y yo no suframos accidente ni enfermedad grave, porque entonces se activaría de inmediato el dispositivo de tu perdición.

—Como seguramente has deducido, nuestra decisión final es que debes desaparecer completamente de nuestras vidas y de la ciudad. Te reitero que la instrucción dada a los “Denunciantes Justicieros” es absoluta e irrevocable. No podrá suspenderse ni cambiarse, aunque alguno de los cuatro les ruegue que lo hagan. Debes abandonar la Ciudad de México en tres días, y jamás regresar. ¡Jamás!

—Maldita escuincla mustia, maquiavélica —balbuceó Atanasio, llorando y sintiéndose derrotado y emboscado—. Todo esto es una canallada, una confabulación.

La imposición del destierro fue como una estocada profunda, su sentencia de muerte. Él amaba la vida. Sus delirios de grandeza se esfumaron al instante. Su petulancia se desmoronó. Todo estaba registrado, presente y futuro en manos de sus víctimas. Las dudas y frustraciones lo embargaban. Comenzó a admitir que, cuanto antes aceptara el exilio, mejor. Sintió como si le hubieran arrancado la voluntad de vivir. El cataclismo era evidente e inevitable. Fugazmente, y a punto de desplomarse, pensó en quitarse la vida, pero sabía que jamás tendría el coraje. Se sintió aniquilado y hundido en lo más profundo de un pozo, miró las puertas del apocalipsis y, sintiéndose herido y completamente arruinado como buen cobarde, se estremeció de miedo. Lanzó un grito desgarrador y el posterior silencio fue estremecedor.

17.- El festejo

El lunes, la tarde estaba francamente contenta esperando el crepúsculo, aunque un poco intranquila. Los tres se armaron de valor y, junto con Leticia, subieron al auto de Georgina, que también estaba decidida a lo que fuera. Ximena sentía que ahora sí estaba debidamente pertrechada para concluir su conquista. Las gaviotas de su alma revoloteaban inquietas. Los seguían tres autos con Fermín y las otras trece mujeres integrantes de la sociedad cooperativa “Ahora Nosotras”, también impacientes y bien dispuestas a lo que fuera necesario.

Y así, despojada del frágil refugio de la adolescencia, Ximena avanzaba al galope sin titubear ni siquiera un instante, experimentando la extraordinaria sensación de encabezar, como gran capitán, un ejército de liberación rumbo a la batalla final y al encuentro crucial con su destino. Se respiraba incertidumbre y desasosiego; sin embargo, Marcos no llegaba y Ximena se rehusaba a partir sin él.

—Seguramente no tarda —afirmó—. Los demás se cruzaron miradas y asintieron, reafirmando que Ximena era la cabecilla indiscutible de aquella expedición.

Después de quince minutos se escuchó el derrape de una bicileta y su encadenamiento precipitado en la reja del jardín de Georgina. La sonrisa de Ximena fue explo-

siva y elocuente. Lo tomó de la mano y subieron al auto apresuradamente.

—Adelante —ordenó con sutil firmeza, mientras con delicadeza secaba con su pañuelo el sudor de la frente de Marcos, sin soltarle la mano ni por un instante. Él era todo fuego y ella tenía frío.

Llegaron al edificio y subieron lentamente por las escaleras. Con gestos de cautela y firmeza, Ximena abrió muy despacio la puerta del departamento, decidida a irrumpir a cualquier precio. Accedieron con inquietud y atención extrema.

Marcos, consciente de que disponía de los arrestos necesarios para sobrevivir el trance, avanzaba con gran aplomo e intrepidez en la mirada, llevando aprisionado entre sus manos un bate de béisbol que “pidió prestado” a uno de los chiquillos que jugaba en la calle frente al edificio.

Leticia los seguía con cordura a una distancia respetable. Fermín, alta la frente, arrogante el paso, como un felino al acecho, tomaba del brazo a Guadalupe, quien ascendía pausadamente con la emoción del náufrago que, aferrado a un trozo de madera, divisa a lo lejos una costa cercana. Al final iba Georgina, con expresión inmutable y actitud resuelta, vigilando la retaguardia.

Ximena, que ahora presentía que los fantasmas de su infancia estaban con ella, percibió en la atmósfera aquella pausa tan tensa en que parece vibrar el silencio.

Sintió, con un instinto infalible, que la casa estaba vacía; sin embargo, la prudencia aconsejaba avanzar con cautela. No escucharon sonido alguno, recorrieron cada uno de los cuartos y no encontraron a nadie.

Ximena pudo percatarse de que uno de los clósets de la recámara de sus padres estaba completamente vacío y que las cajas de cartón que había dejado habían desaparecido. No había nada, absolutamente nada, de las pertenencias de su padre.

Mientras los demás se mantenían en estado de alerta, Ximena, cabalgando triunfante en el campo de batalla, continuó avizorando en todas direcciones y, súbitamente, su mirada se posó en el escritorio de su padre. Tembló al advertir que, encima del tablero de la computadora, ahora propiedad del diligente Marcos, estaba el sobre que acompañaba al dvd. Lo abrió y se estremeció de gusto al percatarse de que el documento en el que consentía el divorcio estaba firmado. No se trataba de un armisticio, sino de una capitulación, de una rendición incondicional. Su padre había perdido la guerra, se había replegado y cedido la plaza. Por primera vez en su vida, Ximena se sintió completamente libre. Volteó a ver a su madre y le anunció:

—Mira, mamá. Has recuperado tu libertad —y le extendió el documento, pensando en que finalmente caía el telón de lo que nunca había acontecido.

Guadalupe revisó aquel decreto de liberación y es-

talló en llanto de alegría. Miró hacia el cielo y se regocijó con aquel único y asombroso instante que había robado al destino y que le hizo olvidar casi instantáneamente todos los horrores fastidiosos de su vida, sintiéndose como si desembarcara en una isla encantada. Miró a su hija con el gesto expresivo de la gratitud que irradiaba de todo su cuerpo como una pasión. Aquella firma, que le regalaba su hija, le proporcionaba una emoción nueva y dulce a sus ansias de vivir.

Explotó un júbilo general. Todos, intensamente conmovidos, se abrazaban entre sí y, sobre todo, estrecharon a Guadalupe, a quien felicitaban por su gran triunfo que, sin duda alguna, había sido aplastante. Ximena los contemplaba con una mirada serena de satisfacción profunda por haber logrado reivindicar para los tres el derecho de ser, del cual no estaba dispuesta a prescindir jamás. Había jurado liberar a su madre y había logrado cumplir ese juramento cincelado en el viento.

Guadalupe se lanzó hacia Ximena y le dio el más tremendo y cariñoso abrazo que le había dado desde que nació, a su pequeña cómplice, que le había hecho recuperar el deseo inmortal de sentirse viva. Incorporaron al pequeño Anselmo, llorando de felicidad con una risa desbordante, y comenzaron a brincar los tres a la vez mientras gritaban: *“Somos libres”, “Somos libres”, “Somos libres”*, mientras los demás, testigos de aquella conmovedora escena, aplaudían y chiflaban.

Con aquel episodio exaltante y enternecedor, se confirmaba una vez más que, cuando surge la osadía y se activa la imaginación, la barbarie nunca termina por vencer a la inteligencia. Georgina llamó a Leticia y a Marcos, les extendió la llave de su carro y les indicó:

—Lety y Marcos, se van con Fermín a mi auto y sacan de la cajuela cuatro cajas con bocadillos, globos, silbatos, espantasuegras, botellas, refrescos y botanas, porque ahora sí vamos a festejar con fervor patriótico el ansiado Grito de Independencia que acaba de lanzar nuestra valiente amiga Guadalupe y sus dos bravos e inteligentes hijos Anselmo y Ximena. Tenía la certeza en mi corazón de que hoy festejaremos.

Justo al abrir la puerta para ir a cumplir el encargo encontraron a Judith, quien se disponía a tocar el timbre y que había acudido justo a la hora que le había indicado Ximena. Al verla, Ximena corrió hacia ella, la abrazó colmada de euforia y gritó: “*¡Somos libres! ¡Somos libres! ¡Somos libres!*”

—Atención, todos —exclamó Ximena, sintiéndose completamente emancipada—. Les presento a nuestra gran amiga Judith, otra más de los mosqueteros —agregó en voz baja, casi susurrando al oído de su amiga—, que también hoy recupera su libertad. La llevó a su cuarto y le activó la laptop, diciéndole:

—Te llevará cincuenta y siete minutos enterarte de cómo culminó el plan estratégico. Vale la pena que lo es-

cuches y veas con calma. Apenas termines, te incorporas a la fiesta. Ahora mismo te traigo una copa de vino.

Por primera vez en su vida, Ximena se sintió en esa casa no como mártir en prisión, sino como anfitriona en su nueva morada. Al reintegrarse al festejo, que no cesaba de brindar y bailar, Ximena se dio cuenta de que su madre, con una copa de vino en la mano, conversaba muy contenta con Fermín, el hermano de Geogina. Se acercó con paso lento y comentó:

—Por supuesto, Fermín, que mi mamá también estará encantada de salir a cenar uno de estos días contigo. Lo ha estado deseando durante un buen tiempo.

—¡Ximena! —gritó su madre con voz trémula—, ¿cómo te atreves?

—Como no, si es la verdad —dijo ella. Y, sabedora de que la sonrisa es siempre una risa que comienza, agregó—: A ver, mamá Lupis, indícame con la intensidad de tu sonrisa qué tantas ganas tienes de ir a cenar con Fermín.

Guadalupe hizo un gran esfuerzo para no reírse, pero explotó con una estruendosa carcajada, que no podía detener por más que se esforzaba por hacerlo, confirmando con ello que la risa es siempre un misterio que se descubre.

—Ya ves, Fermín —añadió Ximena—, está que se muere —se dio la vuelta y fue a reunirse con su maestra Evangelina, que había llegado en respuesta a su mensaje y que ya se abrazaba con sus dos amigos del alma, de-

jando a su madre ruborizada, tratando de contener un torrente de carcajadas que se le vino encima y ocultándose ligeramente de aquel Fermín, quien se contagiaba ruborizado, irradiando un anhelo semejante y una expresión casi de júbilo.

Continuaron los abrazos y felicitaron a tantos amigos y amigas que ahora tenían, bailando todos al son de la música que surgía del aparato traído por Fermín, que también estaba convencido del triunfo de aquella noche. La alegría se propagaba por todo el recinto. Leticia continuaba con sus sonrisas, sus asombros y sus suspiros, mientras Marcos se estremecía cada vez que los ojos de Ximena se posaban, en secreto, en los suyos.

Nuevamente, Judith disfrutaba de esa sensación casi olvidada de libertad plena y tranquilidad. Decidida a conducirse cada vez con mayor sigilo ante los recuerdos de viejos rencores, se acercó al grupo y, respondiendo a un vago y saludable sentimiento de reivindicación, como un sincero reconocimiento al liderazgo de su comandante en jefe después de la batalla victoriosa, le dijo a Ximena, con una copa de vino en la mano:

—¡Salud, amiga! Te había dicho que eras genial, pero eres más que eso, eres un genio, o una genia más bien. Eres tremenda e invencible. Nos has demostrado a muchas mujeres que, cuando se sabe muy bien a dónde se va y se dispone del coraje suficiente, no existen barreras infranqueables ni obstáculos insalvables para al-

canzar la justicia y recuperar la dignidad. ¡Salud! También por tu cumpleaños, aunque apenas puedo creer que sean tan solo catorce años.

En efecto, era absolutamente impresionante aquella cruzada que había iniciado como niña de trece años y que culminaba como mujer de catorce. Esa castigada niña que hasta hacía poco no se había interrogado a sí misma sobre su propia alma, antes de que toda la grandeza que estaba inmersa en su interior fuese forzada a hacerse patente.

Probablemente habría preferido vivir tranquilamente, como cualquier niña, en la intrascendencia, al abrigo de los vientos y con un destino de mesurada intensidad. Pero fue necesaria toda una infancia infeliz y la angustia escalofriante de sus seres queridos para llegar a ser todo lo que demostró ser, sin duda mucho más de lo que sospechaba. No tuvo otra alternativa que desafiar al mundo con la audacia de su espíritu, todavía en proceso de formación.

La victoria no fue fácil: tuvo que pagar el precio de una niñez ingrata y saltarse de golpe la adolescencia. Atanasio nunca sabría de la extraordinaria mujer que su egoísmo, irresponsabilidad y crueldad habían ayudado a forjar. Una mujer de gran carácter, cuyas dimensiones le hacían temblar, muerto de miedo, al pensar en ella, sentado con una pasividad inverosímil y con la mirada perdida en el vacío, en aquel ferrocarril gris que lo trasladaba al

destierro.

Ximena se sentía en paz, pues por ella hablaron las acciones y ella, en efecto, se había hecho cargo de que las cosas relevantes sucedieran. Ante lo peor de él, había surgido lo mejor de ella, como una repulsiva paradoja.

Los cuatro mosqueteros se abrazaron con cariño. Marcos se atrevió por fin y, recurriendo a toda su capacidad de atrevimiento, confesó abiertamente frente a sus aliadas:

—Te quiero mucho, Ximena.

—Yo también —respondió ella.

—¿Tú también me quieres mucho? —interrogó Marcos, con sorpresa y los ojos bien abiertos, deslumbrantes.

—No —aseveró Ximena—. Lo que dije es que *yo también me quiero mucho*.

Se dio la media vuelta y prosiguió con sus amigos, no sin antes voltear a verlo sonriente, guiñarle un ojo y, presa de un imperceptible rubor, lanzarle una mirada que detuvo el tiempo.

—Es una sinvergüenza —acusó Judith sonriendo—. Una sinvergüenza incorregible —dijo con cierta dosis de admiración e ironía—. Y agregó —la clase de sonrisa que decoró su boca habría turbado a cualquiera.

Ximena se acercó a brindar con Georgina y algunas socias de la cooperativa. La gran amiga de su madre exclamó al verla acercarse: —Brindo por la sagacidad, el

ahínco y el coraje de nuestra querida Ximena. Te felicito, hija. No solo por tu reciente cumpleaños, sino, sobre todo, porque lograste plenamente tu cometido: la libertad de los tres. ¡Salud por la mejor hija de mi mejor amiga!

—¡Salud! —dijeron todas levantando las copas.

—Yo te felicito a ti, querida Georgina —respondió Ximena— porque sé bien que, en esto de la amistad, quien más disfruta es quien la entrega con mayor plenitud y sin condición alguna, como tú. ¡Salud por la mejor amiga de mi mejor madre!

Ximena llamó aparte a su amiga Leticia y le confesó que una de las principales razones por las que esperaba con ansia la culminación de esta contienda era su gran interés por acompañarla en esa maravillosa y trascendente lucha por salvar nuestro planeta.

—Me he quedado hipnotizada escuchándote —le dijo—. Tus razones me han convencido plenamente. Debo incorporarme a la batalla.

—Guerreras como tú, mi querida Ximena, son lo que esta campaña necesita —respondió Leticia sonriendo.

Prevalecía el regocijo cuando Ximena se acercó para brindar con su maestra Evangelina y su muy agradable pareja. Ella le dio otro abrazo y le murmuró:

—Sabía que lograrías esto. Eres brillante y tenaz como ninguna chica de tu edad, e incluso del doble.

—Lo que pasa —apuntó Ximena— es que tengo una

excelente profesora, la mejor de todas, la más contemporánea. Siempre has tenido muy claro que la educación es una práctica de la libertad y que lo importante no es que los maestros enseñen, sino que nosotros, los alumnos, aprendamos. Es un honor para mí que te hayas convertido en una de mis mejores amigas. Además, al verlos tan enamorados y unidos a ustedes, nos hacen pensar a todos que esta vida bien vale la pena vivirla.

A las once en punto de la noche, Georgina encendió el televisor para presenciar la repetición de la ceremonia del “Grito de la Independencia”, y justo cuando el presidente de la República, con el astabandera en la mano, gritó: “¡Viva la Libertad!”, explotó la algarabía. Todos respondieron abrazándose, brindando, girando las matracas y gritando:

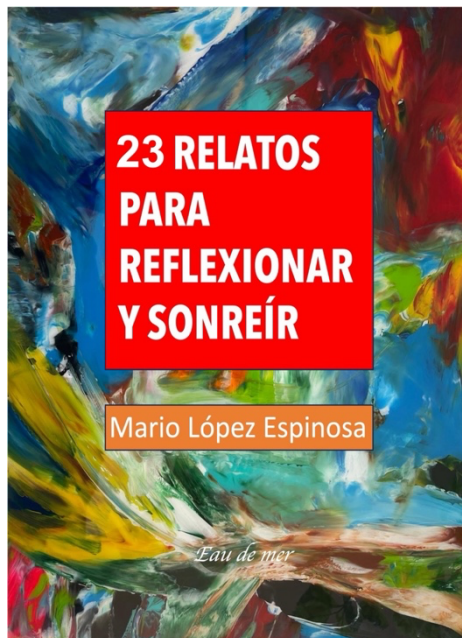
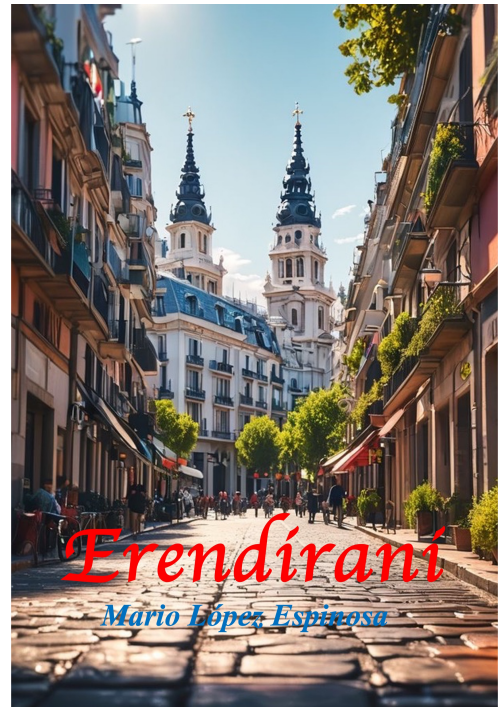
*¡Viva! ¡Viva! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Libertad!
¡Viva la Libertad! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Libertad! ¡Viva
la Libertad!*

Volvieron a brindar, todos sinceramente contentos. Era, sin duda, una gran celebración. Fue algo así como si surgiera el arcoíris después de una gran tormenta.

Ximena pensaba en que al día siguiente tendría que visitar a su amiga, que vende tamales fuera de la parroquia, mientras Marcos, aún rehén del encantamiento y soñando, se subió a una silla y, al brindar con una copa en la mano, les dijo a todos:

—Queridos amigos, ha quedado evidente que la única estrategia eficaz para combatir la violencia de género es la acción conjunta de la inteligencia y el atrevimiento.

.....



mariolopezespinoza@yahoo.com.mx
 @MLEspinoza
 525516337094